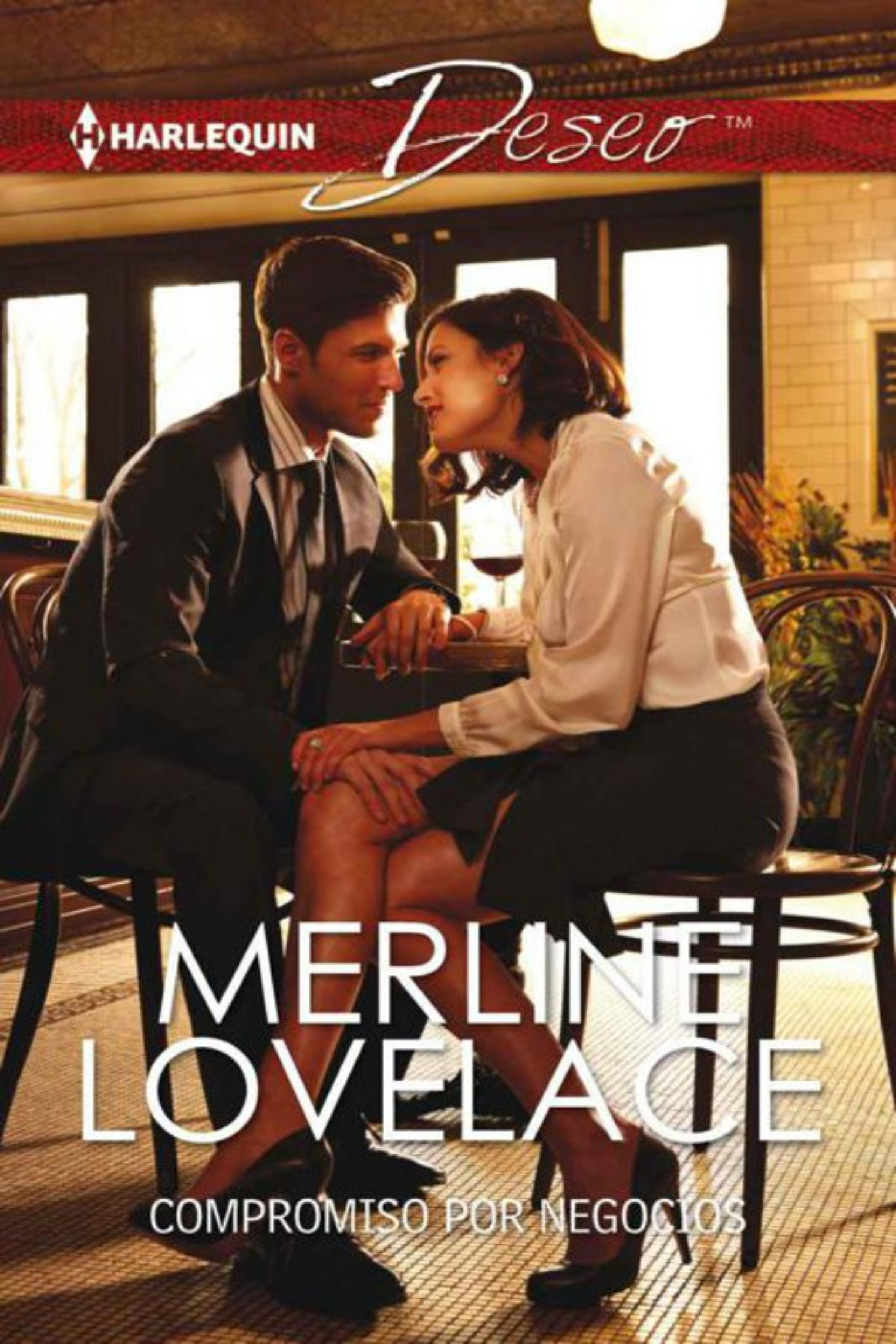

HARLEQUIN
Deseo™
MERLINE
LOVELACE
COMPROMISO POR NEGOCIOS



MERLINE LOVELACE

COMPROMISO POR NEGOCIOS



Editado por Harlequin Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Compromiso por negocios, nº. 1998 - septiembre 2014
Título original: A Business Engagement
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-4578-7
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Sumário

Prólogo

Ah, qué alegrías proporciona tener dos nietas tan guapas y cariñosas. ¡Y qué preocupaciones! Eugenia, mi alegre Eugenia, es como un gatito juguetón. Se mete en muchos líos, pero siempre cae a cuatro patas. La que me preocupa es Sarah. Tan callada, tan elegante y tan empeñada en soportar las cargas de nuestra pequeña familia. Solo tiene dos años más que su hermana, pero ha sido la protectora de Eugenia desde el día en que mis queridas niñas vinieron a vivir conmigo.

Y, ahora, Sarah se preocupa por mí. Admito que sufro un poco de artritis y que he tenido anginas recientemente, pero ella me cuida una gallina a sus polluelos. Le he dicho muchas veces que no voy a permitir que detenga el curso de su vida por mí, pero no quiere escuchar. Así pues, creo que es hora de actuar con más firmeza. Todavía no sé exactamente qué es lo que voy a hacer, pero se me ocurrirá algo. Es ineludible.

Del diario de Charlotte, la gran duquesa de Karlenburgh.

Capítulo Uno

Sarah oyó los murmullos, pero no les prestó atención. Tenía hasta el mediodía para terminar de maquetar un artículo sobre las mejores estaciones de esquí para gente joven y con estilo. Quería terminar a tiempo para la reunión semanal de redactores de la revista en la que trabajaba, *Beguile*; si no lo conseguía, Alexis Danvers, la editora jefe, la fulminaría con una de sus miradas de basilisco, aquellas que la habían convertido en una leyenda en el mundo de las revistas femeninas.

Aunque, en realidad, las miradas fulminantes de su jefa no le importaban demasiado. Tal vez Alexis consiguiera provocarle sudores fríos al resto del personal, pero su hermana y ella se habían criado con una abuela que podía apocar a oficiales pomposos o a *maîtres* altaneros tan solo arqueando una ceja.

En su juventud, Charlotte St. Sebastian se había movido en los mismos círculos que la princesa Gracia de Mónaco y Jackie O. Aquellos días habían pasado, pero su abuela seguía creyendo que los buenos modales y una serena elegancia podían ayudar a una mujer a superar cualquier obstáculo en la vida.

Sarah estaba completamente de acuerdo. Llevaba tres años trabajando de diseñadora y maquetadora en una revista para treintañeras con ganas de ser chic y, durante aquel tiempo, había refinado su discreto estilo de vestir. Llevaba trajes *vintage* de Chanel y de Dior que había heredado de su abuela y los combinaba con complementos modernos, pantalones vaqueros y botas. El resultado era elegante, con un toque retro que era del agrado, incluso, de Alexis.

Uno de los motivos por los que Sarah se había creado aquel estilo era que no podía permitirse comprar los zapatos, bolsos y ropa de diseño que se mostraban en *Beguile*, puesto que tenía que hacer frente a los gastos médicos de su abuela. Sin embargo, algunos de los trajes heredados estaban empezando a verse muy desgastados, y…

De repente, los murmullos se acrecentaron y la sacaron de su ensimismamiento. Sarah estaba acostumbrada a las frecuentes exclamaciones de admiración que se producían en la oficina, porque Alexis hacía que las modelos desfilaran por los departamentos de diseño y producción para probar los maquillajes, los peinados y los trajes delante del personal de la revista, que era mayoritariamente femenino.

Sin embargo, el origen de aquel coro de murmullos era inusual. Se notaba cierto nerviosismo en el ambiente, y Sarah hizo girar la silla.

Para su absoluto asombro, se vio mirando hacia arriba, hacia el magnífico rostro del «tercer soltero más sexy del mundo».

—¿Señorita St. Sebastian?

Su voz tenía un tono frío, pero sus ojos azules, su pelo negro y sus facciones duras eran increíblemente atractivas. Sarah pensó que Alexis no había dado en el clavo en el número del mes anterior. Aquel hombre debería haber ocupado el primer puesto de la lista de los solteros más sexy del mundo en vez del tercero. Medía más de un metro ochenta, era musculoso y vestía sofisticadamente, con un traje hecho a medida y una corbata de seda italiana.

La artista que había en ella apreció toda la belleza que tenía ante sus ojos. La profesional respondió a su tono de voz frío con la misma cortesía distante.

—¿Sí?

—Quisiera hablar con usted —dijo él, y miró hacia un lado—. A solas.

Sarah siguió su mirada. Todas las mujeres de la oficina lo estaban mirando, algunas de ellas asomadas por encima de las pantallas de sus cubículos, con expresiones que iban de la curiosidad al embobamiento.

Ella se giró de nuevo hacia el número tres. Era una lástima que sus modales no estuvieran a la altura de su atractivo físico. Aquella agresividad contenida de su voz era completamente injustificada e irritante.

—¿De qué quiere hablar, señor Hunter?

No pareció que a él le sorprendiera mucho que ella conociera su apellido. Después de todo, sabía que trabajaba en la revista que lo había convertido en objeto de deseo de una buena parte de la población mundial femenina.

—De su hermana, señorita St. Sebastian.

¡No! A Sarah se le encogió el estómago. ¿Qué había hecho Gina en aquella ocasión?

Miró la fotografía que tenía sobre el escritorio. Allí estaba ella misma, con el pelo moreno, los ojos verdes y la expresión seria y protectora de siempre. Y, a su lado, Gina, rubia, afectuosa, llena de vida y completamente irresponsable.

Su hermana tenía dos años menos que ella, y también tenía la tendencia a cambiar de carrera profesional con la misma frecuencia asombrosa con la que se enamoraba y desenamoraba. Pocos días antes le había enviado un mensaje de texto en el que hablaba efusivamente del guapísimo magnate con quien se había emparejado. Omitiendo, como de costumbre, detalles sin importancia, como el nombre del afortunado y cómo se habían conocido.

En aquel momento, Sarah encajó todas las piezas del rompecabezas.

Devon Hunter era el fundador y consejero delegado de una empresa aeroespacial con sede en Los Ángeles. Gina estaba en Los Ángeles en busca de otra oportunidad de trabajo, en aquella ocasión, como planificadora de fiestas para los ricos y famosos.

—Creo que lo mejor sería que tuviéramos esta conversación en privado, señorita St. Sebastian.

Sarah asintió con resignación. Las aventuras de su hermana eran, normalmente, cortas e intensas. La mayoría terminaba amigablemente, pero en algunas ocasiones, ella había tenido que aplacar algún ego masculino. Parecía que aquella era una de esas ocasiones.

—Acompáñeme, señor Hunter.

Sarah lo llevó a una sala de juntas acristalada, cuyos ventanales ofrecían una magnífica vista de Times Square.

—¿Le apetece tomar un café o una botella de agua?

—No, gracias.

Aquella respuesta tan seca la disuadió de invitarlo a que se sentara. Sarah se cruzó de brazos y dijo:

—¿Quería usted hablar de Gina?

Él la observó.

—No se parece usted mucho a su hermana.

—No.

Ella estaba muy cómoda con su complexión esbelta y sus rasgos faciales que, según su abuela, eran de una belleza clásica, pero sabía que no se acercaba al físico deslumbrante de Gina.

—Mi hermana es la única belleza de la familia.

—¿Y también es la única ladrona?

A ella se le cayó el alma a los pies y se quedó boquiabierta.

—Le ruego que me perdone, pero ¿qué ha dicho?

—Podría hacer algo más que rogarme que le perdone, señorita St. Sebastian. Podría usted ponerse en contacto con su hermana y pedirle que me devuelva la valiosa figura que robó de mi casa.

Al oír aquella acusación, a Sarah se le cortó el aliento.

—¿Cómo se atreve a hacer una acusación tan difamatoria y absurda?

—No es difamatoria ni absurda. Es un hecho.

—¡Está usted loco! Es posible que Gina sea superficial y un poco descuidada algunas veces, ¡pero nunca se llevaría nada que no le pertenece!

—Tal vez se convenza usted de lo contrario después de ver este vídeo de una de mis cámaras de seguridad —replicó él, mientras sacaba su iPhone.

Abrió el vídeo y le mostró a Sarah la pantalla del teléfono. Ella vio una imagen de algo que parecía una biblioteca o un despacho; la

cámara enfocaba una estantería de cristal con varias repisas. Los objetos que había sobre ellas estaban perfectamente iluminados y colocados para conseguir la mayor espectacularidad posible. Eran una mezcla ecléctica: Sarah se fijó en una máscara africana de búfalo; en un pequeño disco de esmalte situado en una peana de laca negra; y algo que parecía una estatua de la fertilidad precolombina.

Mientras Sarah seguía observando la imagen, apareció una melena rubia y rizada en la pantalla, y a ella se le aceleró el corazón cuando la propietaria de aquella melena platino se acercó a la estantería. Al verla de perfil, constató que se trataba de su hermana.

Gina miró por encima de su hombro, toda inocencia y despreocupación, sonriendo. Cuando desapareció de la pantalla, el medallón de esmalte ya no estaba en su sitio. Hunter detuvo la imagen, y Sarah se quedó mirando la peana vacía como si fuera una pesadilla.

—Es un esmalte bizantino —dijo él, secamente—. De principios del siglo , por si le interesa. Uno muy parecido a este se vendió en Sotheby's, en Londres, por más de cien mil...

Sarah tragó saliva.

—¿Dólares?

—No, libras.

—¡Oh!

Había rescatado a Gina de muchos líos, pero aquello... Sarah estuvo a punto de dejarse caer en una de las sillas de la sala de juntas. Sin embargo, la voluntad de hierro que había heredado de su abuela hizo que mantuviera la cabeza bien alta.

—Obviamente, hay una explicación lógica para esto, señor Hunter.

—Lo espero de todo corazón, señorita St. Sebastian. Estoy muy interesado en oír esa explicación antes de referirle todo este asunto a la policía.

¡La policía! Sarah se estremeció, pero intentó disimular la preocupación que sentía por Gina.

—Permítame ponerme en contacto con mi hermana, señor Hunter. Puede que... puede que tarde un poco. Ella no siempre devuelve las llamadas con rapidez.

—Sí, ya me he dado cuenta. Llevo varios días intentando dar con ella —respondió él. Se apartó un poco el puño de la camisa y se miró el reloj.

—Tengo una reunión que me va a mantener ocupado el resto de la tarde y, seguramente, hasta bien entrada la noche. Voy a hacer una reserva para cenar para mañana por la noche, a las siete, en Avery's. Está en Upper West Side —dijo, y le clavó los ojos azules—. Supongo que conoce el restaurante. Está a pocas manzanas del Dakota.

—¿Sabe dónde vivo? —preguntó ella, con los ojos muy abiertos de

asombro.

—Sí, lady Sarah, lo sé —dijo él, y le hizo un saludo burlón poniéndose dos dedos sobre la frente mientras se alejaba hacia la puerta—. Hasta mañana.

Lady Sarah.

A la vista de todo lo demás, el uso de aquel título no debería haberle causado ninguna molestia. Su jefa lo mencionaba frecuentemente en fiestas, cócteles y reuniones de trabajo; tan frecuentemente que a Sarah ya había dejado de avergonzarle la descarada utilización de un título que había perdido toda relevancia hacía mucho tiempo.

Por desgracia, Alexis quería hacer algo más que darle brillo a su revista con la herencia asociada al apellido St. Sebastian. Sarah había tenido que amenazarla con dejar el trabajo en dos ocasiones si seguía adelante con un artículo sobre la joven lady Sarah Elizabeth Marie-Adele St. Sebastian, nieta de Charlotte, la duquesa desposeída.

¡Dios Santo! Sarah se estremecía cada vez que recordaba el tono que había querido darle Alexis a la historia. Aquel adjetivo de «desposeída», por muy exacto que fuera, habría hecho añicos el orgullo de su abuela.

Y el hecho de que arrestaran a su nieta pequeña por robo tampoco iba a ser muy beneficioso para la anciana.

Sarah agitó suavemente la cabeza y salió de la sala de reuniones. Tenía que dar con Gina y averiguar si había robado aquel medallón. Iba hacia su escritorio cuando su jefa la interceptó.

—¿Es cierto que ha estado aquí Devon Hunter? —le preguntó con un gruñido.

—Sí, ha...

—¿Y por qué no me has avisado?

—No he tenido tiempo.

—¿Qué quería? No irá a demandarnos, ¿verdad? Demonios, te dije que cortaras por encima de la cintura esa fotografía del vestuario.

—No, Alexis. Me dijiste que le vieran bien las nalgas. Y yo te dije que creía que no debíamos haber pagado a un empleado de su gimnasio para que le hiciera fotografías a ese hombre sin su consentimiento.

La directora descartó aquella objeción con un gesto de la mano.

—Bueno, ¿qué quería?

—Eh... Bueno, es amigo de Gina.

—¿Otro de los trofeos de tu hermana? —preguntó Alexis con sarcasmo.

—No he tenido tiempo de recabar todos los detalles. Solo sé que ha

venido a la ciudad para asistir a algunas reuniones de negocios y que quiere que cene con él mañana.

La directora ladeó la cabeza. En sus ojos apareció un brillo muy familiar, un brillo que hizo que Sarah tuviera que tragarse un gruñido. Los *pit bulls* no podían hacerle la competencia a Alexis cuando había hecho presa en una historia.

—Podríamos hacer una continuación —dijo—. Qué impacto ha tenido en la vida de nuestro soltero el hecho de aparecer en la lista de los diez hombres más sexy de *Beguile*. Hunter es adicto al trabajo, ¿no?

Sarah asintió distraídamente. Estaba frenética por llegar al teléfono.

—Así es como lo describimos nosotros.

—Seguro que ahora ya no puede dar un paso sin que lo asalte media docena de mujeres. Gina lo despachó muy rápidamente. Quiero los detalles, Sarah. ¡Detalles!

Ella hizo lo que pudo por disimular su agitación.

—Déjame hablar con ella primero. Ver qué pasa.

—Hazlo. ¡Y dame los detalles!

Alexis se alejó, y Sarah tuvo que sentarse en la silla de su escritorio. Rápidamente, tomó su iPhone y llamó a Gina. Por supuesto, la llamada fue a parar al buzón de voz. Después de dejarle un mensaje, le mandó también un mensaje y un correo electrónico, aunque sabía que no iba a servir de nada si su hermana no había encendido el teléfono. Finalmente, llamó a su jefe, que la informó de que Gina había vuelto a faltar a su trabajo, una vez más, y de que estaba despedida.

—Está bien, se lo diré —le prometió al encargado, que estaba furioso—. Y, si por casualidad ella se pone en contacto con usted antes que conmigo, por favor, dígale que me llame.

Por la tarde, Sarah hizo varios intentos más de ponerse en contacto con Gina, pero no lo consiguió. Como no podía concentrarse, se fue a casa un poco antes de lo normal.

Cuando llegó al portal del edificio Dakota, saludó al portero, que salió del mostrador para recibirla.

—Buenas noches, Jerome.

—Buenas noches, lady Sarah.

Hacía mucho tiempo que ella había dejado de intentar que no utilizara aquel título, pero Jerome debía de pensar que le añadía lustre al edificio.

—La duquesa ha vuelto de su paseo vespertino hace una hora —prosiguió el portero, y la expresión se le ensombreció ligeramente—. Iba apoyándose en el bastón más de lo normal.

Sarah sintió una punzada de preocupación.

—Pero no se habrá esforzado demasiado, ¿verdad?

—Me dijo que no. Pero, claro, tampoco iba a decirme lo contrario, ¿no?

—No —dijo Sarah—. No lo diría.

Charlotte St. Sebastian había presenciado la brutal ejecución de su marido, y había estado a punto de morir de hambre antes de poder escapar de su país, en plena guerra, con su bebé en brazos y las joyas familiares escondidas en el osito de peluche de su hija. Primero había ido a Viena y, después, a Nueva York, donde se había integrado fácilmente en la elite intelectual y social de la ciudad. La discreta y oportuna venta de sus joyas le había permitido comprar un piso en el edificio Dakota y mantener un estilo de vida elegante.

Después, se produjo otra tragedia en su vida: perdió a su hija y a su yerno en un accidente de barco. Sarah solo tenía cuatro años, y Gina estaba en pañales cuando murieron sus padres. Poco después, un tiburón de Wall Street estafó a sus clientes, entre los que estaba la duquesa, con un esquema Ponzi, y Charlotte perdió sus ahorros.

Aquellos terribles acontecimientos habrían terminado de hundir a cualquier mujer menos fuerte que Charlotte St. Sebastian, pero ella no perdió el tiempo compadeciéndose de sí misma, porque tenía dos niñas pequeñas a las que criar. De nuevo, se vio obligada a vender su herencia: las joyas que todavía conservaba sirvieron para proporcionarles una buena educación a sus nietas, y un estilo de vida que ella consideraba el derecho de nacimiento de las niñas: colegios privados, profesores de música, puestas de largo en el Waldorf, un año de estudios en la Sorbona...

Ninguna de las dos hermanas tenía idea de la difícil situación económica en la que estaban hasta que su abuela tuvo un infarto. Fue un ataque leve, algo que la duquesa denominó rápidamente «unas anginas sin importancia». Sin embargo, la cuenta del hospital no fue tan insignificante, ni tampoco lo eran las facturas que Sarah encontró apiladas en el escritorio de su abuela al empezar a revisar lo que creía que eran gastos mensuales. Ella misma estuvo a punto de sufrir un infarto al sumar las cantidades y ver el total.

Sarah gastó todos sus ahorros en pagar las facturas; al menos, la mayoría de las facturas. Todavía tenía que saldar la cuenta del último electrocardiograma de su abuela. Y, mientras, su objetivo más importante en la vida era no causarle ni el más mínimo estrés a la mujer a la que quería con toda su alma.

Cuando entró en casa, se despidió de María, la doncella ecuatoriana, que se marchaba en aquel preciso instante, y oyó la voz de su abuela.

—¿Sarah? ¿Eres tú?

La encontró sentada en su butaca favorita, en el salón, con el único

aperitivo que se permitía a pesar de que el médico se lo hubiera prohibido. Al ver sus ojos azules apagados y su nariz aristocrática, Sarah sintió una punzada de emoción muy fuerte y tuvo que tragar saliva antes de poder responder.

—Sí, soy yo.

—Has venido muy pronto.

—Sí, abuela.

Debería haber sabido que Charlotte percibiría el más ligero de los matices de su tono de voz.

—Pareces disgustada —le dijo, frunciendo un poco el ceño—. ¿Ha ocurrido algo en el trabajo?

—Nada fuera de lo corriente —respondió Sarah, con una sonrisa forzada, y fue a servirse una copa de vino blanco—. Alexis se puso hecha una furia por la maqueta del artículo sobre las estaciones de esquí. Tuve que rehacerlo por completo.

La duquesa emitió un sonido desdeñoso.

—No sé cómo puedes trabajar para esa mujer.

—Es la única que me contrató.

—No te contrató a ti. Contrató tu título.

Sarah se estremeció, porque sabía que era cierto, y su abuela matizó inmediatamente el comentario.

—Tuvo suerte de que el título fuera acompañado por un ojo infalible para la forma, el color y las dimensiones espaciales —dijo.

—La que tuve suerte fui yo —replicó Sarah, riéndose—. No todo el mundo puede negociar con una licenciatura en arte renacentista para conseguir un trabajo en una de las revistas de moda más importantes del país.

—Ni ascender de ayudante a editora senior en solo tres años —repuso Charlotte. Después, su expresión se suavizó—. ¿Te he dicho ya lo orgullosa que estoy de ti?

—Solo un millón de veces, abuela.

Pasaron otra media hora juntas antes de que Charlotte decidiera que iba a descansar un poco antes de la cena. Cuando su abuela se marchó, apoyándose en el bastón, Sarah preparó una ensalada y añadió un poco más de caldo al pollo que María había dejado asándose. Después, se lavó las manos y se sentó ante el ordenador para investigar un poco más sobre Devon Hunter, el hombre con el que iba a tener que enfrentarse al día siguiente.

Capítulo Dos

Desde su mesa, junto al ventanal del restaurante, Devon vio acercarse a Sarah St. Sebastian desde la entrada del establecimiento. Era alta y esbelta, y se movía con elegancia y discreción.

Llevaba el pelo suelto, y la melena le caía hasta los hombros del traje de chaqueta, de color morado. La falda era negra, y el bajo tocaba suavemente la parte superior de sus botas a cada paso que ella daba.

A pesar de haberse criado con cuatro hermanas, su sentido de la moda podía resumirse en una idea: o una mujer tenía buen aspecto, o no. Y aquella tenía buen aspecto. Muy, muy bueno.

Y no era el único que lo pensaba, porque muchos de los hombres que había en el restaurante volvieron la cabeza para mirarla, y muchas mujeres le lanzaron aquellas miradas que, aunque parecieran despreocupadas, catalogaron al instante todos los detalles de su peinado, su vestimenta, sus joyas y su calzado.

¿Cómo demonios podían hacer eso? Él era muy observador; podía entrar en el vientre de un avión y, con una sola mirada, detectar si las riostras tenían la más mínima curvatura o si los remaches comenzaban a oxidarse. Sin embargo, desde que habían publicado aquel maldito artículo en la revista, había descubierto que sus poderes de observación palidecían en comparación con los poderes de observación femeninos.

Al principio, aquello de la lista de los diez solteros más atractivos le había parecido un chiste; su familia no dejaba de tomarle el pelo al respecto y, bueno, el hecho de que lo hubieran nombrado uno de los hombres más atractivos del mundo no le había venido mal a su ego.

Pero eso había sido antes de que las mujeres comenzaran a pararlo por la calle para decirle que estaban disponibles. Antes de que las camareras se apresuraran a llevarle la comida y hacerle la misma confidencia. Antes de que se convirtiera en un suplicio ir a las fiestas a las que tenía que asistir para hacer negocios.

Había hecho caso omiso de casi todo aquello, pero no podía hacerle caso omiso a la esposa del consejero delegado francés con el que estaba tratando de cerrar un trato de millones de dólares. La última vez que había estado en París, Elise Girault se le había echado encima, y él se había dado cuenta de que tenía que poner punto y final a lo que ya se había convertido en algo más que una molestia.

Y había creído que encontraba la herramienta perfecta para

conseguirlo: lady Eugenia Amalia Therése St. Sebastian. Una muchacha rubia, despampanante, vivaz y tan fotogénica que los paparazzi ni siquiera lo mirarían a él si ella estaba cerca.

Sin embargo, después de pasar treinta minutos en compañía de Gina St. Sebastian, se había dado cuenta de que no era buena idea. Pese a su pedigrí, la chica era tan voluble como bella. Y, cuando le había robado el medallón bizantino, sus planes habían cambiado radicalmente. Para mejor, pensó, al levantarse para saludar a Sarah St. Sebastian.

Llevaba la cabeza alta y los hombros erguidos, y tenía un aire aristocrático, pese a que el pequeño país del este de Europa había abolido la nobleza y todos sus títulos cuando los tanques soviéticos lo habían invadido a mediados del siglo. Durante los cuarenta años de ocupación, las fronteras de Europa se habían alterado varias veces, y el ducado que había sido de los St. Sebastian desde hacía siglos había desaparecido por completo.

Mala suerte para Charlotte St. Sebastian y sus nietas. Buena suerte para él. Sarah no lo sabía aún, pero iba a sacarle del lío en el que le había metido su revista.

—Buenas noches, señor Hunter.

Su voz era fría, y también la mirada de sus ojos verdes.

Dev se mantuvo en pie, pacientemente, mientras el maître sentaba a Sarah. Al instante, apareció un camarero, pero ella declinó cualquier aperitivo, y dijo que no iba a cenar. El camarero se alejó de la mesa, y Dev volvió a sentarse.

—¿Está segura de que no quiere cenar nada, señorita St. Sebastian?

—Sí, señor Hunter. No estamos aquí para intercambiar cortesías.

Él se apoyó en el respaldo de la silla y observó sus rasgos, que le fascinaron. Sarah tenía los pómulos altos, la nariz recta y los labios carnosos y sensuales. Podría haber sido modelo para cualquier escultor del Renacimiento.

—No, tiene usted razón —dijo—. ¿Ha hablado con su hermana?

Ella se agarró las manos por encima de la mesa y se las apretó. Aquel gesto inconsciente delató su preocupación.

—No he conseguido ponerme en contacto con ella.

—Yo tampoco. ¿Qué me sugiere que hagamos?

—Le propongo que espere —dijo ella. Tomó aire y esbozó una sonrisa forzada—. Concédame algo de tiempo para encontrar a Gina antes de denunciar la desaparición del medallón, o su-su…

—¿Robo?

La sonrisa desapareció.

—Gina no robó ese medallón, señor Hunter. Admito que parece que lo tomó por algún motivo, pero estoy segura de que… Sé que lo devolverá. Al final.

—Cuanto más espere para hacer la denuncia, señorita St. Sebastian, más va a sospechar la compañía de seguros. Un retraso en la denuncia podría hacerme perder la cobertura.

—Concédame otras veinticuatro horas, señor Hunter. Por favor.

Ella detestaba suplicar. Lo notó en su tono de voz, y vio que se le ponían blancos los nudillos.

—De acuerdo, señorita St. Sebastian. Veinticuatro horas. Pero, si su hermana no me ha devuelto el medallón para entonces, yo...

—Lo hará. Estoy segura de que lo devolverá.

—¿Y si no lo hace?

Ella alzó la barbilla.

—Yo le devolveré el valor de la pieza.

—¿Cómo?

—Tal vez tarde un poco —admitió Sarah—. Tendríamos que diseñar un plan de pago.

Él no se sentía muy contento consigo mismo. Si no tuviera un trato de muchos millones de dólares entre las manos, terminaría con aquella farsa en aquel mismo instante. Mientras hacía girar suavemente una copa de whisky, se inclinó hacia delante.

—Iré directamente al grano, señorita St. Sebastian. Les pedí a mis empleados que investigaran el pasado de su hermana, y el suyo también. Sé que ha sacado a Gina de un lío tras otro, y sé que en estos momentos es usted la única persona que mantiene a su abuela. También sé que apenas gana lo suficiente para cubrir sus gastos médicos, así que no creo que pudiera pagar el valor de un medallón bizantino del siglo .

Ella se quedó pálida, pero antes de que pudiera reaccionar, Devon le tendió la trampa.

—Tengo una proposición alternativa, señorita St. Sebastian.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué tipo de proposición?

—Necesito una prometida.

—¿Disculpe?

—Que necesito una prometida —repitió él—. Estaba pensando en Gina, pero después de pasar media hora en su compañía, deseché la idea. Estar prometido con su hermana no es para los pusilánimes.

Tal vez la hubiera dejado completamente boquiabierta con su proposición, pero Sarah St. Sebastian saltó como una leona en defensa de su hermana.

—Señor Hunter, mi hermana es cariñosa, generosa, buena y...

—Se ha dado a la fuga. Usted, por otro lado, está disponible. Y está en deuda conmigo.

—¿Yo?

—Usted, y esa revista para la que trabaja —dijo él. Y, pese a que se

esforzó por disimular su irritación, se le notó en el tono de voz—. ¿Sabe cuántas mujeres me han acosado desde que se publicó ese maldito artículo? No puedo hacer nada sin que alguna señorita o señora me escriba su número en un trozo de papel e intente metérmelo en el bolsillo del pantalón.

El espanto se le borró de la cara, y en su lugar apareció el desdén. Sarah se apoyó en el respaldo de la silla y frunció los labios con una falsa solidaridad.

—Ooooh. Pobre, pobre objeto sexual.

—Tal vez a usted le parezca divertido —gruñó él—. Pero a mí no. Tengo en la cuerda floja un negocio de millones de dólares.

Aquello borró la sonrisita de su cara.

—¿Aparecer en esa lista ha afectado a su negocio? ¿Cómo? —preguntó ella. Sin embargo, pronto volvió a sonreír con ironía—. Ah, no me lo diga. Hay tantas mujeres arrojándose a sus brazos que no consigue concentrarse.

—En parte, tiene razón. Pero no es una cuestión de concentración. Se trata de que no quiero poner en peligro el trato diciéndole a la mujer del hombre con el que estoy negociando que no me interesa en absoluto.

—Así que, en vez de enfrentarse a ella, quiere esconderse detrás de una prometida.

El desdén era refinado y frío, pero estaba allí. Devon estaba sintiendo su efecto punzante cuando percibió un movimiento por el rabillo del ojo. Un segundo después, distinguió a una mujer pelirroja, alta y esbelta, a quien estaban guiando hacia una mesa cercana. Al ver a Devon, la mujer arqueó una ceja y se detuvo a su lado.

—Lo conozco —dijo la mujer, y ladeó la cabeza—. Recuérdemelo, ¿dónde nos hemos conocido?

—No nos conocemos —respondió Devon, con cortesía.

—¿Está seguro? Yo nunca olvido una cara. Ni tampoco —añadió, con una sonrisa felina—, un trasero excelente.

El gesto de ofuscación de Devon le proporcionó a Sarah una gran satisfacción. Que se retorciera como un microbio en el microscopio. Se merecía pasar por aquella situación vergonzante.

Aunque, en realidad...

No, no se lo merecía. Era *Beguile*, la revista, la causa de que él estuviera pasando por aquello. Ellos habían publicado una fotografía tomada en el vestuario de su gimnasio, con la cara ladeada únicamente lo suficiente como para que no pudiera demandarlos. Y, por mucho que ella odiara admitirlo, aquel hombre había mostrado mucha contención al no denunciar inmediatamente la desaparición de su valioso medallón.

Sin embargo, ella no quería acudir en su rescate. Verdaderamente,

no quería. Fue un sentido del juego limpio innato, aunque reticente, lo que la empujó a imitar a su abuela en una de sus facetas más imperiales.

—Disculpe —dijo con altivez—. Creo que mi prometido ya le ha dicho que no lo conoce. Y, ahora, si no le importa, quisiéramos continuar con nuestra conversación.

La mujer enrojeció.

—Sí, por supuesto. Perdonen la interrupción.

Entonces, la pelirroja se fue rápidamente a su mesa; Hunter se quedó mirándola mientras Sarah tomaba un sorbito de agua.

—Eso es, exactamente —dijo Hunter—. Eso es exactamente lo que quiero de usted.

¡Vaya! Sarah agarró el pie de la copa e intentó amortiguar el impacto que le causó la sonrisa de Hunter dirigida a ella. Devon Hunter, con los ojos azules muy brillantes y los labios curvados con una sonrisa de picardía era algo increíble.

La sonrisa le convertía en alguien muy distinto. Eso, y su aspecto informal. Llevaba traje, pero se había quitado la corbata y llevaba una camisa azul abierta por el cuello. La sombra de la barba, a aquellas horas de la noche, le confería un aire sofisticado de chico malo que muchos modelos de *Beguile* hubieran envidiado.

La investigación que había hecho Sarah de él también le proporcionaba una nueva perspectiva del hombre en cuestión. Había tenido que buscar bien para conseguir detalles. Hunter era muy celoso de su intimidad, y ese era el motivo por el que *Beguile* había tenido que hacer un popurrí de información sobre él, en vez de publicar la entrevista en profundidad que hubiera preferido Alexis. Y, sin duda, ese también era el motivo por el que él detestaba tanto el artículo, admitió Sarah, con una punzada de culpabilidad.

Pero todos aquellos detalles le habían permitido hacerse una idea fascinante de Devon Hunter. Después de salir del instituto, se había alistado en las fuerzas aéreas y se había formado como especialista en carga de grandes aviones. Durante los ocho años que había pasado en el ejército, se había licenciado y se había doctorado, pese a que había pasado muchos de esos años volando a zonas de guerra o a países que habían padecido desastres naturales.

En una de aquellas misiones de combate, su aeronave había entrado en una zona de intenso fuego enemigo; Hunter había arreglado improvisadamente la rampa de acceso del carguero, que se había roto, y eso les había permitido llevarse a cientos de refugiados somalíes que, de otro modo, se hubieran enfrentado a una muerte segura. Poco después, Hunter había dejado el ejército y había patentado la modificación que había ideado para el avión. Por la información que Sarah había recabado en Internet, había empezado a usarse en la

aviación militar y civil de todo el mundo.

Aquel había sido el comienzo de las empresas de Hunter. El resto era historia. Ella no había encontrado un dato concreto sobre su fortuna, pero, obviamente, era lo suficientemente grande como para permitirle coleccionar piezas de museo de cientos de miles de libras.

Aquello la devolvió a la realidad.

—Mire, señor Hunter, esto...

—Dev —dijo él, sin dejar de sonreír—. Ahora que ya estamos comprometidos, dejémonos de formalidades. Sé que tienes media docena de nombres. ¿Te llaman Sarah, Elizabeth o Marie-Adele?

—Sarah —dijo ella—, pero nosotros no estamos comprometidos.

Él señaló con la barbilla hacia la mujer pelirroja, que estaba sentada unas cuantas mesas más allá.

—La pelirroja piensa que sí.

—Simplemente, no me gustó su actitud.

—A mí tampoco —dijo él—. Por eso te ofrezco este trato. Voy a darte las condiciones exactas, para que no haya malentendidos: aceptas un compromiso de seis meses, como máximo. Menos, si consigo cerrar el trato que tengo entre manos en este momento. A cambio, yo destruyo la grabación de la cámara de seguridad y no doy parte a la policía.

—Pero ¿y el medallón? Ha dicho que valía doscientas mil libras.

—Estoy dispuesto a creer que Gina va a devolverlo. Al final. Y, mientras... —Hunter alzó su copa en un brindis burlón—: Por nosotros, Sarah.

Ella se agarró a su última esperanza, mientras se levantaba de la mesa.

—Me ha prometido otras veinticuatro horas. No tenemos por qué cerrar el trato hasta ese momento. ¿De acuerdo?

Él titubeó. Después, se encogió de hombros.

—De acuerdo.

—Entonces, hasta mañana, señor Hunter.

—Dev —la corrigió él, y también se puso en pie.

—No es necesario que me acompañe. Quédese, por favor, y disfrute de su cena.

—En realidad, antes me entró hambre y me comí un taco coreano en un puesto de la calle. He estado varias veces en Corea, y allí nunca he comido tacos.

La tomó del codo con una galantería que habría sido del agrado de su abuela, y la acompañó hacia la salida. La pelirroja alzó la vista cuando pasaron junto a su mesa, pero Sarah la miró desdeñosamente, y ella volvió a esconder la nariz en la carta.

—Voy a parar un taxi para que te lleve a casa.

—Está a muy pocas manzanas.

—Pero ha oscurecido. Sé que estás en tu ciudad, pero me sentiría mejor si te mandara a casa en un taxi.

Sarah no discutió, sobre todo porque se había hecho de noche y la temperatura había bajado mucho. Al otro lado de la calle, las farolas de Central Park irradiaban una luz dorada. Ella miró a su alrededor, deleitándose con la vista.

Por desgracia, al girarse vio a la pelirroja por el rabillo del ojo, a través del escaparate del restaurante. Tenía el teléfono pegado a la oreja y, obviamente, estaba hablando sobre ellos.

Sarah tuvo que contener una maldición. Al día siguiente, su fotografía iba a estar en toda la prensa rosa del país. Hunter siguió la dirección de su mirada y, al ver a la mujer, no se molestó en tragarse la palabrota. Sin embargo, después añadió:

—Supongo que, si vamos a terminar en los tabloides del país, lo mejor es que les demos algo interesante.

Al darse cuenta de cuál era su intención, Sarah alzó la palma de la mano.

—No nos apresuremos, señor Hunter.

—Dev —la corrigió él, clavándole los ojos azules—. Dilo, Sarah. Dev.

—¡Está bien! Dev. ¿Estás contento?

—No del todo.

Entonces, le rodeó la cintura con el brazo y, de un tirón, la estrechó contra su pecho. Aunque la sujetó con firmeza, le dio un segundo, o quizá dos, para protestar.

Sarah se dijo que ya pensaría más tarde por qué no lo había hecho. Aquel hombre no le caía bien. La estaba chantajeando con la irresponsabilidad de Gina, y era demasiado arrogante y demasiado sexy para su bien.

Sin embargo, en aquel momento, al mirarlo a los ojos, no pudo hacer otra cosa que rendirse.

Capítulo Tres

A Sarah le habían besado más veces, pero, si alguna vez *Beguile* hacía una lista de los diez hombres que mejor besaban del mundo, ella personalmente propondría a Dev Hunter como candidato para el primer puesto. Su boca se adaptó a la de ella como si estuvieran hechas la una para la otra. Sus labios le exigieron una respuesta.

Sarah se la dio. Ladeó la cabeza y posó las palmas de ambas manos en su pecho. Notó sus músculos duros bajo la camisa y el abrigo, y notó la suave raspadura de su barba en la barbilla. Percibió el sabor del whisky en sus labios y notó el calor de su piel.

No hubo nada escondido en el beso de Hunter. No intentó impresionarla, ni llevarse una victoria en la batalla de los sexos. Su boca se movió con facilidad sobre la de Sarah. Con confianza. Con deseo.

Ella tenía la respiración acelerada cuando el beso terminó. Y él también, cosa que le proporcionó a Sarah una gran satisfacción. Sin embargo, Hunter frunció el ceño.

—Lo siento —dijo; le soltó la cintura y retrocedió un paso—. Eso ha estado fuera de lugar.

Sarah no iba a comentar que ella tampoco se había resistido. Mientras intentaba calmarse, vio de reojo que había un público muy interesado observándolos desde el interior del restaurante.

—Fuera de lugar o no —dijo Sarah con un pequeño gruñido—, prepárate para la posibilidad de que este beso salga mañana en la prensa. Sospecho que el teléfono de tu amiga lleva cámara.

—Seguro que sí —dijo él, con disgusto.

—Qué fastidio —murmuró ella—. A mi jefa no le va a hacer ninguna gracia.

—¿Esto va a causarte algún problema en el trabajo? Me refiero al hecho de que tú y yo, nuestro compromiso, aparezca en otra revista que no es la tuya...

—En primer lugar, no estamos comprometidos. En segundo lugar, no es necesario que te preocupes por mi trabajo —dijo Sarah. Después, se mordió el labio y añadió—: Lo que verdaderamente me preocupa es mi abuela. Si ella ve u oye algo antes de que yo arregle este lío...

—Mira, te propongo una cosa —dijo él—. ¿Qué te parece si te acompaño a casa esta noche? Puedes presentarme a tu abuela. Así, si se entera de algo, no será tan repentino...

—No, no —respondió ella, después de un instante—. No quiero

complicar aún más la situación en este momento.

—De acuerdo. Me hospedo en el Waldorf. Llámame cuando hayas tenido tiempo de reflexionar sobre mi proposición. Si no tengo noticias tuyas dentro de veinticuatro horas, asumiré que has aceptado.

Después de aquellas palabras, Devon alzó la mano para parar un taxi. Sarah entró en el vehículo y se desplomó sobre el asiento. Se pasó todo el trayecto hasta el edificio Dakota preocupándose por su hermana, y maldiciéndola por el lío en que la había metido.

Cuando entró en el apartamento, María estaba vaciando el lavaplatos, justo antes de marcharse.

—Hola, Sarah.

—Hola, María. ¿Cómo han ido hoy las cosas?

—Bien. Hemos ido a dar un paseo por el parque; después, la duquesa ha cenado temprano y se ha retirado a su habitación. He ido a verla hace unos minutos, y estaba dormitando.

—Muy bien, María. Gracias.

—De nada. Ah, casi se me olvida: ha llamado Gina.

—¿Que ha llamado? ¿Cuándo?

—Hace media hora, más o menos. Dijo que le habías mandado un par de mensajes.

—¿Un par? Más bien, quince o veinte.

—Ah, bien —dijo la doncella, con una sonrisa de afecto—. Cosas de Gina.

—¿Dónde estaba?

—En el aeropuerto de Los Ángeles. Me dijo que quería asegurarse de que todo iba bien antes de subirse al avión.

—¿A qué avión? ¿Adónde va?

María frunció el ceño pensativa.

—A Suiza, creo que dijo. O, tal vez a... ¿Finlandia?

Conociendo a Gina, podía ser cualquiera de los dos sitios. Sarah se despidió rápidamente de María y rebuscó el teléfono móvil en su bolso. Cuando lo encontró, vio en la pantalla el icono que indicaba un mensaje nuevo. Y ella no había oído la alerta; seguramente, porque estaba demasiado ocupada permitiendo que Devon le diera un beso de tornillo.

El mensaje era breve, y típico de Gina.

He conocido a un profesor de esquí guapísimo. Me voy a Suiza. Hablamos.

Con la esperanza de que no fuera demasiado tarde, Sarah marcó el número de su hermana, pero la llamada solo obtuvo la respuesta del contestador automático. Era obvio que Gina había apagado el teléfono y, como siempre, no iba a acordarse de encenderlo hasta muchas

horas después, quizá días después de aterrizar en Suiza.

Y las veinticuatro horas que le había concedido Devon Hunter habían empezado a transcurrir. De hecho, ya solo quedaban veintitrés.

Llamó suavemente a la puerta de la habitación de su abuela y abrió con sigilo. La duquesa estaba recostada sobre los almohadones de su cama, con los ojos cerrados y un libro abierto en el regazo.

Ella intentó quitárselo de entre los dedos sin despertarla, pero su abuela abrió los ojos, pestañeó un par de veces y sonrió.

—¿Qué tal la cena?

Sarah no podía mentir, pero podía dar algún rodeo.

—El restaurante está a la altura de tus gustos. Tenemos que ir allí para celebrar tu cumpleaños.

—No te preocupes de mi cumpleaños —dijo la duquesa, y dio una palmadita a un lado de su cama—. Vamos, siéntate y cuéntame cosas de ese amigo de Eugenia. ¿Crees que las cosas van en serio entre ellos?

—Bueno, en realidad solo son conocidos. De hecho, Gina me ha enviado un mensaje esta tarde: se ha ido a Suiza con un profesor de esquí guapísimo. Palabras suyas, no mías.

—Esa niña... —refunfuñó Charlotte—. Me va a matar.

No, si ella podía evitarlo.

—En realidad, abuela, yo lo conozco mejor que Gina.

—¿Al profesor de esquí?

—No, al hombre con el que he quedado en el restaurante esta noche. Es Devon Hunter —dijo Sarah y, pese a la situación, tuvo que sonreír—. Tú también lo conoces. Ocupa el tercer puesto de la lista de los diez solteros más atractivos del mundo.

—Oh, por el amor de Dios, Sarah. Sabes perfectamente que yo solo hojeo el *Beguile* para admirar tu trabajo. No le presto ninguna atención al contenido.

—Ah, bueno. Entonces, supongo que fue María la que dejó marcada la primera hoja de ese artículo en concreto —bromeó Sarah.

Charlotte alzó la nariz. El gesto era instintivo en ella y, normalmente, precedía a una buena reprimenda. Pero, para alivio de Sarah, un momento después la nariz bajó y en los labios de su abuela apareció una sonrisita.

—¿Es tan guapo en la realidad como en la revista?

—Mucho más —dijo Sarah, y tomó aire—. Ese es el motivo por el que lo besé a la salida del restaurante.

—¿Te has besado con él en público? —preguntó Charlotte, y chasqueó la lengua con desaprobación—. Eso es muy vulgar, querida mía.

—Sí, ya lo sé. Además, la gente del restaurante se nos quedó mirando por el ventanal, y sospecho que debieron de fotografiarnos. Tal vez el beso aparezca en la prensa rosa.

—¡Espero que no! —exclamó su abuela y, después de unos instantes, frunció el ceño—. A Alexis le va a dar un ataque si eso aparece en una revista que no sea la suya. Lo mejor será que le avises.

—Eso es lo que voy a hacer —dijo Sarah. Después, miró hacia la mesilla de noche de su abuela, y le preguntó—: ¿Te has tomado la medicina?

—Sí.

—¿Estás segura? Algunas veces te quedas dormida y se te olvida.

—Me la he tomado, Sarah. No me cuides tanto.

—Mi deber es cuidarte —dijo ella. Se inclinó y le dio un beso en la mejilla a Charlotte—. Buenas noches, abuela.

—Buenas noches.

Consiguió llegar a la puerta de la habitación y, cuando creía que había conseguido escapar, oyó la voz de la duquesa, que emitía un edicto imperial:

—Trae a ese señor Hunter a tomar una copa mañana por la noche, Sarah. Me gustaría conocerlo.

—No estoy muy segura de qué planes tiene, abuela.

—Tenga los planes que tenga, seguro que encontrará tiempo para hacernos una breve visita.

Sarah se fue a dormir intentando dilucidar qué era peor: si aceptar un compromiso falso, contarle a Alexis que tal vez otra revista publicara antes una historia jugosa sobre una de sus propias editoras, o seguir diciéndole medias verdades a su abuela.

A la mañana siguiente, lo primero que hizo al despertar fue comprobar si tenía algún mensaje de Gina. Nada de mensajes, ni de correos electrónicos, ni de mensajes de voz.

—Eres mujer muerta —gruñó, dirigiéndose a su hermana ausente—. ¡Muerta!

Se levantó de la cama, se duchó y se arregló. Después, se tomó su acostumbrado bagel y un café solo y se marchó a trabajar.

En la revista, las cosas fueron mejor de lo que pensaba. Alexis había llamado para decir que iba a tomar un avión hacia Chicago, puesto que le habían dado el aviso repentino de que iba a celebrarse una reunión muy importante de la dirección del grupo editorial. Y, para alivio de Sarah, ninguna revista publicó aquel día, ni en papel ni en las ediciones digitales, su fotografía en brazos de Devon Hunter.

Así pues, pasó el resto de la jornada intentando racionalizar su reacción al beso de Hunter y tratando de ponerse en contacto con Gina.

Y el plazo de veinticuatro horas siguió agotándose.

Devon miró la hora en el reloj de la pared de la sala de reuniones. Eran las cuatro y cuarto. Quedaban poco menos de cuatro horas para que se cumpliera el plazo.

Dejó de escuchar las palabras del ejecutivo que estaba en la cabecera de la mesa de juntas de caoba brillante, hablando de un lucrativo contrato militar con el que esperaba hacerse su empresa. En realidad, Dev sabía que habían minimizado tanto los costes iniciales que los tipos del Pentágono iban a dejar a aquella empresa fuera del concurso. Dev habría considerado que aquel viaje había sido una pérdida de tiempo completa de no ser porque había conocido a la señorita St. Sebastian.

Basándose en el perfil que había elaborado de ella, se esperaba a una mujer con aplomo, segura de sí misma, sensata y leal a la mujer que las había criado a ella y a su hermana. Lo que no esperaba era su elegancia innata. Ni tampoco se esperaba sentir un cosquilleo en el estómago al verla acercarse a su mesa en el restaurante, la noche anterior. Ni las horas que se había pasado recordando su sabor y su olor, y el contacto de su cuerpo...

Aquella reacción tan visceral hacia la señorita St. Sebastian podía ser un problema técnico en su plan. Necesitaba una falsa prometida temporalmente para paliar el efecto de aquel absurdo artículo, y Sarah St. Sebastian era la solución perfecta. Sin embargo, era tan deliciosa que podía llegar a convertirse en una distracción más grande que todas las demás mujeres que lo acosaban.

¿Qué iba a hacer? ¿Llamarla y decirle que retiraba la oferta? ¿Dar por perdido el medallón? ¿Buscar a Gina él mismo y recuperar la pieza?

—Discúlpame, Jim —dijo, de repente.

El ejecutivo interrumpió su discurso. Sus socios y él se giraron hacia Dev.

—Vamos a tener que suspender la reunión —dijo, sin molestarse en pedir disculpas—. Tenía un asunto que pensaba que podría atender más tarde, pero parece que tengo que ocuparme de él ahora mismo.

Jim consiguió disimular su decepción con una sonrisa de tiburón. Por cortesía profesional, Devon le ofreció una compensación.

—¿Por qué no me envías por correo electrónico el resto de la presentación? La estudiaré en el vuelo de regreso a casa.

Jim asintió y habló con uno de sus socios. Después de las despedidas, le tendió la mano a Devon.

—Espero tener noticias tuyas muy pronto.

—A finales de semana —le prometió Devon, aunque sabía que no iba a gustarle nada lo que iba a decirle.

Decidió esperar a estar dentro de la limusina para ponerse en

contacto con Sarah. Sin embargo, el teléfono móvil le sonó mientras estaba descendiendo del piso número cincuenta del rascacielos en el que habían mantenido la reunión de negocios. Dev respondió sin saber que era cierta morena de ojos verdes que iba a darle la vuelta a su mundo.

—Aquí Hunter.

—Señor Hunter... Dev... Soy Sarah St. Sebastian.

—Hola, Sarah. ¿Has tenido noticias de Gina?

—Sí. Bueno, más o menos.

¡Demonios! En aquel momento, todas sus dudas y su culpabilidad por obligar a aquella mujer a comprometerse falsamente con él se fueron al traste. Lo único que sintió fue una enorme decepción al pensar que aquello no iba a suceder. El sentimiento fue tan intenso y tan doloroso que Devon estuvo a punto de perderse las siguientes palabras de Sarah.

—Gina va de camino a Suiza. Eso me dijo anoche en un mensaje.

Él sintió un enorme e inexplicable alivio.

—¿Y dónde nos deja eso?

—Todavía estoy intentando hablar con ella, pero si no lo consigo...

—¿Qué has decidido?

—Creo que no me queda más remedio que aceptar tu descabellada oferta: seis meses prometida contigo, menos, si consigues cerrar el trato en el que estás trabajando ahora mismo. Y, a cambio, tú no denunciarás a mi hermana. ¿Correcto?

Devon no perdió ni un segundo.

—Correcto. Entonces, ¿trato hecho?

—Con una condición.

—¿Qué condición? —preguntó él, con cautela.

—Tienes que venir a tomar una copa a casa esta noche. A las siete en punto. Mi abuela quiere conocerte.

Capítulo Cuatro

Dev frunció el ceño al mirarse en el espejo del ascensor y se arregló el nudo de la corbata. No sabía por qué demonios estaba tan nervioso. ¿Solo porque iba a conocer a Charlotte St. Sebastian?

Por el amor de Dios, había volado a zonas de combate en muchísimas ocasiones. Había participado en misiones humanitarias en países devastados por incendios, *tsunamis*, terremotos, sequías y guerras civiles. Todas aquellas experiencias, además de la de haber creado una empresa de aviación, habían modelado su carácter y su confianza en sí mismo. Además, le habían permitido codearse con altos ejecutivos, gente muy poderosa de todo el mundo. Charlotte St. Sebastian no iba a ser la primera aristócrata a la que conociera.

Y, sin embargo, lo que había averiguado de la familia St. Sebastian le proporcionaba un retrato intimidante de la matriarca. Aquella mujer había tenido que presenciar la ejecución de su marido, y había perdido al resto de su familia en los infames gulags. Había tenido que esconderse con su bebé para salvar la vida, y había tenido que soportar auténticas penurias antes de poder escapar al Oeste. Más tarde, su hija y su yerno habían muerto en un accidente, y ella había tenido que criar sola a sus dos nietas pequeñas.

Realmente, Charlotte St. Sebastian merecía todo su respeto. Al pensarlo, comenzó a dudar de nuevo de su plan con respecto a Sarah, y siguió dudando hasta que ella le abrió la puerta de su casa.

—Hola, señor... Hola, Dev.

Al verla, se olvidó de todo lo demás.

Sarah llevaba un vestido corto y unas mallas negras, y se había puesto un collar de perlas gruesas. Las perlas y el vestidito gris le conferían elegancia y sofisticación, pero las mallas exhibían la forma de sus piernas de un modo que a Devon le dejó la garganta seca. Tuvo que tragar saliva para poder devolverle el saludo.

—Hola, Sarah.

—Pasa, por favor.

Ella se apartó para que él pudiera entrar al grandioso vestíbulo del piso.

—Le he dicho a mi abuela que Gina y tú solo sois conocidos —le advirtió en voz baja.

—Eso es cierto.

—Sí, bueno... Vamos a terminar con esto.

Le guio por el pasillo hacia el salón y, mientras la seguía, Dev

decidió que la vista trasera era tan estupenda como la delantera. El bajo del vestido se balanceaba de un modo juguetón y seductor. Las mallas se le ajustaban deliciosamente a las curvas de las pantorrillas.

Todavía estaba apreciando la imagen cuando ella le hizo entrar en una sala de altísimo techo, amueblada con una magnífica mezcla de antigüedades y algunos aparatos de tecnología moderna. En la pared opuesta había varias ventanas vestidas con cortinas de terciopelo azul, desde las que, seguramente, se divisaba todo Central Park. El fuego estaba encendido en la chimenea que había en otra de las paredes.

El sofá estaba situado junto a la chimenea, y había una mujer sentada en él, con la espalda recta y las manos apoyadas en la empuñadura de un bastón de ébano. Tenía el pelo gris, sujeto con dos peinetas de marfil, y llevaba una blusa con el cuello de encaje. Atravesó a Dev con la mirada de sus ojos de halcón.

Sarah hizo las presentaciones con una sonrisa.

—Abuela, te presento a Devon Hunter.

—¿Cómo está, señor Hunter? —preguntó la duquesa, tendiéndole la mano.

Él se la estrechó suavemente.

—Es un placer conocerla, señora. Gina me dijo que había heredado la belleza de su abuela, y es evidente que tenía razón.

—¿De veras? —preguntó la anciana, y elevó la nariz—. Entonces, ¿conoce bien a Eugenia?

—Coordinó una fiesta para mí. Hablamos en varias ocasiones.

—Siéntese, señor Hunter —dijo la duquesa, señalándole la butaca que estaba frente a ella—. Sarah, querida, sírvele una copa al señor Hunter.

—Claro. ¿Qué te apetece, Dev?

—Lo que estéis tomando tu abuela y tú me parece bien.

—Yo estoy tomando vino blanco. La abuela, por el contrario, está haciendo caso omiso de las recomendaciones del médico y está tomando un abominable licor que hacían nuestros ancestros ya por el siglo .

—El Zuta Osa no es abominable, Sarah —dijo la duquesa—. Solo necesita de una constitución fuerte.

Dev sabía reconocer un desafío cuando se lo lanzaban.

—Lo probaré.

—¿Estás seguro? —inquirió Sarah, lanzándole una mirada de advertencia desde el mueble bar—. La traducción del nombre es «avispa amarilla». Eso puede darte una idea del sabor de la bebida.

—¡De verdad, Sarah, cómo eres! Tienes que dejarle al señor Hunter que se forme su propia opinión de lo que fue nuestra bebida nacional.

Dev ya se estaba arrepintiendo de haber aceptado, pero disimuló su vacilación, y dijo:

—Por favor, llámeme Dev, señora.

La duquesa asintió graciosamente.

—Muy bien. Y tú puedes llamarme Charlotte.

Sarah le dio un vasito de licor a Dev, rellenó su copa de vino y se sentó junto a su abuela.

Mientras alzaba su vaso para hacerle un brindis a la anfitriona, Devon se dijo que una cantidad tan insignificante de licor no podía hacerle demasiado mal. Sin embargo, el primer sorbito le reveló lo equivocado que estaba. El líquido, de sabor a ciruela, era feroz, y descendió por su garganta dejándole un agujero ardiente en el esófago.

—¡Jod...!

Consiguió contenerse a tiempo. Con los ojos empañados, alargó el brazo y observó el licor, a lo lejos, con el respeto que se merecía. Cuando pudo respirar de nuevo, miró a la duquesa, que tenía cara de diversión.

—Esto supera al licor que nosotros hacíamos en el casco en Irak.

—¿Estuviste en Irak? —preguntó la duquesa, pero enseguida agitó la cabeza y se respondió a sí misma—. Ah, sí, es cierto. Y también en Afganistán, si no recuerdo mal del artículo del *Beguile*.

Aquello sí que hizo que se sintiera avergonzado. La idea de que aquella matriarca de pelo gris hubiera leído todas aquellas idioteces, y hubiera visto una fotografía en la que se apreciaba su trasero, le quemó más, incluso, que el licor.

Para disimular la vergüenza, tomó otro sorbo. En aquella ocasión, fue más fácil que la primera vez, pero de todos modos le dejó quemaduras hasta el estómago.

—Bueno, cuéntame —estaba diciendo amablemente Charlotte , ¿cuánto tiempo te vas a quedar en Nueva York?

—Eso depende —dijo él, con la voz ronca.

—¿Ah, sí?

La duquesa volvió a elevar la nariz. Se le daba muy bien, pensó Devon, mientras esperaba a que se le apagara el fuego del estómago.

—¿Y de qué depende, si me permites la pregunta?

—De que tu nieta y tú queráis cenar conmigo esta noche. O mañana por la noche.

Devon miró a Sarah. El recuerdo del beso que habían compartido le golpeó con más fuerza que el Zuta Osa.

—O cualquier noche —añadió, sosteniéndole la mirada.

Sarah agarró su copa de vino con fuerza. Entendía perfectamente el mensaje que le estaban transmitiendo los ojos de Devon. Era un reto personal, una caricia no demasiado privada. A su abuela no se le

habría pasado por alto ni aunque estuviera ciega.

Bien, eso era lo que ella quería: que aquella pequeña reunión mitigara la sorpresa de su súbito compromiso. Dev había hecho su parte, y la pelota estaba en su tejado.

—No puedo hablar por mi abuela, pero yo estoy libre mañana por la noche. O cualquier otra noche —añadió, con una sonrisa tonta que no pudo contener.

Tuvo la sensación de que había sobreactuado, y lo supo con seguridad cuando la duquesa la atravesó con la mirada. Sarah no quería, no podía engañar a la mujer que había vendido su herencia familiar para poder criar a sus dos nietas. Estuvo a punto de confesarlo todo, pero la duquesa se lo impidió al volverse hacia Devon Hunter.

—Me temo que yo tengo otro compromiso mañana por la noche.

Las dos mujeres sabían que era una mentira descarada; sin embargo, Sarah sentía demasiados remordimientos por sus propias mentiras como para reprocharle nada a su abuela. Al ver a la duquesa hacer de celestina, intentó no estremecerse.

—Pero insisto en que te lleves a cenar a mi nieta mañana por la noche. O cualquier otra noche —añadió, irónicamente—. Ahora, sin embargo, me gustaría saber más cosas de ti.

Entonces, la duquesa comenzó a sonsacarle información con tanta firmeza como habilidad. Dev no tuvo ninguna oportunidad. Y Sarah vio que aceptó el interrogatorio de buena gana.

Sin embargo, todavía tenía los nervios en tensión cuando se acostó, varias horas más tarde. Por lo menos, cuando Dev y ella le dieran a su abuela la noticia de su compromiso, no sería tan impresionante.

Al día siguiente, en la oficina, Alexis llamó a Sarah a su despacho. Mientras se paseaba de un lado a otro como un león enjaulado, sacó las garras.

—¡Dios Santo, Sarah! —exclamó airada—. ¿Quieres explicarme por qué tengo que enterarme por terceros de que una de mis editoras ha estado besándose con el número tres? En plena calle, a la vista de todo el mundo. A la vista de todos los taxistas con cámara en el móvil y con ganas de sacarse un dinero vendiendo una exclusiva.

—Vamos, Alexis. ¿Cuántos taxistas de Nueva York leen tanto el *Beguile* como para reconocer al número tres?

—Pues parece que, por lo menos, uno.

Entonces, Alexis le mostró una hoja de papel en la que había impreso un correo electrónico con una fotografía de muy mala calidad de una pareja abrazada.

—Este tipo quiere cinco mil por la foto.

—¡No! ¡Estás de broma!

—Mírame bien, Sarah. ¿Te parece, por mi expresión, que tengo ganas de bromas?

—Esto... esto no es lo que crees, Alexis.

—Pues entonces, explicadme vos lo que es de verdad, lady Sarah.

Tal vez por el sarcasmo de su jefa, o por la preocupación que sentía por Gina, o por la culpabilidad que sentía por mentirle a su abuela, o por la presión a la que le había sometido Devon, tal vez por todas aquellas cosas juntas, Sarah se echó a llorar de repente.

—¡Oh, Dios! —exclamó su jefa, y se acercó a ella con arrepentimiento—. Lo siento. Lo siento. No quería ser tan dura contigo. O, bueno, tal vez sí. Pero no tenías por qué echarte a llorar.

—¡Sí! —dijo Sarah, entre sollozos, y escondió la cara entre las manos.

—Vamos, vamos —le dijo su jefa, y le dio unas palmaditas en el hombro—. No te preocupes. Voy a retener este correo electrónico. Haré todo lo posible por acallar los rumores sobre la historia antes de que se filtre.

Sarah alzó la cabeza. Había hecho un trato, y tenía que cumplirlo.

—No tienes por qué acallar nada. Hunter... Hunter y yo...

—¿Hunter y tú?

—Estamos comprometidos.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Cuándo? ¿Dónde?

Alexis volvió a ser la misma de antes: implacable. En pocos minutos le había sonsacado todos los detalles suculentos de la historia. La horrible acusación de Hunter, la indiscutible prueba de la grabación de vídeo, la indignante proposición y la llamada de Gina diciendo que iba de camino a Suiza.

—Tu hermana es una egoísta —le dijo Alexis con disgusto—. ¿Cuándo vas a dejar de protegerla?

—¡Nunca! —respondió Sarah, mientras se enjugaba las lágrimas—. Gina es la única persona a la que tengo en la vida. Ella, y la abuela. Haré lo que sea necesario con tal de protegerlas.

—Eso está muy bien, Sarah, pero tu hermana...

—Es mi hermana.

—Está bien, está bien —dijo Alexis, alzando las palmas de las manos—. Es tu hermana. Y Devon Hunter es tu prometido durante los próximos seis meses. Y sería estupendo que...

—¿Qué?

—¿Y si hicieras un diario de las próximas semanas? Mejor aún, un diario fotográfico —dijo Alexis, pensando febrilmente—. Hunter y tú. La aventura relámpago y la proposición repentina. Las cenas románticas para dos. Los largos paseos por Central Park. Nuestros lectores lo devorarían todo.

—Olvídalo, Alexis. Yo no voy a proporcionar cotilleos para los lectores.

—¿Y por qué no? Las dos sabemos que los chismorreos sobre los famosos venden mucho. Y este asunto tiene muchos elementos explotables: Hunter es rico y guapísimo, y tú eres una profesional joven e inteligente vinculada a la aristocracia.

—¡Ese vínculo con la aristocracia ya no existe!

—¿Y qué? Podemos resucitarlo. Embellecerlo. Incluso podemos enviar a un fotógrafo para que saque fotos de la tierra natal de tu abuela. ¿No decías que todavía tenías unos cuantos primos allí?

—Son primos lejanos, y la abuela no sabe nada de ellos desde hace décadas.

—No pasa nada. Conseguiremos que funcione.

Al ver la cara de vacilación de Sarah, Alexis continuó hablando con una determinación férrea.

—Si lo que me das es tan romántico y glamuroso como creo que puede llegar a ser, las ventas de la revista subirán como la espuma. Y eso, querida mía, supondrá para ti un bonus tan grande que podrás devolverle a Hunter el dinero de su medallón bizantino. Podrás pagar las facturas médicas de tu abuela. Y todavía te quedarán unos ahorrillos en la cuenta corriente.

Aquella posibilidad tan deslumbrante apareció ante los ojos de Sarah durante un momento. Estuvo a punto de prometerle a Alexis que sacaría todas las fotografías que pudiera. Pero, entonces, su irritante honradez lo estropeó todo.

—No puedo hacerlo —dijo—. Hunter me prometió que no denunciaría a Gina si yo representaba el papel de prometida enamorada. Intentaré convencerle de que hagamos una sesión de fotografías sobre nuestro... compromiso. Seguro que eso sí lo aceptará.

Sobre todo, porque sería beneficioso para sus propósitos. Cuando se supiera que estaba comprometido, las mujeres dejarían de acosarlo por la calle.

—Pero no llegaré más lejos.

Su jefa frunció el ceño; estaba preparándose para otro ataque frontal cuando sonó el interfono. Con cara de pocos amigos, apretó la tecla.

—¿No te he dicho que no me pases las llamadas?

—Sí, pero...

—¿Y por qué nos interrumpes?

—Es que...

—¿Qué, demonios?

—Es el número tres —respondió la secretaria, susurrando—. Está aquí.

Capítulo Cinco

Cuando Dev entró en el despacho, se encontró con las caras de sorpresa de su prometida y de la jefa de su prometida. Alexis Danvers lo miró de arriba abajo con unos ojos calculadores.

—Señor Hunter. Me alegro de conocerlo. Sarah me ha dicho que están comprometidos.

—Ojalá pudiera decir lo mismo, señora Danvers. Y, sí, estamos comprometidos.

Entonces, se fijó en Sarah, y se dio cuenta de que ella tenía los ojos enrojecidos y las mejillas llenas de lágrimas. No tuvo que preguntarse cuál era el motivo: la fotografía que había sobre el escritorio de Danvers lo decía todo.

¡Demonios! Sarah le había dado a entender que su jefa iba a enfurecerse si otra revista conseguía la primicia. Se giró hacia la directora y la miró fijamente.

—Supongo que está un poco irritada por el hecho de que Sarah no la pusiera al corriente de nuestra relación antes de que llegara a oídos de los demás.

—Exacto.

—También supongo que entenderá por qué yo no estaba precisamente impaciente por soportar otra avalancha de publicidad detestable.

—Como usted se negó a concedernos una entrevista para el artículo, señor Hunter, todo lo que sacó la revista era del dominio público. Lo único que hicimos fue recopilar los hechos, darles un poco de brillo, añadir unas cuantas fotografías y ofrecerlo para la admiración de su público.

—Pues si siguen admirándome tanto, voy a tener que contratar a un guardaespaldas.

—¿O a una prometida?

—O a una prometida —admitió él—. Por suerte, he encontrado a la candidata perfecta aquí mismo, en *Beguile*.

Aquello le recordó el motivo por el que había acudido, por segunda vez, a las oficinas de la revista.

—Ha surgido algo —le dijo a Sarah—. Iba a explicártelo en privado, pero...

—¿Has tenido noticias de Gina?

—No, no de Gina. He hablado con el propietario de la empresa con el que he estado tratando durante estos pasados meses. Me ha pedido

que vaya a París para negociar los últimos detalles y cerrar el trato.

Ella debió de presentir lo que se avecinaba, porque abrió mucho los ojos y cabeceó; sin embargo, él ignoró ambas señales y siguió adelante.

—Le dije que iría, y que seguramente llevaría a mi prometida. Le expliqué que acabamos de comprometernos y que estaba pensando en pasar una temporada en la ciudad para celebrarlo.

—¡Un momento! —intervino Alexis—. Sarah tiene un trabajo muy importante aquí en *Beguile*, y debe cumplir unos plazos de entrega. No puede irse a París cuando usted lo diga.

—Lo entiendo perfectamente. Serían solo unos días. Una semana, tal vez.

Dev miró a Sarah a los ojos.

—Llevamos varios meses trabajando en esto. Necesito cerrar el trato. El señor Girault me dijo que su esposa te atenderá con gusto mientras nosotros estamos ultimando la negociación.

Sarah captó perfectamente el mensaje, y alzó la barbilla.

—¿Cuándo quieres salir? —preguntó.

—Mi ayudante nos ha reservado unos billetes en un vuelo que sale hoy, a las siete de la tarde, del JFK.

—¿Hoy?

—Sí, hoy. Tienes el pasaporte en regla, ¿no?

—Sí, pero no puedo irme y dejar sola a la abuela.

—Ya he pensado en eso. Mi ayudante se puso en contacto con una de las mejores agencias de la ciudad. Esta misma tarde una enfermera puede estar en tu casa para quedarse con tu abuela hasta que vuelvas.

—¡No, por Dios! —dijo ella, estremeciéndose—. A la abuela no le gustaría nada en absoluto que invadieran así su privacidad. Le pediré a nuestra asistenta, María, que se quede con ella.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Como yo soy el culpable de que tengas que ponerte de viaje con tanta urgencia, por favor, dile a tu asistenta que yo le pagaré el trabajo de estos días.

—No es necesario —dijo ella con tirantez.

—Por supuesto que sí.

Sarah iba a seguir protestando, pero Dev sugirió una cifra diaria para pagar a María que hizo que ella pestañeara dos veces y que su jefa interviniera rápidamente en la conversación.

—Este hombre tiene razón, nena. Es un asunto suyo, así que deja que corra con los gastos extra.

Alexis no dijo algo que resultaba evidente: que Dev podía permitirse sin problemas aquella compensación tan generosa. Sin embargo, Sarah lo entendió, y terminó por aceptar, aunque de mala gana.

—Bueno, entonces, podemos irnos —dijo él.
—Sí. Supongo que sí —respondió Sarah, y se mordió el labio inferior un instante—. Tengo que terminar la maquetación del artículo sobre las escapadas a la playa, Alexis.
—Y el anuncio del brillo labial —añadió su jefa—. Quiero que salga en la edición de junio.
—Bueno, entonces me llevo el ordenador portátil. Puedo hacer las dos maquetaciones durante el vuelo —dijo ella. Después, se volvió hacia Dev—. Espero que entiendas que solo podré acompañarte si María está disponible.
—Sí, lo entiendo. Suponiendo que María se quede con tu abuela, ¿podrías estar preparada a las tres en punto?
—¿A las tres? ¿No es un poco pronto para un vuelo a las siete de la tarde?
—Sí, pero tenemos que hacer una parada de camino al JFK. ¿O preferirías pasar por Cartier ahora mismo?
—¿Por Cartier? ¿Y para qué vamos a...? Ah —dijo ella, y gruñó—. Para comprar un anillo de compromiso, ¿no?
—Exacto.
—Esto va de mal en peor —cabeceó Sara.
A su jefa no le pareció lo mismo. Con una exclamación de alegría, se lanzó por el teléfono de su escritorio.
—¡Magnífico! Voy a mandar a un fotógrafo a Cartier con vosotros.
—Un momento, Alexis —dijo Sarah.
—¿Por qué? Precisamente estábamos hablando de esto antes de que llegara Hunter.
Sarah le lanzó a Dev una mirada de culpabilidad. Él sacó sus propias conclusiones rápidamente: era obvio que su jefa la había estado presionando para sacar provecho de aquella aventura repentina.
Y, por mucho que le molestara, tenía que admitir que un anuncio ostentoso de su compromiso con Sarah St. Sebastian sería muy beneficioso para él, porque le ayudaría mucho a mantener a raya a madame Girault.
—Acepto que se publiquen unas cuantas fotografías, si Sarah está de acuerdo.
—Unas cuantas fotografías —dijo Sarah, con una evidente reticencia, y miró a su jefa significativamente—. Pero solo esta vez.
—Vamos, Sarah. No hay nada más romántico que París en abril. La ciudad de la luz y del amor. Hunter y tú paseando de la mano...
—No, Alexis.
—Piénsalo bien.
—No, Alexis.
En aquella breve conversación hubo algo que Dev no pudo descifrar. La comunicación entre aquellas dos mujeres era muy empática, muy

tirante, pero no tenía tiempo de analizarla en aquel momento.

—Dígale a su gente que puede hacer esta sesión —le dijo a Danvers para terminar con la discusión—. Pueden hacerla en Cartier —añadió, y miró el reloj—. ¿Por qué no llamas a tu asistenta, Sarah, para comprobar que está disponible? Si María puede cuidar de tu abuela, compraremos un anillo y te llevaré a casa a hacer las maletas.

Devon había llamado con antelación a la joyería, así que el director en persona salió a recibirlos a la puerta.

—Buenas tardes, señor Hunter. Soy Charles Tipton.

Era un hombre de pelo cano que iba impecablemente vestido. Le estrechó la mano a Devon y, después, se inclinó delante de Sarah con una cortesía de otros tiempos.

—Es un placer conocerla, señorita St. Sebastian. He tenido el honor de hacer negocios con su abuela en varias ocasiones, hace algunos años.

Ella sonrió con gratitud por la discreción de su interlocutor. «Hacer negocios con su abuela» significaba «comprarle sus joyas cuando tuvo que venderlas por necesidad».

—¿Me permite que le dé la enhorabuena por su compromiso?

Ella estuvo a punto de estremecerse al constatar cómo aquella mentira se estaba apoderando de su vida.

—Muchas gracias —dijo.

—Por supuesto, me alegra mucho que hayan elegido Cartier para adquirir su anillo. He hecho una selección de nuestras mejores piezas. Seguro que encontraremos algo de su gusto…

En aquel momento, un taxi paró bruscamente junto a la acera y de él salieron un fotógrafo y su ayudante, portando cámaras, luces y reflectores. Eran el equipo de *Beguile*.

Sarah los saludó y, cuando las presentaciones hubieron terminado, el señor Tipton los acompañó a todos a una elegante sala del primer piso, perfumada con aroma de gardenia, en la que sonaba una suave música de guitarra. Allí, el director de la tienda les ofreció una copa de champán para brindar por su compromiso. Sarah miró a Devon y, al darse cuenta de que él le dejaba la elección a ella, se rindió a lo inevitable. El señor Tipton sirvió un par de copas, y ella observó el líquido dorado antes de mirar a Dev.

—Por nosotros —dijo él, e hizo chocar suavemente el delicado cristal de las copas.

Ambos tomaron un sorbo mientras el fotógrafo y su ayudante hacían fotografías sin cesar. Después, llegó el momento de elegir un anillo, pero Sarah no consiguió encontrar ninguno que le satisficiera en las múltiples vitrinas forradas de terciopelo que le mostró el señor Tipton.

—Creo que preferiría algo único —dijo, mirando al director a los ojos—. Por ejemplo, una esmeralda, que es la piedra de mi mes de nacimiento, montada en oro.

Su cumpleaños era en noviembre, y la piedra de ese mes era el topacio, pero Sarah esperaba que Hunter no lo supiera. El joyero sí lo sabía, por supuesto, pero, una vez más, hizo gala de su discreción.

—Creo que tengo el anillo perfecto para usted.

Entonces, descolgó el auricular del teléfono y dio una breve instrucción. A los pocos minutos apareció un ayudante y le entregó un anillo.

Era una banda formada por delgadas tiras de oro entrelazadas. En el centro de la banda había una esmeralda rusa del tamaño de una bola de chicle. Cuando Sarah le dio la vuelta al anillo, vio una rosa grabada en el reverso plano de la gema y se aseguró por completo de que era la última y más preciada joya de su abuela, y que tenía que llevarla aunque solo fuera durante una semana. Se volvió hacia Dev con el corazón encogido.

—Quiero este.

Él intentó aparentar que le agradaba su elección, pero no lo consiguió. Ni siquiera una esmeralda rusa de quince quilates podía competir con el valor de mercado de un diamante de tres o cuatro quilates.

—¿Estás segura de que ese es el anillo que quieres?

—Sí.

Él se encogió de hombros y sacó la tarjeta de crédito de la cartera, mientras el fotógrafo inmortalizaba también aquellos momentos. Después, el hombre les pidió que se besaran para darle más interés al reportaje.

Dev apretó los labios y, por un momento, pareció que iba a mandar al fotógrafo al cuerno. Sin embargo, se levantó y le tendió la mano a Sarah.

—Tenemos que intentar esto sin público alguna vez —murmuró, mientras le pasaba un brazo por la cintura—. Pero, por ahora...

Ella estaba mejor preparada en aquella ocasión, pero, de todos modos, sintió una emoción extraña cuando él la besó.

El fotógrafo les dijo que había conseguido muy buenas imágenes y que, después de editarlas, se las enviaría para su aprobación.

Entonces, Dev miró el reloj.

—¿Quieres comer antes de que te lleve a casa a hacer la maleta? —le preguntó a Sarah.

Ella se quedó pensativa.

—Vamos a comer con mi abuela y con María; será como una pequeña celebración. Después, haré las maletas.

Capítulo Seis

Por teléfono, Devon le pidió a su ayudante, Patrick Donovan, que encargara un almuerzo especial con caviar, ensalada y champán, y que enviara todo a casa de Sarah. Cuando iban hacia el edificio Dakota, se dio cuenta de que estaba muy nervioso; al conocer a Charlotte St. Sebastian, se había dado cuenta de que era una mujer muy inteligente y de que adoraba a sus nietas. Él no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar con la noticia de aquel repentino compromiso, pero sospechaba que iba a hacerle sudar.

Sarah, obviamente, debía de pensar lo mismo. Se detuvo en la puerta del apartamento y se giró hacia él con cara de ansiedad.

—Mi abuela está enferma del corazón. Tenemos que ser muy cuidadosos con todo esto.

—Yo te seguiré la corriente.

Ella respiró profundamente e irguió los hombros. Abrió la puerta y, en el vestíbulo, se encontró con un desfile de camareros con chaquetas blancas que estaba a punto de abandonar el piso. Llevaban los brazos llenos de cajas de cartón vacías, y se hicieron a un lado.

—Su abuela nos indicó que pusiéramos la mesa en el comedor —le dijo a Sarah el encargado—. Lo hemos dejado todo preparado.

Sarah asintió y recorrió el pasillo a toda prisa. Dev se quedó dando propina y después se encaminó hacia el comedor de la duquesa.

Se detuvo en el umbral de la puerta para contemplar la escena. Había una mesa de caoba para más de doce comensales, sin embargo, la comida estaba servida en uno de los extremos, donde habían dispuesto un servicio para cuatro personas. Los platos eran de porcelana blanca, las copas de cristal de Bohemia y los cubiertos, de plata. Había una botella de champán abierta en una cubitera.

Patrick iba a pedirle otro aumento de sueldo a Devon por haber conseguido aquella maravilla en tan poco tiempo.

—Supongo que todo esto es cosa tuya, Devon.

Miró a la duquesa, que estaba de pie junto a la mesa, erguida y con las manos apoyadas en la empuñadura del bastón. María estaba a su lado.

—Sí, Charlotte.

—También supongo que vas a decirme cuál es el motivo de esta celebración improvisada.

Dev se acercó a Sarah y le pasó el brazo por la cintura. Ella se puso rígida pero, casi al instante, se relajó.

—Tenemos dos motivos de celebración, abuela. El primero es que Devon me ha pedido que vaya a París con él.

—Eso ya lo sé. María me ha dicho que le has pedido que se quede conmigo mientras estás de viaje.

Por el tono de voz Sarah no tuvo duda de lo que su abuela opinaba al respecto.

—Serán solo unos días, y se lo he pedido más por mí que por ti. Así no me sentiré tan mal dejándote con tan poco tiempo de antelación.

—¿Y cuál es el segundo motivo de la celebración?

Al notar que Sarah volvía a ponerse muy tensa, Devon decidió intervenir.

—Mis hermanas te dirían que dejo mucho que desear con respecto al romanticismo y que soy capaz de pasar por encima de cualquier obstáculo cuando quiero conseguir algo. Sarah se ha resistido mucho, pero la he convencido de que deberíamos comprometernos antes de viajar a París.

—¡Dios mío! —exclamó María, y se quedó mirando a Sarah con la boca abierta—. ¿Te has comprometido con este hombre?

Cuando ella asintió, la duquesa atravesó a Dev con la mirada. En contraste con su silencio, María hizo exclamaciones de alegría y se santiguó tres veces mirando al cielo.

—¡Cuánto he rezado por esto! —dijo.

Con los ojos llenos de lágrimas, se acercó a Sarah y la abrazó. Dev no recibió un abrazo, sino que María lo agarró de ambas solapas y le dio dos sonoros besos en las mejillas.

La duquesa se mantuvo inmóvil en su sitio, pero Dev no consiguió descifrar la expresión de su cara. Cuando Sarah se le acercó, Charlotte la miró con los ojos entrecerrados.

—Hemos parado en Cartier de camino a casa, abuela. Dev quería comprarme un anillo de compromiso.

Entonces, alzó la mano izquierda, y la duquesa se quedó asombrada.

—¡Dios Santo! Es la...Rosa de Rusia

—Sí —dijo Sarah, suavemente.

Charlotte acarició la esmeralda. Por un momento, pareció transportada a otro lugar, a otro tiempo, como si estuviera reviviendo una infinita alegría y una infinita tristeza.

Con esfuerzo, volvió al presente y sonrió a Sarah.

—Tu abuelo me regaló este anillo por mi décimo octavo cumpleaños. Yo siempre quise que lo tuvieras tú.

De nuevo, Charlotte miró a Dev. Pasó algo entre ellos, pero antes de que él pudiera averiguar qué era, la duquesa se volvió de nuevo eficiente y enérgica.

—Bueno, Sarah, ya que te escapas a París con tanta urgencia, creo que deberíamos dar buena cuenta de esta deliciosa comida que tu... tu

prometido nos ha proporcionado con tanta generosidad. Después, tendrás que hacer las maletas. Devon, ¿quieres servir el champán?

—Por supuesto.

En cuanto la comida terminó y Sarah se fue a su habitación a preparar el equipaje, Devon se dio cuenta de que no había superado la prueba. A solas con la duquesa, ella le clavó la mirada.

—Vamos a dejar las cosas claras, Devon. Yo me vi obligada a vender la Rosa de Rusia, pero si tú la has comprado con la idea equivocada de que puedes comprar también a mi nieta, será mejor que te lo quites de la cabeza. No se pueden comprar la clase ni los buenos genes. O se tienen… o no se tienen.

¡Vaya! Devon tuvo la seguridad de que, si no respondía bien a aquellas observaciones, era hombre muerto.

—En primer lugar —dijo—, yo no tenía ni idea de que esa esmeralda había sido tuya. En segundo lugar, estoy perfectamente satisfecho con mis genes. En tercer lugar…

Hizo una pausa para pensar la tercera respuesta. Sus sentimientos hacia Sarah St. Sebastian se habían hecho demasiado confusos, demasiado rápidos. Todo en ella le causaba calor y deseo.

—En tercer lugar —admitió por fin—, no hay forma de que yo consiga estar a la altura del estilo y la elegancia de Sarah. Lo único que puedo hacer es admirar ambas cosas.

La duquesa no respondió. Se mantuvo en silencio durante unos instantes, con los ojos entrecerrados. Después, asintió secamente.

—Está bien. Ya veremos cómo se desarrollan los acontecimientos.

Después, se apoyó en el respaldo de la silla, y Dev comenzó a respirar de nuevo.

—Seguro que ya sabes —dijo la duquesa, cambiando de tema— que París es una de las ciudades favoritas de la duquesa.

—Todavía no hemos hablado de todas nuestras cosas favoritas —respondió él con sinceridad—. Pero sé que hizo un año de estudios universitarios en la Sorbona.

Aquello figuraba en el informe que él poseía de ella, además del hecho de que estaba licenciada en Historia del Arte. Dev pensaba pasar todo el tiempo libre que tuviera en París visitando museos con ella. Estaba deseando explorar el Louvre o el Museo Cluny con alguien que compartía su interés por el arte, y Sarah era la persona perfecta para hacerlo.

Capítulo Siete

Sarah todavía estaba sorprendida después de tres horas sobrevolando el Atlántico.

—No puedo creerme que mi abuela se lo tomara tan bien —dijo, con los dedos sobre el teclado de su ordenador portátil—. No solo lo del compromiso, sino lo del viaje a París y la espléndida paga que vas a darle a María. ¡Todo!

—¿Y por qué no iba a tomárselo bien? —respondió Devon—. Anoche me hizo un minucioso interrogatorio sobre toda mi familia, mi educación y mi situación económica, y hoy, durante la comida, me ha sonsacado lo que hubiera podido quedarse en el tintero. Creo que he aprobado el examen.

—Pues yo creo que ha sido el anillo —murmuró ella, observando la esmeralda que llevaba en el dedo—. Su actitud cambió radicalmente cuando lo vio.

Devon sabía muy bien que había sido el anillo. Al mirar a Sarah, se dio cuenta de que ella se había ruborizado.

—Tenía que haberte dicho en Cartier que la Rosa de Rusia fue de mi abuela.

—No pasa nada. Me alegro mucho de que estuviera disponible.

Ella se quedó callada durante unos segundos, pensando en la comida.

—¿Sabes lo que me parece tan raro? Que la abuela no nos haya preguntado ni una sola vez cómo hemos podido enamorarnos tan rápidamente.

—Puede que sea porque la duquesa es de otra época. Además, ha vivido tiempos muy difíciles, y quizá para ella sea tan importante tu seguridad como tu felicidad.

—No, no puede ser eso. La abuela siempre nos ha dicho a Gina y a mí que ella se casó por amor. Tuvo que enfrentarse a sus padres para poder casarse.

—Sí, pero mira lo que ocurrió después —repuso Devon—. Por lo que he leído, los rusos invadieron su país brutalmente, y ella tuvo que presenciar la ejecución de tu abuelo. Tuvo que escapar para no correr la misma suerte, y construirse una vida nueva en otro país, con su bebé.

Sarah acarició la esmeralda con una expresión de tristeza.

—Después, perdió también a mis padres, y tuvo que aceptar la carga de criarnos a Gina y a mí.

—¿Y por qué crees que fue una carga para ella? A mí me parece que, seguramente, tu hermana y tú llenasteis el vacío de su corazón.

—Gina más que yo.

—Eso lo dudo —dijo Devon secamente.

Y, tal como sospechaba, ella saltó inmediatamente en defensa de su hermana.

—Sé que crees que Gina es una descerebrada...

—Pues sí.

—... pero ella está tan llena de vida que nadie puede estar más de tres minutos con ella sin sonreír.

Sarah despedía dardos mortales con la mirada mientras lo desafiaba a que la contradijera, pero él no tuvo que hacerlo, porque ya había conseguido su objetivo: borrar los recuerdos tristes.

—Acabo de recibir un mensaje de texto del señor Girault. Dice que le agrada mucho que hayas podido acompañarme.

—¿De veras? —preguntó Sarah, y arqueó una ceja con escepticismo —. ¿Y qué dice su mujer?

—Eso no lo ha mencionado, pero me ha preguntado qué te gustaría hacer mientras nosotros estamos encerrados en la sala de juntas. Me indica que su esposa es muy aficionada a las compras, y que conoce muy buenas boutiques.

Entonces, se dio cuenta de que había cometido un error, porque sabía que Sarah no podría permitirse el lujo de comprar en ese tipo de tiendas.

—Eso me recuerda una cosa... No tengo intención de que incurras en gastos excesivos por culpa de nuestro acuerdo. En el hotel habrá una tarjeta de crédito para ti.

—Ni hablar —respondió ella, inmediatamente.

—Sé razonable, Sarah. Estás trabajando para mí, y lo normal es que yo cubra tus gastos.

Sarah lo miró con una expresión glacial.

—El hotel y las comidas, sí. Pero una tarde de compras, no.

Devon suspiró.

—Está bien. Como tú quieras.

Entonces, decidió cambiar de tema de conversación, y se fijó en su vestido de color rosa. La tela era gruesa y satinada, y tenía un corte muy elegante. Además, había un abrigo a juego colgado en el armario de su cabina de primera clase.

—Creo que las boutiques de París no estarán a tu altura —dijo—. Ese atuendo tan neoyorquino le va a dar envidia a Elise Girault. Seguramente, exigirá un viaje inmediato a Estados Unidos.

Ella se quedó mirándolo con asombro, y después se echó a reír.

—Tú no entiendes mucho de alta costura, ¿verdad?

—Cualquiera de mis hermanas te diría que no sé absolutamente

nada sobre moda.

—Yo no estaría tan segura —dijo ella—. Llevas zapatos de cuero marroquí, un traje hecho a medida y una corbata que fue adquirida en una tiendecita que hay junto al Gran Canal de Venecia.

—¡Demonios, sí que eres buena! Aunque Patrick me dice que encarga mis corbatas en Milán, no en Venecia. Entonces, ¿de dónde es este vestido?

—Es un Balenciaga antiguo. La abuela lo compró en Madrid hace muchísimos años.

Aunque Sarah siguió sonriendo, su alegría se apagó un poco.

—La abuela se deshizo de la mayoría de sus originales cuando… cuando se pasaron de moda, pero conservó los suficientes trajes como para dejarme un tesoro en herencia. Gracias a Dios, porque el estilo retro es la última moda. Soy la envidia de todo el mundo en *Beguile*.

Devon leyó entre líneas con facilidad. La duquesa debía de haber vendido sus trajes de alta costura, como había vendido sus joyas, para poder mantenerse a sí misma y a sus nietas. Era un milagro que hubiera podido conservar el piso del edificio Dakota. Al pensar en todo lo que habían tenido que superar Charlotte y Sarah, Devon sintió aún más admiración por ellas. Y tuvo ganas de regalarle a Sarah algo indecentemente caro. Sin embargo, sabía que no debía herir su orgullo una vez más, así que se limitó a decir:

—El estilo retro te sienta muy bien.

—Gracias.

Al llegar al aeropuerto, comprobaron que la primavera aún no había llegado al norte de Francia. Hacía frío y estaba lloviendo cuando Devon y Sarah salieron de la terminal y tomaron la limusina que los estaba esperando. Los árboles que flanqueaban las carreteras habían empezado a verdear, pero los campos todavía estaban de color marrón.

Una vez dentro de la ciudad, el tráfico de París los engulló. Antes de que el coche se detuviera en una tranquila calle del corazón de Saint Germain, Sarah pudo atisbar la Torre Eiffel. Al ver cuál era su hotel, se volvió hacia Dev con asombro.

—¿Nos vamos a alojar en el Hôtel Verneuil?

—Sí.

—Gina, la abuela y yo nos quedamos aquí hace varios años, cuando hicimos un viaje juntas.

—Eso me contó la duquesa —respondió él, con una sonrisa—. También me dijo que tengo que llevarte al Café Michaud para celebrar nuestro compromiso como es debido —añadió.

Sarah se enamoró un poco de él en aquel momento. No porque

hubiera reservado habitaciones en aquel pequeño palacio en vez de elegir un hotel mucho más grande y caro, sino porque se hubiera esforzado tanto por complacer a su abuela.

Se sorprendió al notar tanta calidez en el alma, y respiró profundamente para recuperarse cuando salía de la limusina.

Al entrar en el vestíbulo del precioso hotel, se les acercó el director, con una gran sonrisa en los labios.

—¡*Bonjour,* lady Sarah!

Ella miró con disimulo la etiqueta de identificación que llevaba en el pecho.

—*Bonjour,* monsieur LeBon.

—Es una gran alegría que vuelva a alojarse en nuestro hotel —dijo él, en francés—. ¿Cómo está la duquesa?

—Muy bien, gracias.

—Me han dicho que este viaje es en honor de una ocasión muy especial —añadió el director, con una sonrisa resplandeciente—. ¿Puedo darle mi más sincera enhorabuena?

—Gracias —repitió ella, e intentó no estremecerse con aquella continuación de su engaño.

LeBon comenzó a hablar en inglés para felicitar a Devon.

—Si me permite el atrevimiento, señor Hunter, es usted un hombre muy afortunado por haber conquistado el corazón de una dama como lady Sarah.

—Cierto, soy muy afortunado —convino Devon.

—Permítanme acompañarles a sus habitaciones.

La de Sarah era más que satisfactoria. Tenía una cama con dosel y una preciosa sala de estar con una chimenea en funcionamiento, y un balcón que ofrecía una vista de los tejados de París. A lo lejos, se veían las torres góticas y los arbotantes de Notre Dame.

—No tengo nada previsto hasta las tres de la tarde —le dijo Devon, mientras el señor Lebon esperaba para enseñarle su habitación—. ¿Te gustaría descansar un rato y, después, salir a comer?

—No estoy cansada. Creo que me gustaría ir a dar un paseo.

—¿Lloviendo?

—París está precioso bajo la lluvia. Todo brilla.

—De acuerdo —dijo Devon, riéndose—. Me has convencido. Me cambio y vengo a buscarte dentro de... ¿quince minutos?

—Oh, pero...

Sarah se interrumpió justo antes de decirle que no pretendía invitarlo a su paseo. Sin embargo, no podía decir que no quería que su prometido la acompañara a pasear delante del director del hotel, que sonreía con deleite al oír hablar de aquel paseo romántico.

—Necesito un poco más de tiempo —dijo, por fin—. Digamos que dentro de media hora.

—Muy bien. Dentro de media hora.

Cuando Devon llamó a la puerta de su habitación, ya estaba preparada. Se había puesto unos pantalones y un abrigo de color cereza, y un gorro para protegerse el pelo de la lluvia.

—Bonito sombrero —le dijo Devon, cuando ella salió al pasillo.

—Gracias.

—En realidad, todo lo que llevas es muy bonito.

Ella podría haber dicho lo mismo. Era la primera vez que lo veía vestido con algo distinto a un traje. Los pantalones vaqueros le sentaban a la perfección, y llevaba una cazadora de cuero para protegerse del frío. Sin embargo, cuando salieron a la calle comprobaron que había dejado de llover y que la temperatura había subido un poco.

Devon la tomó del brazo cuando cruzaban la calle, como si fueran una pareja de verdad. Poco a poco, Sarah se acostumbró a su contacto, a caminar a su lado, y la magia de París hizo que olvidara que todo aquello era solo un engaño.

Aunque ya había avanzado bastante la mañana, las panaderías seguían emitiendo un delicioso olor a pan recién hecho, y las pastelerías tenían expuestos sus deliciosos dulces, las tartas, los pasteles de chocolate, los bizcochos y *mousses*, los *macarons*… Eran pequeñas e irresistibles obras de arte.

—Vaya, qué buena pinta —murmuró Devon, observando el escaparate de una de las tiendas—. ¿Te apetece un café y un pastelillo?

—Sí, siempre. Pero mi pastelería favorita está a dos manzanas de aquí. ¿Puedes aguantar un poco más?

—Lo intentaré —dijo él, con una expresión heroica.

Sarah se echó a reír y, tomada de su brazo, lo llevó su pastelería favorita, que estaba entre una librería y una sucursal bancaria. En el pequeño local, se sentaron en una de las mesas y pidieron café, tarta de limón y pasteles de chocolate. Cuando les sirvió lo que habían pedido, la camarera le preguntó a Devon:

—¿Es usted de Estados Unidos?

Él sonrió amistosamente.

—Sí.

—Aah, lo sabía. Es usted el número tres, ¿verdad?

A Devon se le borró la sonrisa de la cara, pero mantuvo la compostura mientras la camarera llamaba a sus compañeras.

—*C’est lui! C’est Lui! Monsieur Hunter, numéro trois*.

Sarah se mordió el labio al ver aparecer en el mostrador a un pequeño grupo de mujeres con delantales blancos. Devon aguantó el

alboroto con educación, incluso firmó un par de autógrafos en servilletas de papel. Finalmente, todo se calmó un poco, Sarah tuvo ganas de pedirle disculpas, pero se limitó a asentir cuando él le preguntó si *Beguile* también se vendía en Francia.

—Es nuestro tercer mercado de ventas.

Él pinchó con ganas su pastelito con el tenedor, y esbozó una sonrisa forzada.

—De hecho —prosiguió ella—, hay unas oficinas de la revista aquí, en París. Iba a pasar a hacerles una visita mientras tú estás en tu reunión.

—Te pediré un coche.

La respuesta fue amable, pero seca. El encanto de su paseo por las calles mojadas de París había desaparecido con la niebla.

—No es necesario. Iré en metro.

—Como quieras —respondió Devon—. Me pondré en contacto contigo más tarde, para decirte a qué hora tenemos que ir a cenar con los Girault esta noche.

Capítulo Ocho

Las oficinas francesas de *Beguile* estaban a poca distancia del Arco del Triunfo, en la calle Balzac. Cuando entró en el edificio, Sarah saludó a la recepcionista y recorrió un paseo decorado con enormes fotografías de las portadas de *Beguile*. Paul Vincent, el director de la edición francesa, estaba paseándose de un lado a otro en su oficina de cristal, haciendo aspavientos mientras hablaba por el altavoz del teléfono.

Al verla, le hizo un gesto para que entrara, y dio por terminada la llamada.

—¡Sarah! —exclamó y, tomándola de las manos, le besó ambas mejillas—. Alexis me mandó un correo electrónico para decirme que estabas aquí, en París. Me ha dicho que pusiera a François y a su equipo a tu entera disposición.

—¿Para qué?

—Para hacerte un reportaje fotográfico con tu prometido. Quiere que sean fotos robadas, no posando.

—Nada de eso, Paul.

—¿Cómo?

—Que no habrá ningún reportaje fotográfico.

—Pero... Alexis...

—Quiere sacar provecho de mi compromiso con número tres, sí, ya lo sé. Mi prometido aceptó una sesión fotográfica en Nueva York, pero ninguno de los dos queremos ir más allá. Y se le dijimos claramente a Alexis antes de venir a París.

—Pues entonces, será mejor que se lo digas otra vez.

—Sí, no te preocupes —respondió ella—. Bueno, mientras, necesito usar un ordenador para revisar una maquetación que he estado terminando. Cuando se la envíe a Alexis, le recordaré claramente nuestro acuerdo.

Entonces, ella se dio la vuelta para marcharse, pero Paul la detuvo.

—¿Qué puedes contarme de la reunión de Chicago?

Sarah se detuvo al percibir la inflexión de su voz. Durante aquellos últimos días habían ocurrido tantas cosas que ella se había olvidado del viaje relámpago que había hecho Alexis para asistir a una reunión repentina con el presidente de su grupo editorial. Aquella pregunta de Paul le recordó la reunión de Chicago.

—No puedo decirte nada —respondió ella, con sinceridad—. No pude hablar con Alexis sobre eso antes de venir a París. ¿Por qué?

¿Qué has oído?

—Me han llegado rumores —admitió él—. Solo rumores.

—¿Qué rumores?

—Algunos dicen… ¡Yo no, te lo aseguro! Pero algunos dicen que Alexis está demasiado mayor, y que ya no está al corriente de las preferencias de nuestro público objetivo. Dicen que ha perdido la idea del romanticismo, y que eso se ha reflejado en la revista. Antes, *Beguile* seducía, tentaba. Ahora no.

Aunque Sarah se disgustó, no pudo contradecir lo que le estaba diciendo Paul. Sin embargo, le debía a Alexis su lealtad y su apoyo. Alexis la había contratado al salir de la universidad, sin experiencia y sin ninguna referencia, y parecía que aquel era el momento de corresponderla.

Alexis se lo confirmó un poco después, en la respuesta a su correo electrónico.

La maquetación del artículo sobre escapadas a la costa está muy bien. La publicaremos tal cual. Por favor, piénsate de nuevo lo del reportaje fotográfico en París. En Chicago piensan que necesitamos más romanticismo en la revista. Hunter y tú personificáis eso, por lo menos para nuestros lectores.

Sarah no pudo quitarse aquel correo de la cabeza en toda la tarde, ni siquiera en el Museo d’Orsay, mientras se paseaba entre las obras de Matisse y Rodin. ¿Debía apoyar a su jefa, o ceder a los deseos de privacidad de Devon? ¿Y qué ocurriría con el lío en que se había metido Gina? ¿Acaso Alexis decidiría explotar aquello también, si se veía acorralada? ¿Y a quién le debía lealtad? ¿A Gina, a Dev, a Alexis o a sí misma?

Siguió dándole vueltas a todo aquello mientras se preparaba para la cena con los Girault. Dev le había dicho que sería una velada informal en la casa del matrimonio, pero ella se dejó guiar por el instinto y se puso una chaqueta de esmoquin de Louis Féraud con unos pantalones negros y una delgada pulsera de oro. Se recogió el pelo en un moño y se miró al espejo. Con aquel atuendo siempre tenía un aspecto refinado y contenido.

Sin embargo, por algún motivo, aquella noche no deseaba mostrar contención. Estaba atrapada en un conflicto de lealtades, puesto que quería portarse bien con Dev, y con Alexis, y con Gina, y consigo misma. No le importaba en absoluto lo que pensaran los Girault.

Se soltó el pelo y se quitó la camisa que siempre llevaba bajo aquella chaqueta. Al ponerse de nuevo el esmoquin, mostró una peligrosa parte de escote. A la abuela le daría un ataque si viera cuánta piel estaba enseñando, pero Sarah tuvo la sospecha de que a

Dev iba a agradarle mucho.

Y así fue. Al verla, se apoyó en el quicio de la puerta y silbó en voz baja.

—Estás increíble.

—Gracias —dijo ella—. Tú también.

Si había sufrido algún estrés durante aquella tarde de negociaciones con el señor Girault, a Dev no se le notaba en absoluto. Estaba recién afeitado, tenía los ojos brillantes y olía tan bien que Sarah tuvo ganas de inclinarse hacia él para olisquearlo más aún. Llevaba un traje impecable, una camisa azul y una preciosa corbata de rayas azules y plateadas.

—Bueno, el coche nos está esperando —dijo él, y le ofreció el brazo —. ¿Nos vamos, *ma chérie*?

Ella lo miró sorprendida, y él sonrió con petulancia.

—Después de la reunión he mirado unas cuantas frases en francés en Google. ¿Qué tal el acento?

—Bueno...

—Muy mal, ¿no?

—Bueno, los he oído peores.

Pero no mucho peores, en realidad. Sarah contuvo la sonrisa y lo tomó del brazo.

—¿Y cómo ha ido la reunión, a propósito? —le preguntó, mientras se dirigían hacia la salida.

—Estamos haciendo progresos. Tanto, que mi jefe de producción y un equipo de abogados de nuestra empresa vienen de camino mientras hablamos. Todavía tenemos que pulir algunos detalles, pero casi lo tenemos.

—Debes de estar haciendo muchos progresos si te traes a todo tu equipo.

Al pensarlo, Sarah sintió una punzada desagradable. Ciertamente, no esperaba compartir muchos días con Devon allí en París; al fin y al cabo, él estaba allí por negocios, y ella estaba allí para asegurarse de que la esposa de su futuro socio no lo echara todo a perder. Se recordó todo aquello mientras la limusina avanzaba bajo la luz de las farolas de la ciudad.

Jean Jacques Girault y su mujer los recibieron a las puertas de su espléndido palacio. En el vestíbulo, las parejas se saludaron. Madame Girault se comportó debidamente y les dio la enhorabuena por su compromiso, pero Devon se mantuvo muy cerca de Sarah, por si acaso.

Durante aquella breve conversación, Sarah tuvo tiempo de observar a su anfitriona. Era una mujer rubia de unos cincuenta y cinco años, pero tenía la agilidad y la esbeltez de una bailarina... cosa que había sido en su juventud, le dijo a Sarah, señalándole un retrato de sí misma vestida de Odile, el malvado cisne negro de *El lago de los cisnes* de Tchaikovsky.

—Me encantaba bailar ese papel —dijo madame Girault, tomando del brazo a Sarah para guiarlos a todos hacia el comedor—. Ser mala es mucho más divertido que ser buena, ¿verdad?

—A menos que, como le pasa a Odile en algunas versiones del ballet, ser mala le cueste a una morir de un flechazo en el corazón.

Madame Girault se echó a reír con ganas.

—¡Ajá! Creo que me estás advirtiendo que no me acerque a tu guapísimo Devon.

—Umm...

La señora volvió a reírse; su risa era fuerte y contagiosa, y Sarah sonrió sin poder evitarlo mientras madame Girault miraba hacia atrás.

—Me cae bien, Devon. Esperaba todo lo contrario, porque te deseaba para mí. Tal vez podamos organizar un *ménage a tròis*, ¿no crees?

Como estaba de espaldas a Devon, Sarah se perdió cuál era su reacción. Seguro que no fue tan benevolente como la de monsieur Girault.

—Elise, querida. Vas a escandalizar a nuestros invitados con esas bromas tuyas.

Elise miró a Sarah con cara de picardía, transmitiéndole el mensaje de que no estaba bromeando.

Para sorpresa de Sarah, disfrutó durante la cena. Elise Girault no trató de ser distinta a como era en realidad: algunas veces, sofisticada y, otras, escandalosa. Sin embargo, no intentó cruzar ni una sola vez la línea que Sarah había trazado. Mantuvieron una conversación animada sobre varios temas, como los años que su anfitriona había pasado bailando en el Ballet de la Ópera de París, el trabajo de Sarah en *Beguile* e, inevitablemente, el negocio de la aviación.

Al final, Elise se levantó de la mesa y anunció:

—Tomaremos el postre y el café en el salón. Y tú —dijo, tomando del brazo a Devon—, vas a contarme cómo has conseguido que esta deliciosa mujer se case contigo. Fue por el artículo del *Beguile*, ¿verdad? —preguntó. Volvió a sonreír con picardía y miró a Sarah—. Y ahora, la verdad. ¿Tiene el trasero tan estupendo como parece por la fotografía de la revista?

Su marido cabeceó.

—Sé buena, Elise.

—Soy buena, querido. Taaan buena...

—Soy buena, Deeevon. Taan buena... —dijo Sarah, sonriendo y pestañeando, mientras subían a sus habitaciones en el ascensor del Hôtel Verneuil.

Él se estaba divirtiendo mucho. Se cruzó de brazos y apoyó un hombro en la cabina del ascensor. Sarah no estaba achispada; apenas había tomado alcohol, salvo una copa de vino blanco y unos sorbitos de brandy. Sin embargo, él nunca la había visto tan relajada, y le gustaba mucho así.

Tenía los ojos brillantes. El viento le había revuelto el pelo, que le caía suavemente hasta los hombros. La chaqueta del esmoquin le permitía atisbar, de vez en cuando, la parte superior de sus pechos blancos.

No le gustaba, no. Quería devorarla entera.

—Verdaderamente, has estado muy bien esta noche —convino—. Sobre todo, cuando Elise intentó sonsacarte detalles de nuestra vida sexual. Todavía no sé cómo te las has arreglado para dar a entender que es tórrida con solo arquear una ceja.

—Ah, sí. El arqueado real. Es una de las mejores armas de la abuela, además de levantar la barbilla y mirar con desdén.

Hizo las tres cosas a la vez, como demostración, y Dev sonrió mientras la acompañaba hasta la puerta.

—Tal vez me resulte más difícil engañar a Elise mañana, cuando tengamos que comer a solas —le advirtió Sarah, mientras sacaba la tarjeta de la puerta del bolso—. Puede que necesite improvisar.

—No veo por qué deberías improvisar.

Ella se giró hacia él con incredulidad, dejando la puerta entreabierta.

—¿Estás sugiriendo que nos acostemos para poder satisfacer la curiosidad de Elise Girault?

—No, señorita —dijo él. Entonces, se inclinó y le dio un suave beso —. Estoy sugiriendo que nos acostemos para satisfacer la nuestra.

Ella cerró la boca, pero el hecho de que no entrara en su habitación y le cerrara la puerta en las narices hizo que a Dev se le acelerara el pulso.

—Tal vez —dijo Sarah, lentamente, mirándolo a los ojos—, pudiéramos investigar un poco. Lo justo para poder darle a Elise algunos detalles interesantes.

Aquella invitación fue suficiente para él. La abrazó, entró en la habitación y cerró la puerta con el pie. Se dirigió hacia el sofá y se sentó en él con Sarah en las rodillas.

La besó. En aquella ocasión, no fue un beso suave, sino un beso lleno de deseo y de calor. Intentó contenerse un poco, pero Sarah se lo impidió, porque le devolvió todos sus besos y todas sus caricias. Él entrelazó los dedos en su pelo. Ella le acarició la mandíbula y metió la mano por el cuello de su camisa, y encontró el nudo de su corbata.

—Por muy bonita que sea —murmuró—, tiene que desaparecer.

Y la corbata desapareció. También el abrigo. Y, cuando ella le desabrochó dos botones de la camisa, él hizo lo mismo con los dos primeros botones de su chaqueta de esmoquin. Entonces, vio que no llevaba sujetador y, con una ferviente oración de gratitud, siguió abriendo botones.

—Llevo fantaseando con esto desde que me abriste la puerta, esta tarde —admitió, con la voz ronca.

—Yo también. Debe de ser el motivo por el que me quité la camisa con la que normalmente me pongo este conjunto.

Aquella sinceridad le llegó al alma a Devon. Sarah no jugaba a ningún jueguecito. No bromeaba, ni hacía mohines. Sentía tanto deseo como él, y no se avergonzaba de demostrarlo.

Ardiendo de necesidad, le abrió las solapas de satén de la chaqueta y vio sus pechos. Eran pequeños y erguidos, y los pezones tenían un color rosa oscuro al que Devon no pudo resistirse. Dejó un rastro de besos por su escote hasta que atrapó uno de los pezones entre los dientes.

Sarah arqueó el cuello y echó la cabeza hacia atrás. Con un pequeño gruñido, se abandonó a las sensaciones que le estaban recorriendo el cuerpo, desde el pecho hasta el vientre. Eran tan profundas y tan intensas que le causaron un ronroneo de placer.

Tardó unos instantes en darse cuenta de que no era ella quien emitía aquella especie de zumbido, sino su teléfono, que estaba en el bolso. Lo había dejado sobre la mesa de centro al entrar en la habitación.

—Es mi móvil —dijo, entre jadeos de placer—. Lo puse en modo vibración en casa de los Girault.

—Ignóralo.

—No puedo. Tal vez sea la abuela, o María —dijo ella, con una punzada de pánico.

Se irguió y sacó el teléfono del bolso. Al ver el número, sintió un gran alivio. Era Alexis. Miró a Dev con expresión de disculpa y respondió la llamada.

—Aquí estoy, Alexis —dijo.

—Lo siento, cariño, no he pensado en la diferencia horaria. ¿Estabas acostada ya?

—Casi —murmuró Dev.

Sarah le hizo un gesto para que mantuviera silencio, pero era

demasiado tarde.

—¿Es Hunter? ¿Está ahí contigo?

—Sí. Acabamos de llegar de una cena.

—Perfecto —dijo Alexis—. Así podrá mirar los JPG que acabo de enviarte por correo electrónico. Son las fotografías de Cartier. He marcado la que vamos a utilizar en la publicidad del número de tu compromiso.

—Les echaremos un vistazo y te las devolveremos.

—Esta noche, nenita. Quiero que se publique todo en el número de este mes.

—De acuerdo. Envíame también la publicidad.

—No te preocupes por eso. Son solo unas líneas.

—Envíamela, Alexis.

—Está bien, está bien. Pero la quiero de vuelta también esta noche.

Entonces, se despidió y colgó, y Sarah se hundió en los cojines del sofá. Dev se había trasladado al asiento del otro extremo. Parecía que estaba más que dispuesto a retomar las cosas donde las habían dejado, pero Sarah recuperó el sentido común.

—Vaya, hemos estado a punto —dijo, intentando que sonara gracioso—. Por lo menos, ya no tendré que inventarme nada cuando Elise intente sonsacarme detalles.

El teléfono emitió un pitido, indicando que ya había llegado el mensaje de texto.

—Es el anuncio que va a publicar Alexis. Te lo enviaré junto a las fotos, para que puedas revisarlo.

—No es necesario —dijo Dev. Se levantó del sofá y se metió la camisa por la cintura del pantalón—. Confío en ti.

—Te prometo que voy a asegurarme de que no se vea ninguna parte del cuerpo desnuda.

—Tú ocúpate de eso, y yo me ocuparé de que la próxima vez no vuelvan a interrumpirnos.

—¿La próxima vez?

Él le dio un beso en la nariz y tomó su chaqueta.

—*Oui, ma chérie* —dijo, en su espantoso francés—. La próxima vez.

Capítulo Nueve

Al día siguiente, Devon tenía un desayuno de trabajo con su equipo, así que Sarah tenía libre toda la mañana. Había dejado de llover y la temperatura era muy buena. Un día perfecto para pasear por la ciudad.

Después de tomar un café y un cruasán en su pastelería favorita, empezó a pasear, pensando en que no podía creer que la noche anterior hubiera invitado a Dev a su habitación para hacer el amor con él. Incluso en aquel momento, caminando por el Puente de l'Archevêché, sintió un cosquilleo en el pecho al recordar las caricias de sus manos y su boca.

Se detuvo a mitad del recorrido y miró el río. El Sena discurría por debajo del puente, oscuro y sedoso. Después de unos instantes, continuó su camino hacia la catedral de Notre Dame. Las torres cuadradas del templo se alzaban a la derecha; Sarah se dirigió hacia la ancha avenida de la izquierda, y pasó la mañana entre los puestos de libros y las tiendecitas y cafeterías de la zona, hasta que llegó la hora de reunirse con madame Girault para comer.

Elise, con el pelo recogido en un moño que le subrayaba los altos pómulos y la mandíbula angulosa, era exactamente igual que el cisne negro de su retrato. Y su sonrisa astuta intensificaba el parecido.

No obstante, la comida fue muy agradable, hasta que se les acercó un joven moreno de unos veinticinco años que acababa de entrar en el restaurante.

—Ah, Elise, solo una mujer en todo París tiene una risa como la tuya. ¿Cómo estás, mi amor?

—Muy bien. ¿Y tú, Henri? ¿Sigues de acompañante de esa viuda rica con la que te vi en el teatro?

—Por desgracia, volvió a Argentina antes de que yo pudiera cobrar todos mis servicios —dijo él, y clavó sus ojos negros en Sarah—. Pero ya está bien de asuntos vulgares. Tienes que presentarme a tu encantadora amiga.

—No, no tengo por qué. Ha venido a París con su prometido, y no necesita de tus habilidades —respondió Elise, e hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Vamos, sé buen chico y vete.

—Si te empeñas...

El hombre hizo una reverencia burlona y se sentó en una mesa alejada. No estuvo demasiado tiempo allí; al poco, pagó la cuenta y se fue. Elise lo miró salir con una expresión nostálgica, y suspiró.

—Ese era tan inventivo en la cama… Muy inventivo. La pena es que siempre necesitaba dinero. Cuando me cansé de vaciar el monedero, me amenazó con vender fotografías mías en poses… digamos que exóticas.

Sarah se estremeció, pero no dijo nada. Cualquier mención de los paparazzi o de fotografías sensacionalistas le tocaba muy de cerca.

—Jean Jacques envió a unos hombres para convencerle de que eso no sería inteligente por su parte —le confió Elise—. El pobre chico estuvo escayolado varias semanas.

Aquel comentario jocoso acabó con la simpatía que Sarah hubiera podido tomarle a madame Girault. Deliberadamente, cambió de tema.

—¿Y qué tal van las negociaciones? Dev me ha dicho que ya están cerca de llegar a un acuerdo definitivo.

Claramente, aquel tema no interesaba en absoluto a Elise. Se encogió de hombros y chasqueó los dedos para llamar al camarero.

Al otro extremo de París, Dev estaba esforzándose por concentrarse en las cifras del acuerdo que acababan de reestructurar. El hecho de que su asiento en la mesa de juntas le ofreciera una vista panorámica de la explanada peatonal y del Arco de la Defensa que dominaba el distrito financiero de París hacía que su mirada se centrara en lo de fuera. En los escalones que había debajo del arco había sentados cientos de empleados de oficina, con las caras inclinadas hacia el sol, mientras disfrutaban del descanso para comer.

Había una pareja que disfrutaba de algo más que del sol. Dev observó cómo compartían un beso, una caricia, una risa. De repente, se levantó de la mesa.

—Disculpen —dijo, ante las caras de asombro de sus compañeros de reunión—, pero necesito hacer una llamada.

Jean-Jacques Girault apartó la silla de la mesa.

—Vamos a hacer un descanso. Retomaremos la reunión dentro de treinta minutos, ¿de acuerdo? Cuando volvamos, ya habrán servido la comida.

Dev apenas esperó a que Girault terminara de hablar. Sentía demasiada urgencia por hablar con Sarah, por oír su voz. Poco después, estaba en los escalones, bajo el arco, marcando su número de teléfono.

Tardó un instante en reconocer aquella sensación poco familiar que lo había invadido. No era solo la lujuria que había estado a punto de ahogarlo la noche anterior, sino aquel sentimiento amorfo e indefinible que habían inmortalizado tantas canciones felices. Hizo un mohín al reconocer la verdad: estaba enamorado. O, tan cerca de estar enamorado que no había diferencia alguna.

Sarah respondió enseguida.

—Hola, Dev. Esto debe de ser telepatía. Justamente estaba hablando de ti.

—¿De veras?

—Sí. ¿Cómo va la negociación?

—Va, más o menos. Llevamos toda la mañana haciendo números. Estoy pensando en dejar que mi gente dirija la sesión de esta tarde. ¿Tienes algún plan?

—No, nada especial.

—¿Y qué te parece si nos vemos en el hotel y hacemos ese nada especial juntos?

No tenía intención de decir lo que dijo después. Simplemente, no pudo controlar sus palabras.

—O, tal vez... podamos trabajar en nuestra «próxima vez».

Hubo un largo silencio después de aquella sugerencia. Después de varios segundos, Dev se reprochó a sí mismo su falta de finura. Sin embargo, ella respondió en voz baja, casi sin aliento, y a él estuvo a punto de parársele el corazón.

—Voy a tomar un taxi. Nos vemos en el hotel.

Sarah cerró el teléfono y miró a madame Girault con una expresión de disculpa.

—Era Dev. Lo siento, pero tengo que irme.

Elise se quedó sorprendida por un momento, pero solo por un momento. Entonces, en su cara se reflejó la envidia.

—Vete —le dijo, agitando una mano—. Después de todo, París es la ciudad del amor. Y creo que el tuyo, *ma petite*, merece la pena.

Sarah se despidió de ella y salió del restaurante. En el taxi, le dijo la dirección al taxista y después, se olvidó de todo, salvo del deseo instantáneo que Dev había despertado en ella.

Tuvo que luchar contra aquel deseo durante todo el trayecto de regreso al hotel. Su parte racional le repetía que el acuerdo con Hunter era solo eso, un acuerdo, un contrato que iba a terminar muy pronto. Si hacía el amor con él, cosa que quería desesperadamente, tan solo conseguiría satisfacer una necesidad física pasajera y, seguramente, después se arrepentiría.

Su otra parte, la que siempre reprimía con firmeza, le recordó a Gina en sus momentos más alocados. ¿Por qué no disfrutar de un poco de placer? ¿Por qué no vivir el momento sin preocuparse del mañana?

Y, tal y como le estaba sucediendo muy frecuentemente con Dev, la parte alocada y hedonista acalló a la parte racional. Cuando Sarah llegó a la habitación, sentía un deseo ardiente e imperioso. Al ver a Devon apoyado en la pared del pasillo, junto a la puerta, aquel deseo

aumentó exponencialmente.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó él, mientras le quitaba la tarjeta de la mano y abría la puerta.

Dos segundos después de pasar a la habitación, la tenía aprisionada contra la pared del vestíbulo.

—Espero que hayas comido bien. No vamos a salir por comida ni por bebida hasta dentro de mucho tiempo.

Entonces, le dio un beso que agudizó todos sus sentidos. Sarah lo saboreó, se bebió su esencia, sintió sus caderas apretándola contra la pared.

Devon cerró la puerta de una patada. ¿O fue ella? No lo sabía, y no le importaba. En aquel momento, él le estaba acariciando todo el cuerpo. Le desabrochó la blusa y le subió la falda, y le bajó las braguitas.

—Sarah —dijo él, entre jadeos—. Vamos al dormitorio.

Un momento más tarde, ella estaba desnuda y tendida en la cama, y devoró ávidamente la imagen de Dev mientras se quitaba la ropa. Él tenía los ojos muy brillantes, y todos los músculos del cuerpo tensos. Estaba hambriento, y tan preparado que Sarah estuvo a punto de gritar cuando él se dio la vuelta.

Sin embargo, se calmó al ver que sacaba un preservativo del bolsillo de su pantalón y, al instante, lo tuvo a su lado, en la cama, y sobre ella, separándole las piernas con la rodilla. Sarah se abrió para él, con anhelo, y él penetró en su cuerpo. Entonces, ella le rodeó las piernas con las pantorrillas y se elevó para recibir sus acometidas lentas. Poco a poco, el ritmo fue aumentando, de una manera constante, al igual que el placer.

Y, sin que ella pudiera evitarlo, demasiado pronto, sus músculos comenzaron a temblar, y su vientre se contrajo. Ella intentó suprimir los espasmos, porque quería prolongar el placer el máximo tiempo posible, pero su cuerpo se negó a escuchar a su mente. Aquella sensación tensa terminó por estallar, y Sarah voló a lo más alto. Devon se irguió sobre ella, se puso muy rígido y la acompañó en el éxtasis. Después, emitió un sonido ahogado y se desplomó sobre su cuerpo.

Cuando abrió los ojos, vio la cara de Dev, que estaba muy satisfecho consigo mismo. Y con buen motivo, pensó ella, disfrutando de las últimas ondas de placer que habían recorrido su cuerpo. ¡Esperaba que él también necesitara algo de tiempo para recuperarse!

Para su alivio, él se estiró a su lado y se conformó con hacerse el perezoso. Ella apoyó la cabeza en su hombro y se relajó.

Sin embargo, no por mucho tiempo. Sonó un teléfono móvil, el de Dev. Se incorporó con un gruñido y tomó el teléfono de la mesilla.

—Disculpa —dijo—. Les dije que no me llamaran a menos que las cosas se pusieran difíciles. Será mejor que responda la llamada.

—Adelante, no te preocupes. Yo voy al baño.

Se levantó y tomó la prenda que había más cerca, que resultó ser la camisa de Dev. Se la puso y entró al baño. Allí, se arregló un poco el pelo y se lavó la cara, el cuello y la garganta con agua fría. Después, utilizó el bidé y, una vez limpia y refrescada, volvió a la habitación.

Dev se estaba poniendo el pantalón.

—Vaya, vaya, parece que las negociaciones sí se han puesto difíciles.

—Según mi jefe de producción, van en caída libre.

—Eso no suena bien.

Ella se acercó al armario, se quitó la camisa de Dev y se puso la bata de seda con peonías que le había regalado Gina por su cumpleaños.

—Es parte del juego —dijo él, mientras ella le entregaba la camisa —. Girault es un poco mejor de lo que yo había pensado.

Aquel comentario le recordó a Sarah lo que le había contado Elise durante la comida. Decidió que lo mejor sería que Dev supiera con qué clase de hombre estaba haciendo negocios.

—Elise me dijo algo sobre su marido que me sorprendió.

—¿Y qué era?

—Supuestamente, Jean-Jacques envió a unos matones a que le dieran una paliza a uno de los antiguos amantes de su mujer. El tipo la había amenazado con vender fotografías suyas a los periódicos.

—Interesante. Habría pensado que Girault era de los que hacían ese tipo de cosas por sí mismos. Yo lo habría hecho —dijo él y, mientras se ajustaba la corbata, le dio un beso rápido a Sarah—. Te llamaré en cuanto haya controlado la situación, o en cuanto haya un descanso para cenar.

Sarah asintió, pero aquel despreocupado comentario sobre encargarse en persona del amante de Elise por intentar vender las fotografías la había sobresaltado. El comentario recalcaba el desprecio de Devon por ciertos miembros de la profesión periodística. ¿Cuánto podría tardar él en incluirla en aquel grupo?

Capítulo Diez

Sarah, aún preocupada por el comentario de Dev, salió al balcón en bata. La limusina estaba esperando a pocos metros de la entrada del hotel. Al verlo salir a la calle, a Sarah se le aceleró el corazón.

El chófer, uniformado, se apresuró a abrir la puerta del coche; Dev sonrió y le dijo algunas palabras. Antes de entrar en el asiento trasero, se detuvo y miró hacia arriba. Al verla, la sonrisa cordial con la que había saludado al conductor se transformó en algo tan privado y sensual que ella respondió sin darse cuenta.

Se rozó los labios con los dedos y le envió un beso. Inmediatamente, se arrepintió de aquel gesto tan cursi, que era más propio de Gina que de ella. Sin embargo, permaneció en el balcón, como si fuera Julieta, hasta un rato después de que Devon se hubiera marchado.

Y, peor aún, no le apetecía nada salir a caminar por París. Prefería quedarse a esperar a Devon hasta que terminara la reunión y pudieran pasear juntos.

Decidió que iba a darse un largo baño de burbujas. Sin embargo, primero miraría su correo electrónico y llamaría a su abuela y a Gina. Tal vez su hermana contestara al maldito teléfono.

* * *

Gina no contestó, pero Sarah dio con la duquesa antes de que se marchara a su paseo matinal. Intentó disimular su preocupación habitual con un tono bromista.

—No estarás trabajando demasiado, ¿verdad, abuela?

—Mi querida Sarah —dijo Charlotte con irritación—, si pude caminar más de sesenta kilómetros por un país en guerra con un bebé en los brazos, puedo recorrer unas cuantas manzanas de mi ciudad.

Sarah no le dijo que aquella caminata en medio de una guerra la había hecho más de cincuenta años antes. Después, le preguntó a su abuela si había tenido noticias de Gina, a lo que Charlotte le respondió que no. Y, finalmente, hablaron un poco sobre París, y la duquesa le recomendó que disfrutara de la ciudad y de su joven y guapo prometido.

Sarah se ruborizó, y dio gracias de que su abuela no pudiera verle la cara y adivinar lo mucho que había disfrutado ya con su prometido.

—Te llamo mañana, abuela. Dale un beso a María.

Colgó, y se maravilló de lo fácilmente que todo el mundo había

aceptado la presencia de Devon en su vida. La abuela, María, Alexis, y ella misma. ¿Aceptarían su partida con tanta facilidad?

¿Sería necesario? Tal vez, solo tal vez, además del deseo que sentían el uno por el otro, pudiera haber amor…

No quiso empezar a especular con aquello, y decidió darse aquel largo baño de espuma. Sin embargo, el teléfono de la habitación sonó en aquel preciso instante. Era monsieur LeBon, el director del hotel, que se disculpó profusamente por importunarla.

—No me molesta en absoluto, señor.

—Bien, bien. Necesitaba hablar con usted un minuto.

—¿Por qué? ¿Hay algún problema?

—No estoy seguro. ¿Por casualidad conoce a un caballero llamado Henri Lefèvre?

—No me suena ese nombre.

—¡Eso pensaba yo! Tenía algo que…

—¿Qué tiene ese monsieur Lefèvre que ver conmigo?

—Esta tarde ha hablado con nuestro recepcionista. Le dijo que una amiga común los presentó a ustedes, pero que no recordaba su nombre. La describió como una señorita norteamericana alta y esbelta que hablaba muy bien francés. Y que usted mencionó que se alojaba en el Hôtel Verneuil.

Entonces, Sarah lo entendió todo. Tenía que ser el antiguo amante de Elise Girault. Debía de haber oído la dirección que ella le daba al taxista al salir del restaurante.

—Pero el recepcionista no le dijo mi nombre, ¿verdad?

—No, por supuesto que no. Nuestro personal sabe muy bien que no puede revelar información de ninguno de los clientes del hotel. Envió al hombre en cuestión a hablar conmigo, y yo le indiqué que debía marcharse.

—Gracias, monsieur LeBon. Por favor, avíseme inmediatamente si alguien más pregunta por mí.

—Por supuesto, lady Sarah.

Aquella llamada del director del hotel apagó un poco el disfrute del baño de burbujas; no le agradaba que el amante de Elise la hubiera seguido hasta el hotel.

Poco después de que saliera del baño, Dev la llamó para decirle que iba a citar a todo el mundo en la sala de juntas hasta que pudieran cerrar el acuerdo y que, seguramente, eso no ocurriría hasta después de la medianoche.

—Lo siento mucho, Sarah. No voy a poder ir a cenar contigo. Preferiría estar contigo que con estos payasos. Estoy a punto de mandar a paseo a Girault y a su empresa.

Sarah no comentó nada. No podía, teniendo en cuenta las cifras millonarias que se estaban manejando en la negociación. Sin embargo,

pensó que Dev se arriesgaba mucho haciendo negocios con alguien que contrataba a matones para meter en cintura al examante de su mujer.

No sabía si decirle a Devon que aquel mismo amante se había presentado en el hotel aquella tarde, pero finalmente no lo hizo. Él ya tenía suficiente presión en aquel momento, y parecía que monsieur LeBon ya había resuelto el asunto.

Pasó el resto del día trabajando en el ordenador portátil, y pidió la cena al servicio de habitaciones. Después de terminar las maquetaciones, decidió que iría a las oficinas de *Beguile* al día siguiente para comprobar en un monitor grande cómo habían quedado.

Siempre y cuando, claro, Dev no hubiera terminado las negociaciones y pudieran pasar el día juntos...

Pensando en las emocionantes posibilidades que tenía por delante, se acurrucó en la cama y se quedó dormida.

El teléfono la despertó unas horas después. Rebuscó entre las sábanas y encontró el móvil. Se despertó completamente al ver que quien la llamaba era Devon.

—¿Les has dejado salir de la sala de reuniones? —preguntó, con una sonrisa.

—Sí. Están imprimiendo el contrato final. Todo está listo para firmar mañana mismo.

—¡Enhorabuena!

—Gracias. Estoy de camino al hotel. ¿Es demasiado tarde para celebrarlo?

—No lo sé. ¿Qué hora es?

—Casi la una.

—No hay problema. Voy a vestirme. Conozco unos cuantos cafés que no cierran hasta las dos de la mañana.

—En realidad, estaba pensando en una celebración privada. No es necesario vestirse —dijo él, y Sarah percibió la sonrisa en su voz.

—Una celebración privada me parece algo perfecto —respondió ella.

Se puso la bata de peonías y se arregló un poco en el baño antes de que Dev llamara a la puerta. En cuanto entró, él la besó con tanta ternura que ella estuvo a punto de derretirse.

—Jean-Jacques me ha pedido que te dé las gracias —murmuró Devon contra sus labios.

—¿Por qué?

—Cree que acepté por fin el diseño que había hecho su compañía para la turbina neumática solo porque estaba ansioso por volver a tu lado.

—¡Oh, no! No habrás cedido en nada importante, ¿verdad?

—No. Siempre tuve intención de aceptar su diseño. Solo lo utilicé como as en la manga para cerrar el trato. Y para volver a tu lado.

Entonces, él volvió a besarla con dulzura y, cuando alzó la cabeza, la miró de un modo que a ella le aceleró el corazón.

—Quiero decirte una cosa. Me he enamorado de ti, Sarah St. Sebastian. Te quiero.

—¿Desde… desde cuándo?

Él pensó un poco en la respuesta.

—Es difícil saberlo. Tengo que admitir que todo empezó con un grave caso de lujuria.

Ella tendría que admitir lo mismo, pero más tarde. En aquel momento, él tomó su mano y la giró ligeramente, de manera que la esmeralda brillara bajo la luz de la habitación.

—Sin embargo, cuando te puse esto en el dedo ya estaba buscando la forma de conservarlo ahí. Sé que te chantajeé para que te comprometieras conmigo, Sarah, pero, si te lo pido con mucha cortesía y te prometo que voy a ser agradable con esa cabeza de chorlito de tu hermana, ¿te plantearías que nos comprometiéramos de verdad?

Aunque tuvo que hacer un esfuerzo, no saltó en defensa de su hermana. Frunció el ceño, y dijo:

—Necesito un minuto para pensarlo.

Su respuesta divirtió y sorprendió a Devon. Respondió con un matiz de incertidumbre en la voz.

—Tómate todo el tiempo que necesites.

Ella apretó los labios y reflexionó, completamente concentrada, durante dos o tres segundos.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo, qué? ¿Vas a planteártelo, o vas a comprometerte de verdad conmigo?

Sarah se echó a reír y le rodeó el cuello con los brazos.

—Me parece que me quedo con la opción B.

Al día siguiente, Sarah todavía estaba medio dormida cuando él se irguió sobre ella, muy temprano.

—Tengo que ducharme e irme a la reunión con Girault para firmar los contratos. ¿Te apetecería que comiéramos juntos en el café favorito de tu abuela?

—Umm. Sí.

—Dime otra vez cómo se llama.

—Café Michaud —dijo ella, adormilada—. Está en la calle de Monttessuy.

—Muy bien. Café Michaud. Calle de Monttessuy. ¿Te parece bien a las doce?

—Umm.

Devon se duchó, respondió a varios correos electrónicos, revisó algunos documentos y llegó con antelación a la reunión con Girault, que iba a celebrarse a las diez de la mañana.

El industrial francés estaba de muy buen humor, porque se había convencido de que había conseguido una concesión importante de último momento por parte de Devon. Y él no le sacó de su error. Después de que ambos firmaran las veinte páginas del contrato, los dos presidentes se fotografiaron juntos, mientras sus respectivos equipos suspiraban de alivio por haber terminado con meses de intensas negociaciones.

—¿Cuánto tiempo vas a estar en París? —le preguntó Girault.

—Iba a volver a casa en cuanto firmáramos el acuerdo, pero ahora creo que voy a quedarme unos cuantos días más.

—Muy inteligente por tu parte —le dijo Girault, guiñándole un ojo —. París es una ciudad distinta cuando se explora con la mujer a la que se ama. Sobre todo, si esa mujer es tan encantadora como tu Sarah.

—Eso no te lo voy a discutir. Y, hablando de mi Sarah, tengo que reunirme con ella para comer. Me despido ya, Jean-Jacques.

—¡No, por favor! Tenéis que venir a cenar una noche con Elise y conmigo antes de marcharos. Ahora somos socios, ¿no?

—Muy bien. Le preguntaré a Sarah lo que ha planeado, y te llamaré.

Dev llegó a la calle de Monttessuy, en el centro del séptimo distrito de París, con media hora de antelación, y le pidió al chófer que lo dejara cerca del Café Michaud.

Tenía que estirar las piernas, y prefería pasear en vez de esperar a Sarah sentado en una de las mesas de la terraza del café. Tal vez encontrara algo interesante en alguna de las tiendecitas.

Pasó por delante de una tienda de ultramarinos que tenía expuesto el género en la acera, de una chocolatería, de una tienda de vinos y de varios anticuarios. En uno de ellos, encontró una litografía original que retrataba el aterrizaje de Charles Lindbergh en París, en 1927, después de haber hecho el primer vuelo trasatlántico en solitario.

Muy contento con su compra, se encaminó hacia el café y, al ver a Sarah acercándose por la otra de la calle, sintió que se le aceleraba el pulso.

Apretó el paso con intención de cruzar en la siguiente esquina, pero, de repente, apareció un hombre que lo estaba esperando medio escondido detrás de un puesto callejero, y Devon tuvo que detenerse en seco. El hombre llevaba una cámara con un enorme objetivo, y comenzó a fotografiar a Sarah. Mientras Devon lo miraba fijamente, el tipo hizo unas doce fotografías.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó.

El fotógrafo se giró hacia él y, después de decir algo en francés, se encogió de hombros de una manera despreocupada que terminó de enfurecer a Dev. Apretó un puño, y su cara debió de reflejar tanta rabia, que el fotógrafo palideció y comenzó a retroceder.

—*Non, non*! —exclamó—. No... no lo entiende usted, monsieur Hunter. Soy François, de *Beguile*. Estoy haciendo las fotografías del reportaje.

Devon se quedó helado.

—¿Del reportaje?

—Sí. Recibimos las órdenes de Nueva York.

Entonces, el fotógrafo le mostró con orgullo algunas de las fotografías.

—¡Mire! Aquí están Sarah y usted tomando café. Y, aquí, paseando por la orilla del Sena. Y, aquí, le manda un beso desde el balcón del hotel. ¿Nota la perfección del encuadre? Y su expresión después de que usted se haya marchado. Es como si estuviera absorta en sus pensamientos. Se quedó así un buen rato, y pude enfocarla desde tres ángulos distintos.

La ira que sentía Dev se transformó en un cuchillo que le atravesó el estómago.

—¿Posó para ti? —preguntó en voz baja.

El fotógrafo, al percibir su tono de voz, volvió a ponerse nervioso y retrocedió. Balbució algo sobre Nueva York, pero Dev no estaba escuchando. Tenía la mirada fija en Sarah, que se acercaba a la terraza del café.

Había posado para aquel tipo. Después de protestar por el posado que habían tenido que hacer en Cartier, había cedido a las presiones de su jefa. Tal vez él hubiera podido perdonarle eso, pero no podía perdonarle que lo hubiera hecho sin decírselo.

Dev dejó al fotógrafo con la palabra en la boca y se encaminó hacia el Café Michaud. Sarah todavía estaba a una manzana, caminando por la otra acera. Él estaba a punto de cruzar, cuando una furgoneta blanca de reparto se detuvo delante de ella; Devon la perdió de vista y, unos segundos más tarde, oyó el golpe de las puertas traseras del vehículo al cerrarse. Cuando la furgoneta se puso en marcha de nuevo, hizo un giro brusco a la izquierda y se metió a una callejuela estrecha. La acera por donde caminaba Sarah estaba vacía.

Capítulo Once

Dev empezó a correr antes de haber analizado completamente lo que acababa de ocurrir, mientras su cerebro buscaba una razón para la desaparición de Sarah. Tal vez ella se hubiera metido a una tienda; tal vez se hubiera detenido a mirar un escaparate. Sin embargo, él tuvo el presentimiento de que la furgoneta de reparto había intervenido en su desaparición.

Devon llegó a la esquina de la callejuela y giró a la izquierda. Comenzó a correr a toda velocidad, tuvo que esquivar a una mujer con un carrito de bebé y estuvo a punto de hacer caer a dos hombres, que le dedicaron unas cuantas imprecaciones. Vio que la furgoneta se detenía en un stop; las luces traseras del freno se le encendieron.

Estaba a menos de seis metros cuando las luces rojas se apagaron y la furgoneta giró de nuevo. Devon vio al conductor por la ventanilla delantera, que estaba medio bajada. El tipo estaba concentrado en los peatones que cruzaban por el paso de cebra. Dev no podía arriesgarse a perder de vista la furgoneta, así que aceleró desesperadamente y entró en la calzada directamente, haciendo frenar bruscamente a un taxi que estuvo a punto de atropellarlo. Dev se apoyó en el capó, tomó impulso, dio un salto y aterrizó unos pocos metros por delante de la furgoneta, que estaba avanzando por la calle. Alzó ambas manos y le ordenó:

—¡Alto!

Por el parabrisas, vio que la expresión del conductor reflejaba una súbita sorpresa, y también miedo y desesperación. En vez de parar el vehículo, aceleró con todas sus fuerzas y se dirigió directamente hacia Devon.

Él se apartó en el último instante, y saltó hacia la puerta delantera de la furgoneta. Por suerte, no tenía echado el seguro, y Devon pudo abrir y agarrar al conductor de las solapas de la cazadora de cuero.

—¡Frena, maldita sea!

El hombre hizo un giro de volante, sin dejar de maldecir y gritar, intentando zafarse de Devon. La furgoneta viró, y se oyeron los pitidos furiosos de los demás coches.

—¡Dev!

El grito provenía de la parte trasera de la furgoneta. Era Sarah. Devon no esperó a oír nada más. Tiró de la solapa del conductor con todas sus fuerzas y le golpeó la cara contra el volante. Los huesos crujieron, y la sangre salpicó. El conductor se quedó inconsciente.

Entonces, Devon sacó las llaves del contacto y el motor se detuvo. Sin embargo, la furgoneta continuó avanzando hacia un coche que giró violentamente, tratando de evitar la colisión. No lo consiguió; se oyó un gran chasquido de metal, y los dos vehículos se detuvieron bruscamente. Entonces, Devon sacó del asiento al conductor inconsciente y lo dejó en el pavimento. Saltó por encima del asiento para llegar a la parte trasera de la furgoneta. Vio que alguien abría las puertas traseras y que bajaba de un salto a la calzada.

No era Sarah; ella estaba de rodillas en el suelo, y tenía la marca rojiza de un golpe en la mejilla. Tenía las muñecas atadas con cinta aislante. Dev se agachó a su lado y la liberó.

—¿Estás bien?

—Sí.

Ella tenía los ojos muy abiertos y una mirada de pavor, pero el sonido distante de las sirenas de la policía calmó algo de su pánico. Dev miró hacia las puertas abiertas de la furgoneta y vio al hombre que se alejaba corriendo por la calle.

—Quédate aquí mientras llega la policía. Yo voy a perseguir a ese desgraciado.

—¡Espera! —exclamó ella, agarrándolo del brazo—. No es necesario que lo persigas. Sé quien es.

Él se quedó petrificado.

—¿Sabes quién es?

Y, cuando ella asintió, la sospecha lo atravesó como si fuera un cuchillo.

—Todo esto es parte del reportaje, ¿no? La gran escena del secuestro.

—¿Escena? ¿Qué escena?

Ella se quedó tan asombrada que él estuvo a punto de creerla. Peor aún, ¡quería creerla!

—Ya está bien —dijo—. Puedes dejar de actuar. Me tropecé con el fotógrafo de *Beguile* en la calle de Monttessuy, y estuve hablando con él.

Ella se quedó pálida, y la marca roja del golpe que tenía en la mejilla resaltó aún más.

—¿Has... has hablado con un fotógrafo de mi revista?

—Sí, he hablado con François. Me contó lo del reportaje, y me enseñó algunas de las fotos que ha hecho. Tengo que pedirle que me envíe la del balcón. Eres una julieta de lo más creíble.

Las sirenas sonaban con fuerza. El ruido estuvo a punto de engullir el susurro ahogado de Sarah.

—¿Y tú piensas que yo... que este fotógrafo... que la revista y yo hemos preparado un secuestro?

—Estoy seguro de que se le ocurrió a esa barracuda que tienes por

jefa: «El valiente número tres rescata a su bella prometida de manos de unos secuestradores en París».

Ella apartó la mirada y se quedó callada. Su silencio hizo más daño a Devon que la sospecha que había sentido; él esperaba que ella protestara airadamente en contra de aquella acusación. Sin embargo, parecía que ni siquiera podía hacerlo.

Con un gran disgusto, tomó del brazo a Sarah para ayudarla a bajar de la furgoneta, pero ella dio un tirón y se zafó de su mano. Bajó por sí misma, sin decir una palabra, y caminó hacia el coche de policía, que estaba frenando junto a ellos. Bajaron dos oficiales; el primero se arrodilló junto al conductor, que había empezado a gemir en el suelo, y el segundo se acercó a ella y comenzó a interrogarla. Mientras Sarah respondía, él tomó notas y miró de vez en cuando a Devon, indicándole que su turno iba a llegar muy pronto.

Y llegó, pero solo cuando apareció la ambulancia y los médicos comenzaron a atender al conductor y a examinar a Sarah. Entonces, el policía se volvió hacia él y le pidió su nombre, su dirección en París y su número de teléfono, antes de comenzar a interrogarlo acerca de su participación en el incidente.

Devon había tenido tiempo para pensarlo. No dijo que sospechara que todo aquello no había sido más que un truco publicitario, sino que expuso los hechos objetivamente.

El policía tomó notas mientras él hablaba. Después, pasó unas cuantas páginas de su cuaderno.

—Entonces, monsieur Hunter, ¿usted también conoce a Henri Lefèvre?

—No, no lo conozco.

—Pero, ¿conoce a monsieur Girault y a su esposa?

—Sí —respondió él, frunciendo el ceño—. A ellos sí los conozco. ¿Tienen algo que ver con este incidente?

—Mademoiselle St. Sebastian dice que Lefèvre es un antiguo amante de madame Girault, y que se acercó a su mesa ayer, mientras las dos estaban comiendo juntas. Dice que madame Girault lo identificó como un gigoló que había intentado chantajearla por una gran suma de dinero. Debemos verificar esta declaración con la propia madame Girault, por supuesto.

A Dev se le encogió el estómago. ¡Dios Santo! ¿Acaso había malinterpretado toda la situación?

—Su prometida también dice que el director de su hotel la avisó de que Lefèvre había ido a preguntar por ella a la recepción. ¿Conocía usted este hecho, monsieur Hunter?

—No.

—¿Tiene alguna información adicional que pudiera proporcionarnos, monsieur Hunter?

—No.

—Muy bien. Mademoiselle St. Sebastian insiste en que no está herida de gravedad, así que, si el médico lo permite, dejaré que vuelvan a su hotel. Sin embargo, debo pedirle que no dejen París hasta que hayan hablado con los detectives de la brigada criminal. Ellos se pondrán en contacto con ustedes.

Dev y Sarah volvieron al hotel en taxi. Ella iba mirando por la ventanilla en un completo silencio, mientras él buscaba la manera de disculparse. Finalmente, optó por lo más sencillo.

—Lo siento, Sarah. He sacado una conclusión errónea.

Ella volvió la cabeza y respondió con frialdad.

—No es necesario que te disculpes. Entiendo por qué llegaste a esa conclusión.

Dev intentó tomarle la mano, pero ella la apartó y siguió hablando en el mismo tono distante.

—Que conste que yo no sabía que la revista nos había enviado a un fotógrafo.

—Te creo.

—Sin embargo, sí sabía que Alexis quería sacar provecho de la historia, así que acepto la responsabilidad por esta invasión de tu privacidad.

—De nuestra privacidad, Sarah.

—De tu privacidad —replicó ella—. Nosotros no somos una pareja. Lo nuestro solo era para guardar las apariencias.

—Eso no es lo que dijiste ayer —le dijo Dev, que estaba empezando a enfadarse un poco—. ¿Qué pasa con el plan B? ¿No nos habíamos comprometido de verdad?

Ella lo miró durante un instante, pero se volvió hacia la ventanilla.

—Me duele la cabeza. Preferiría no hablar más, si no te importa.

Sí le importaba, y mucho. Sin embargo, aquel hematoma que Sarah tenía en la mejilla lo mantuvo callado hasta que llegaron al hotel.

—No hemos comido —dijo, en un esfuerzo por recuperar su relación —. ¿Quieres que probemos el restaurante del hotel, o prefieres pedir algo al servicio de habitaciones?

—No tengo hambre. Voy a tumbarme.

—Tienes que ponerte hielo en la mejilla para que no se te inflame más. Te lo llevaré a tu habitación en cuanto haya hablado con monsieur LeBon.

—Hay hielo en el minibar de mi habitación.

Entonces, Sarah lo dejó plantado en el vestíbulo del hotel. Él se sintió frustrado y enfadado y, sin saber con exactitud hacia quién debía dirigir su ira, se acercó al mostrador de la recepción y preguntó

por el director.

Lo primero que hizo Sarah cuando llegó a su habitación fue llamar a las oficinas francesas de *Beguile*. Aunque no dudaba de lo que le había dicho Devon, quería creer que el fotógrafo con el que había hablado era un alguien contratado por otra revista. No podía aceptar que su propia revista le hubiera ordenado a François que la fotografiara. Sin embargo, Paul Vincent, el director de la edición francesa, se lo confirmó de mala gana.

—Alexis se empeñó, Sarah.

—Entiendo.

Colgó y se quedó mirando ciegamente a la pared. Qué ingenua había sido creyendo que Alexis iba a cumplir su palabra. Qué tonta era, al sentirse herida por el hecho de que Devon hubiera pensado mal de ella tan rápidamente. Con un nudo en la garganta, envió un mensaje de texto breve y conciso a Alexis: «Dejo el trabajo desde este mismo instante».

Después, envolvió algunos cubitos de hielo en una toalla, se quitó la ropa y se tumbó en la cama, con el hielo en la mejilla y las sábanas por encima de la cabeza.

Horas más tarde, el teléfono la despertó. Monsieur LeBon le informó de que una inspectora de la brigada criminal quería hablar con ella, y Sarah pidió que le pasaran la llamada.

La inspectora se identificó como Marie-Renee Delacroix. Le dijo a Sarah que debía presentarse en la comisaría de policía al día siguiente, a las nueve de la mañana, y que ya había hablado con Devon Hunter para que la acompañara.

—Mademoiselle St. Sebastian, debe saber que esta reunión es una mera formalidad; simplemente, para revisar y firmar la copia oficial de su declaración.

—¿Eso es todo lo que necesitan de mí?

—Sí. Ya teníamos bajo custodia al conductor de la furgoneta, y hace una hora hemos arrestado a Henri Lefèvre. Ambos han confesado que estaban tratando de secuestrarla para pedir un rescate por usted. También tenemos pruebas de que Lefèvre tiene deudas que ascienden a cincuenta mil euros, sobre todo con un traficante de drogas célebre por su impaciencia.

Sarah se estremeció al oír todo aquello.

—¿Y soy libre de volver a Estados Unidos cuando haya firmado la declaración?

—Tendré que consultarlo con la oficina del fiscal, pero no veo

ningún motivo que impida su regreso, dado que Lefèvre y su cómplice han confesado. Se lo confirmaré cuando nos veamos mañana.

—Gracias.

Colgó el teléfono, y estaba pensando en volver a la cama cuando alguien llamó a la puerta de la habitación.

—Soy Dev, Sarah.

Ella tuvo ganas de decirle que no quería compañía, pero sabía que no podía seguir posponiendo aquella conversación.

—Un minuto —dijo.

Se vistió y se pasó las manos por el pelo. Después, abrió la puerta, y tuvo que obligarse para subir la mirada hasta los ojos azules de Devon. Él estaba mirándole fijamente la mejilla.

—¿Te has puesto hielo?

—Sí. Vamos, pasa.

Él la siguió hasta el salón, pero ninguno de los dos se sentó. Ella se alejó hasta la ventana, y él se metió las manos en los bolsillos y se quedó en pie, junto al sofá.

—¿Has hablado con la inspectora Delacroix?

—Acaba de llamarme. Me ha dicho que tenemos una cita con ella a las nueve de la mañana.

—Sí. ¿Y te ha dicho que ya han conseguido las confesiones de los dos culpables?

Sarah asintió y sonrió forzadamente.

—También me ha dicho que podía irme a casa en cuanto firmara la declaración oficialmente. Estaba a punto de llamar para reservar un billete.

—¿Sin hablar conmigo primero?

—Creo que ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos.

—Yo no estoy de acuerdo.

—Por favor, Devon. No quiero discutir por esto.

Ella se pasó la mano por la cara. Le dolía la mejilla, y el corazón, todavía más. Y el hielo no le había servido de mucho; el hematoma había pasado del rojo al morado y al verde. Él ignoró su respuesta, se acercó a ella y le tomó la barbilla.

—¿Eso te lo hizo Lefèvre? —preguntó Devon, en un tono de furia contenida.

—No, no fue él. Me golpeé con algo cuando me empujó al interior de la furgoneta.

La furia no se abatió. En todo caso, se convirtió en algo mucho más feroz.

—Tiene suerte de estar en manos de la policía.

Sarah se apartó de él.

—Lefèvre no importa, Dev.

—Claro que importa.

—Escúchame. Lo que importa es que yo no sabía que Alexis nos había puesto a un fotógrafo. Pero, aunque no lo hubiera hecho ella, cualquier otra revista se habría encargado de sacar a la luz nuestra relación más tarde o más temprano. Me temo que esa exposición pública es algo con lo que tú y la persona con la que finalmente te comprometas vais a tener que convivir.

—Yo ya estoy comprometido contigo, Sarah.

—Ya no.

Ella, con una gran tristeza, se sacó el anillo de la esmeralda rusa del dedo y se lo ofreció a Devon. Él se negó a tomarlo.

—Es tuyo —dijo secamente—. Es parte de tu herencia. Pase lo que pase entre nosotros, tú te quedas con la Rosa de Rusia.

Aquella respuesta tensa solo sirvió para aumentar la desazón de Sarah.

—Nuestro acuerdo solo duraba hasta que firmaras el acuerdo con Girault. Eso ya ha terminado. Y lo nuestro, también. Ahora que he cumplido mi parte del trato, no denunciarás a mi hermana, ¿verdad?

Entonces, él la miró con dureza. Sus ojos azules se volvieron fríos como el hielo.

—No, Sarah, no voy a denunciar a tu hermana. Y creo que será mejor que dejemos esta conversación para otro momento, cuando hayamos tenido tiempo de pensar mejor las cosas.

—Yo ya lo he pensado todo —respondió ella, con desesperación—. Me marcho a casa mañana mismo, Dev.

Entonces, Devon se inclinó hacia ella, sin tocarla. No alzó la voz, ni siquiera pestañeó, pero todo en él resultó intimidatorio.

—Pues será mejor que vuelvas a pensarlo, cariño.

Capítulo Doce

Cuando se quedó a solas con su tristeza, Sarah abrió la mano y miró fijamente el anillo de la esmeralda. Dijera lo que dijera Devon, no podía quedárselo. Tampoco podía dejarlo en la habitación del hotel, puesto que era demasiado valioso. Así pues, volvió a ponérselo en el dedo hasta que pudiera dárselo a Dev.

Estaba intentando reunir fuerzas para hacer la maleta cuando notó que le dolía el estómago. Tenía hambre, porque no había comido nada desde el desayuno. Así pues, decidió salir de la habitación para aclararse la cabeza y, tal y como le había dicho Devon, pensar un poco más.

Por pura educación, lo llamó para avisarle de que pensaba ir a comer algo a algún café cercano. Prometido o no, furioso o no, Devon se merecía aquella muestra de cortesía.

Sarah no recibió respuesta, y se sintió muy aliviada. Dejó un rápido mensaje y, después de arreglarse, salió a la calle. Tras un corto paseo, entró en el primer café que encontró, y pidió un sándwich, una pequeña ensalada y unas patatas fritas, además de una copa de vino tinto. Todo aquello era más que suficiente para saciar su hambre.

Por desgracia, nunca llegó a disfrutar de la comida. Después de haber comido un poco de ensalada y haber mordisqueado una patata frita, oyó su nombre.

—Lady Sarah, nieta de Charlotte St. Sebastian, gran duquesa de un antiguo ducado centroeuropeo ya desaparecido, Karlenburgh.

Con asombro, miró la gran pantalla de televisión que había en la pared del café, en la que apareció una imagen de sí misma con Gina y con la abuela. Era una fotografía que acompañaba a una de las pocas entrevistas que había concedido la duquesa muchos años antes.

—Lady Sarah ha sido víctima, esta misma tarde, de un intento de secuestro —prosiguió el locutor—, pero pudo escapar indemne gracias a su prometido, el industrial norteamericano Devon Hunter, que la rescató de sus captores.

Cuando la fotografía desapareció de la pantalla y, en su lugar, apareció un vídeo grabado con un teléfono móvil por algún viandante, a Sarah se le formó un nudo de miedo en el estómago. Los coches giraban y frenaban violentamente mientras Devon atravesaba dos carriles y se ponía delante del tráfico.

¡Dios Santo! ¡La furgoneta blanca! ¡No iba a parar!

Con el corazón en la garganta, Sarah vio a Dev apartarse en el

último momento, saltar hacia la furgoneta y agarrarse a la puerta. Cuando le golpeó la cara al conductor contra el volante, a Sarah se le escapó un jadeo. Ella estaba en la parte trasera del vehículo, y no sabía cómo lo había detenido Devon. Solo sabía que era él quien lo había hecho.

Aquel valor tan temerario de Devon la dejó asombrada. La imagen volvió a cambiar; apareció el Palacio de Justicia, y unos policías que conducían a Henri Lefèvre esposado escaleras abajo, hacia un coche de policía. Había una nube de periodistas haciendo preguntas que Lefèvre se negaba a responder.

Cuando las noticias pasaron a otro asunto, Sarah se dio cuenta de que tenía que llamar a su abuela antes de que se enterara de aquel asunto por terceros. Se puso furiosa consigo misma por no haberse dado cuenta mucho antes, y sacó su teléfono móvil.

Para su alivio, la duquesa no había oído nada del incidente. Sarah intentó quitarle importancia diciendo que los secuestradores eran amateurs, pero Charlotte no se dejó engañar.

—¿Eras tú el objetivo —preguntó con agudeza—, o Devon?

—Devon, por supuesto. O, más bien, su dinero.

—¿Estás segura? Todavía puede haber fanáticos en nuestro país. Me imagino que no muchos, después de todo este tiempo. Pero tu abuelo... Aquellos pelotones de ejecución... —dijo Charlotte, con la voz temblorosa—. Odiaban todo lo que representaba nuestra familia.

—Estos hombres querían dinero —le dijo Sarah suavemente—, y Dev les ha hecho lamentar profundamente que intentaran quitárselo. Uno de ellos va a necesitar una nueva cara.

—¡Bien hecho!

La duquesa había recuperado el ánimo, y su nieta exhaló un suspiro de alivio. Aunque, aparentemente, lo hizo demasiado pronto.

—Trae a Devon a casa cuando volváis, Sarah. Quiero darle las gracias personalmente. Y dile que no veo la necesidad de que vuestro noviazgo sea largo —añadió Charlotte con energía—. Hay demasiadas novias que pasan meses, o años, planeando su boda. Yo doy gracias a Dios por que ninguna de mis nietas sea tan vacilante.

—Abuela... Todavía no he llegado al momento de hacer planes de boda. Acabo de comprometerme.

—No tienes por qué preocuparte por los detalles, nena. Yo llamaré al Plaza y le diré a Andrew que se encargue de todo.

—¡Dios Santo! —exclamó Sarah, que, al oír aquello, se distrajo un momento—. ¿Andrew todavía sigue en el Plaza?

Aquella pregunta obtuvo una respuesta glacial.

—Puede que la generación más joven prefiera enviar a la basura a sus mayores —dijo la duquesa—, pero algunos de nosotros no vamos a permitir que nos arrinconen.

Oh, oh. Antes de que Sarah pudiera disculparse, Charlotte fue directamente al grano.

—¿Qué te parece la primera semana de mayo? Es un mes precioso para casarse.

—¡Abuela! ¡Pero si estamos a mediados de abril!

—¿Es que no me has oído? Los noviazgos largos son un aburrimiento.

—Pero... pero... —Sarah se aferró a la primera excusa que se le pasó por la cabeza, y dijo—: Seguro que el Plaza está ocupado durante todos los fines de semana de mayo para los próximos tres años.

Su abuela suspiró con resignación.

—Sarah, nenita, ¿es que nunca te he hablado de la recepción que ofrecí en honor del sultán de Omán?

—No, creo que no.

—Fue en julio... No, en agosto de 1962. Fue magnífica, y no es porque lo diga yo. Asistieron el presidente Kennedy, su esposa, y los Rockefeller. Andrew era un camarero novato, muy joven, en aquel momento. Sin embargo, después de la fiesta envié una carta a sus superiores para alabar su forma de manejar a un ayudante del presidente que estaba demasiado ebrio, y eso lo catapultó a su elevado puesto actual.

Sarah no tenía respuesta para aquello, y se quedó callada.

—Habla con Devon, cariño. Pregúntale si le parece bien la primera semana de mayo. Y dile que yo me ocuparé de todo.

Sarah se despidió anonadada. Aquella llamada la había dejado más confusa y agobiada que antes.

Dev había arriesgado la vida por ella, y lo había hecho después de haber hablado con el fotógrafo de *Beguile*. Por muy enfadado que estuviera por el acecho al que los había sometido su revista, había ido corriendo a rescatarla. Sin embargo, después la había acusado de formar parte de un montaje, y Sarah no podía superar el disgusto que le había causado.

Por otra parte, Sarah también recordaba la ternura que él le había demostrado en muchos momentos durante los días que habían pasado juntos. Se habían reído, y había compartido una enorme pasión. Eso tampoco podía olvidarlo.

El problema era que todo había sucedido demasiado rápido. Aquella velocidad, aquella intensidad, había magnificado las emociones y la había privado de cualquier oportunidad de tomar aliento y reflexionar.

Lo que necesitaban era una temporada de tranquilidad, de tomar cierta distancia el uno del otro. Un periodo de asentamiento, tras el cual pudieran empezar de nuevo. Suponiendo que él quisiera empezar de nuevo, claro.

Se preparó para aquella difícil conversación y descolgó el teléfono. Él respondió en seguida.

—¿Diga? Al habla Hunter.

—Soy Sarah.

—He recibido tu mensaje. ¿Has cenado bien?

A ella no se le escapó el tono frío de su voz, pese a que su pregunta era muy cortés. Devon no estaba nada contento por el hecho de que ella se hubiera ido a cenar sin él.

—Sí, muchas gracias. ¿Puedes venir a mi habitación? O, si te parece más conveniente, yo iré a la tuya.

—¿Más conveniente para qué?

—Tenemos que terminar la conversación que comenzamos antes.

Hubo un breve silencio y, después, una tirante respuesta.

—Voy yo a tu habitación.

Devon ya estaba muy enfadado por el hecho de que ella, después de intentar romper con él, le hubiera preguntado si iba a cumplir su parte del trato. Y se había enfadado aún más porque ella se hubiera escabullido del hotel sin él. Y había terminado de ponerse furioso cuando Sarah lo había convocado en su habitación con aquel tono aristocrático. Sería mejor que no tratara de devolverle otra vez el anillo, ni decirle que su acuerdo ya había terminado. Ellos ya habían superado con mucho la fase del acuerdo, y ella lo sabía perfectamente. Sin embargo, era demasiado tozuda como para reconocerlo.

Sarah tendría que aceptar que él no era perfecto. Estaba dispuesto a disculparse de nuevo. A arrastrarse, si era necesario. Fuera como fuera, iba a dejarle bien claro que no podría librarse de él.

Bueno, ese era el plan hasta que ella abrió la puerta. Al ver su mejilla amoratada, se le rompió el corazón, y le acarició la piel por debajo del hematoma con los nudillos.

—¿Te duele mucho?

—Sí.

Sarah no rechazó su caricia, y Dev se lo tomó como una señal positiva. Eso, y el hecho de que ella estuviera más relajada que antes. Los dos se acomodaron en el sofá, y Sarah lo miró fijamente.

—He seguido tu consejo y he reflexionado sobre nuestra… nuestra situación.

—Bueno, es una forma de denominarlo —dijo él, asintiendo—. ¿Y has llegado a alguna conclusión?

—Pues sí.

Dev hizo una pausa. Quería oír lo que pensaba Sarah.

—Me siento como si me hubiera subido, en marcha, a un tren de alta velocidad. Todo ha ocurrido tan deprisa… Tú y yo, París. Ahora,

mi abuela se ha empeñado en... Bueno, tenía miedo de que viera la noticia del intento de secuestro, y la he llamado para contárselo, quitándole importancia, como si fuera cosa de unos principiantes.

—¿Y se lo tragó?

—No.

—Tu abuela es una mujer muy lista.

—Tal vez no pienses lo mismo cuando oigas esto: se ha empeñado en que nos casemos a principios de mayo.

—Repito, tu abuela es una mujer muy lista.

—Sí, es verdad, pero no sabe lo que hay realmente detrás de nuestro compromiso.

—¿Crees que necesita saberlo?

—Lo que creo —dijo Sarah, lentamente—, es que nosotros tenemos que aminorar la velocidad de este tren.

Dev se sintió mucho más calmado, y exhaló un suspiro de alivio. Después, ladeó la cabeza y le preguntó:

—¿Y cómo propones que lo hagamos?

—Creo que deberíamos dar un paso atrás. Deberíamos tomarnos algún tiempo para analizar esta atracción que sentimos el uno por el otro...

—¿Atracción? —preguntó él, negando con la cabeza—. Lo siento, cariño, pero no puedo permitir que me cueles esa. Los dos sabemos perfectamente que hemos superado, con mucho, la fase de atracción.

—Tienes razón —admitió ella—. Lo que siento por ti es muy diferente a nada de lo que haya sentido antes. Creo que es amor. No, estoy completamente segura de que es amor.

Aquello era todo lo que necesitaba oír. Se inclinó hacia ella, pero Sarah lo detuvo alzando las palmas de las manos.

—Pero hay algo de lo que no estoy segura, Dev. No sé si el amor es suficiente para remediar el hecho de que apenas nos conocemos el uno al otro.

—Yo sé todo lo que tengo que saber sobre ti.

—Ah, claro —dijo ella, con una expresión de ironía—. Se me olvidaba esa investigación sobre mi pasado.

Dev no se disculpó; había sido sincero con ella desde el principio. Sin embargo, trató de explicar la utilidad que había tenido para él.

—Esa investigación me proporcionó información externa, Sarah —dijo—. Durante el tiempo que hemos pasado juntos, por muy breve que haya sido, he conocido lo esencial de ti.

—¿De verdad? —preguntó ella—. ¿Cuál es mi color favorito? ¿Me gustan más los perros o los gatos? ¿Qué tipo de música me gusta?

—¿Y esas cosas son lo esencial para ti? —le preguntó él con curiosidad.

—Son piezas que forman un todo. ¿No crees que deberíamos

comprobar si esas piezas encajan antes de profundizar más?

—Yo no, pero es evidente que tú sí.

Si aquella fuera una decisión de negocios, él pasaría sin escrúpulos por encima de aquello, que consideraba trivial. Ya había tomado una decisión; sabía lo que quería.

Pero parecía que Sarah también lo sabía: en aquel momento, Dev se dio cuenta de que quería que la cortejara. Y de que se merecía que él la cortejara.

—Está bien —dijo—. Lo haremos a tu manera. Nada de negociaciones, ni de acuerdos, ni de plazos. Solo tú y yo, conociéndonos poco a poco. ¿Es eso lo que realmente quieres?

Ella asintió.

—De acuerdo. Entonces, voy a llamar a Patrick para que despeje mi agenda indefinidamente. Le va a dar un ataque de nervios, pero lo conseguirá —dijo Devon. Entonces, pensó en otro obstáculo—: ¿Y tu trabajo? ¿Te permitirá dedicarle tiempo a esta fase de nuestra relación?

—Mi agenda está completamente despejada en ese sentido. He dejado el trabajo.

—No tenías por qué hacer eso, Sarah. A mí ya no me importa ese asunto del fotógrafo.

—A ti no, pero a mí sí.

Él se quedó callado un momento, asimilando su respuesta.

—Está bien. Entonces, si te parece bien, vamos a hacer esto: firmaremos las declaraciones oficiales en la comisaría mañana por la mañana y, después, empezaremos la fase número dos de nuestra relación. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien. Habrá un coche esperándonos abajo a las ocho y media de la mañana. Nos vemos en el vestíbulo.

Entonces, él se inclinó hacia ella y le dio un suave beso.

—Buenas noches, Sarah.

Capítulo Trece

Al día siguiente, Sarah se despertó temprano para su cita en la comisaría. Lo primero que hizo fue comprobar si tenía mensajes en el teléfono móvil: Gina seguía sin dar señales de vida, pero Alexis le había dejado dos mensajes disculpándose por lo que ella denominaba «un desafortunado malentendido», y negándose a aceptar su dimisión.

—¿Malentendido? Y un cuerno.

Con los labios apretados, Sarah borró ambos mensajes y se levantó. Se dio una ducha y se asomó para ver qué tiempo hacía; no había niebla ni llovizna, pero hacía frío. Se puso unos pantalones grises de lana, un abrigo color cereza, una bufanda y una boina colocada a la francesa.

Bajó al vestíbulo puntualmente y se encontró con Dev, que también iba preparado para el frío, con unos pantalones vaqueros, un jersey negro y un abrigo de color beis. Él la saludó con una sonrisa y un beso.

—*Bonjour, ma chérie*. ¿Has dormido bien?

—Sí, bastante bien.

—¿Has desayunado?

—No.

—Yo tampoco, le he pedido al chófer que comprara unos cruasanes y un par de cafés. ¿Vamos?

Le ofreció el brazo con un gesto muy cortés, y ambos salieron a la calle.

El tráfico era tan horrible como siempre, pero el café y los cruasanes aliviaron bastante la frustración. Llegaron a tiempo a su cita con Delacroix, la inspectora de la brigada criminal. Ella no perdió el tiempo; imprimió rápidamente sus declaraciones y las colocó sobre su escritorio, junto a un par de bolígrafos.

—Por favor, revísenlas y hagan los cambios que crean oportunos.

Los informes eran minuciosos y correctos. Después de que los firmaran, la inspectora dijo:

—Perfecto. El fiscal me ha dicho que no es necesario que permanezcan en París por este asunto. Con sus declaraciones, las pruebas que hemos recabado y las confesiones de Lefèvre y de su cómplice, tenemos más que suficiente para juzgarlos. Siempre y cuando sepamos cómo ponernos en contacto con ustedes si es necesario, pueden marcharse de la ciudad cuando lo deseen.

Y, sin más, se despidió de ellos.

Cuando salieron a la calle, el sol lucía débilmente. Se detuvieron junto a la limusina. El chófer tenía la puerta abierta y estaba esperando, pero Dev le hizo un gesto para que se sentara tras el volante.

—Hemos decidido dar un paseo, André. Ya no necesitaremos tus servicios hoy.

Cuando el coche se alejó de la acera, Devon tomó del brazo a Sarah y comenzó a pasear tranquilamente entre los peatones.

—Bueno, y ahora vamos a empezar con los asuntos más serios, como por ejemplo, ¿te gustan más los gatos o los perros? —preguntó, medio en broma, medio en serio.

—Los perros —dijo ella, que empezaba a sentirse relajada por primera vez aquella mañana—. Y, cuanto más grandes, mejor. Aunque el único que he tenido en mi vida fue un pomerania que Gina trajo un día a casa. Tenía ocho o nueve años, y llegó completamente indignada porque alguien había dejado al perrito atado fuera de una cafetería, a treinta y cinco grados de temperatura.

Sarah se dio cuenta, con retraso, de que tal vez le hubiera dado pie a Dev para sugerir que Gina había desarrollado muy pronto sus tendencias cleptómanas. Lo miró, vio su expresión neutral y siguió contando la historia rápidamente.

—Volvimos a la cafetería para intentar encontrar al dueño, pero nadie lo reclamaba. Muy pronto supimos por qué: el pequeño monstruo mordía a todo el mundo y no dejaba que lo acariciara nadie, salvo mi abuela.

—No me sorprende. La duquesa tiene un no sé qué… Verdaderamente, me amedrentó.

—Sí, claro —dijo Sarah con ironía—. Ya me di cuenta de que temblabas en su presencia.

—Todavía estoy temblando. Sigue. ¿Qué pasó con la pequeña bestia?

—Al final, la abuela se lo encasquetó a unos amigos suyos. ¿Y tú? ¿Prefieres los gatos o los perros?

—Los *bluetick coonhound*. Son los mejores perros de caza del mundo. Sin embargo, tuvimos muchísimos gatos también. Vivían en el establo. Mis hermanas siempre estaban intentando colocarles las crías a sus amigas, también.

Sarah se sintió intrigada, y le preguntó más cosas sobre su familia.

—Sé que te criaste en un rancho. En Nebraska, ¿no?

—No, en Nuevo México. Pero, más bien, era una granja, no un rancho.

—¿Y tus padres siguen viviendo allí?

—Sí. Les gusta mucho su casa, y no quieren dejarla, aunque me permitieron que hiciera algunas mejoras.

Sarah se imaginó que habrían sido bastantes.

—¿Y tus hermanas?

—Todas están felizmente casadas, con hijos. ¿Tienes hambre?

Aquel súbito cambio de tema desconcertó a Sarah, hasta que se dio cuenta de qué era lo que le había llamado la atención a Devon. Habían llegado al Puente del Almá, desde donde podían ver las embarcaciones con techo de cristal que recorrían el norte del Sena. Una de aquellas barcazas estaba preparada para la comida; las mesas estaban vestidas con manteles blancos, y sobre ellas estaban dispuestos cubiertos, vajilla y cristalería.

—¿Has hecho alguna vez un crucero por el Sena? —le preguntó Devon.

—No.

—¿Por qué no?

—Bueno, porque son para turistas.

—Estamos en París, Sarah. Aquí todo el mundo es un turista, incluso los parisinos.

—Dios Santo, ¡que no te oiga ningún parisino decir eso!

—¿No te apetecería mezclarte con las masas durante unas pocas horas?

Ella miró un autobús que estaba liberando su carga de pasajeros, y se tragó todas las dudas.

—Si tú estás dispuesto, yo también.

Entonces, él bajó por las escaleras hacia el embarcadero y compró dos billetes. Sarah no oyó lo que le decía al taquillero, pero consiguió una mesa para dos junto a la ventana. El camarero se presentó y les sirvió un aperitivo, una copita de *kir*. Dev alzó su copa con una sonrisa en la mirada.

—Por nosotros.

—Por nosotros —repitió Sarah.

El cóctel descendía con suavidad por la garganta. Sarah disfrutó de la mezcla de sabores mientras Dev observaba la copa con respeto.

—¿Qué lleva?

—Licor de moras negras y vino blanco. Tiene el nombre de Félix Kir, el alcalde de Dijon, que popularizó esta bebida después de la Segunda Guerra Mundial.

—Bueno, no tiene la misma fuerza que el Zuta Osa de tu abuela, pero está bien.

Un momento después, la barcaza se alejó del embarcadero y se deslizó por debajo del primero de los puentes que iban a llegar. Entonces, los camareros comenzaron a servir. A Sarah no le sorprendió la calidad de la comida; después de todo, estaban en París.

Dev y ella probaron todos los entrantes: foie gras con pan tostado, salmón ahumado a la provenzal con chalotas, magret de pato en ensalada con cubitos de queso de cabra crujiente, rollitos de verduras fritos y dorados. Como plato principal, Sarah pidió un solomillo de cerdo con miel y semillas de sésamo, y Dev pidió solomillo de ternera. Cada plato iba acompañado por un vino distinto y, con el postre, les sirvieron un delicioso coñac.

Durante la comida, pasaron por los monumentos más famosos de París, que quedaban enmarcados en los ventanales del barco. El Louvre, la Conciergerie, Notre Dame, la Torre Eiffel.

La embarcación dio un giro y emprendió la vuelta mientras Sarah y Devon tomaban el café, charlando sobre su pasado. Ella escuchó, con los ojos muy abiertos, las historias que le contó Devon de sus días en las fuerzas aéreas. Ella sospechaba que estaba omitiendo muchos detalles para minimizar el peligro que había corrido. No obstante, al pensar en los países en guerra a los que había tenido que volar, y las misiones humanitarias en las que había participado, Sarah sintió que su mundo era muy frívolo.

—La abuela nos llevaba al extranjero todos los años —relató ella, cuando él insistió en que era su turno—. Estaba empeñada en que Gina y yo conociéramos otras culturas, aparte de la nuestra.

—¿Os llevó alguna vez a Karlenburgh?

—No, nunca. Eso habría sido demasiado doloroso para ella. Pero a mí me gustaría ir algún día. Tenemos familiares allí, aunque muy lejanos.

Entonces, Sarah pasó la yema del dedo índice por el borde de la copa. Aunque le hería el orgullo, se obligó a sí misma a admitir la verdad.

—Gina y yo no sabíamos nada de los sacrificios que tenía que hacer la abuela para pagar aquellos viajes. O mi año en la Sorbona.

—Supongo que tu hermana todavía no lo sabe.

—Tiene una vaga idea —replicó ella—. Nunca le he explicado todos los detalles, pero ella no es tonta.

Dev se mordió la lengua. Eugenia Amalia Therése St. Sebastian no le había impresionado por su inteligencia ni por su sentido común. Claro que, al conocerla, no estaba precisamente interesado en sus capacidades intelectuales. En su defensa, podía alegar que cualquier hombre se sentiría cegado por la increíble belleza de Gina.

Sin embargo, cualquier hombre podría darse cuenta, también, de que él había salido ganando en el reparto de hermanas. Sarah tenía encanto, elegancia, inteligencia, sensualidad y…

¡Tenía que parar! ¿Cuándo había llegado al punto de excitarse tanto solo con pensar en el cuerpo de Sarah, desnudo, bajo el suyo? De repente, Dev ya no podía esperar a que la barcaza pasara por debajo

del último puente. Cuando desembarcaron por la pasarela de madera, el cuello alto de su jersey negro lo estaba ahogando. Sarah lo miró con desconcierto.

—¿Te encuentras bien?

Pasaron dos segundos antes de que él decidiera decirle la verdad.

—No, no me encuentro bien.

—¡Oh, no! ¿Ha sido el foie gras? —preguntó ella consternada, mientras se dirigía apresuradamente hacia la acera para parar un taxi —. Hay que tener mucho cuidado con el hígado de oca.

—Sarah… No, no ha sido el foie gras —le dijo Devon, mientras subían al taxi.

Cuando se sentaron taxi, ella lo miró con los ojos verdes llenos de preocupación.

—Entonces, ¿la ternera? ¿No estaba buena?

—No, cariño. Eres tú.

—¿Disculpa?

Ella se quedó tan estupefacta que se dejó caer contra el respaldo del asiento. Él se arrepintió de su torpeza y la abrazó.

—Por muy deliciosa que fuera la comida, yo solo podía pensar en lo deliciosa que eres tú —dijo, y la besó. Entonces, su voz se convirtió en un susurro—. En cómo encajas conmigo. En cómo arqueas la espalda y haces ese ruidito con la garganta cuando estás a punto de llegar al orgasmo.

Ella se relajó entre sus brazos, y se estrechó contra él. Lo deseaba tanto como él la deseaba a ella, y Devon vio reflejado aquel deseo en sus ojos, y en su respiración entrecortada. Sintió una enorme satisfacción; ella debía de estar sopesando aquel periodo de distancia entre los dos. Tenía que darse cuenta de lo innecesaria que era aquella segunda fase de celibato.

Sin embargo, sus esperanzas se desvanecieron, y su respeto por Sarah aumentó varios puntos cuando ella tomó aire temblorosamente y sonrió.

—Bueno, me alegro de que no fuera el hígado de oca.

Capítulo Catorce

Mientras el taxi recorría el muelle traqueteando, Sarah se preguntaba por qué era tan boba. Con solo decir una palabra, podría pasarse el resto de la tarde acurrucada con Devon en la cama. O en el sofá. O en unos cojines tirados en el suelo, frente a la chimenea, o en la ducha, frotándole la espalda y el estómago con la esponja, o…

De no haber sido porque Dev respetó el trato durante toda la tarde, y por la noche, ella no habría podido resistirse.

Después de la gran comida que habían tomado en la barcaza, decidieron cenar en una pizzería que había cerca del Hôtel Verneuil. Tomaron una porción de pizza de champiñones y un vaso de vino tinto, y volvieron caminando al hotel, entre una niebla espesa y gris. Cuando estaban frente a la habitación de Sarah, ella le lanzó una mirada.

—¿Quieres entrar a tomar una copa?

—No, gracias. Un hombre no puede soportar tanta tortura —dijo Devon—, y con una expresión compungida, le acarició ligeramente el hematoma, que a ella casi se le había olvidado—. A menos que quieras iniciar la fase tres, será mejor que nos retiremos cada uno a su habitación.

Sarah quería. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Sin embargo, lo que habían compartido Devon y ella desde que habían salido de la comisaría de la inspectora Delacroix había sido tan intenso como las horas que habían pasado entre las sábanas. Distinto, sí; emocional, en vez de físico, pero igual de intenso.

Aunque sabía que lo iba a lamentar en cuanto cerrara la puerta, Sarah asintió.

—Vamos a dedicarle un poco más de tiempo a la fase dos.

Tenía razón. Se había arrepentido. Sin embargo, decidió que las horas que pasó acurrucada en el sofá, viendo programas aburridos en la televisión, eran un castigo apropiado por su estupidez. Quería a Dev. Él, obviamente, la quería a ella. ¿Por qué no podía confiar en su instinto y…

El teléfono interrumpió sus cavilaciones. Tomó el móvil, con la esperanza de que fuera Alexis. Estaba de humor para decirle cuatro cosas a su exjefa. Sin embargo, en la pantalla apareció la imagen de su hermana, y a Sarah se le escapó un grito de alegría.

—¡Gina! ¿Dónde estás?

—En Lucerna. Yo… estaba esperando hasta que fuera por la mañana en Nueva York para llamarte, pero…

—No estoy en Nueva York. Estoy en París, como sabrías si te hubieras molestado en responder a mis llamadas.

—¡Gracias a Dios!

Aquella exclamación de alivio dejó asombrada a Sarah, pero no tanto como el hecho de que su hermana se echara a llorar de repente. Sarah se irguió en el sofá, y se olvidó de la retahíla de reproches que tenía preparada.

—¿Qué te pasa? ¿Gina? ¿Te ha ocurrido algo? ¿Estás en el hospital?

—Nooo.

—Cariño, explícame qué es lo que te pasa.

—No puedo. Por teléfono no. Por favor, Sarah, ven. ¡Te necesito!

A Sarah no se le ocurrió decir que no.

—Tomaré el primer vuelo para Lucerna. Dime dónde estás.

—Alojada en el Rebstock.

—¿El hotel al que nos llevó la abuela el verano que cumpliste catorce años?

Aquello provocó otra tanda de sollozos.

—No… no le digas nada de esto a la abuela.

¿El qué? Sarah se tragó la pregunta y le hizo a su hermana una promesa para calmarla.

—No voy a decirle nada, no te preocupes. No apagues el teléfono móvil. Te llamaré en cuanto esté allí.

Colgó y entró en Internet para buscar un billete de París a Lucerna. Y lo consiguió: había un vuelo a Zúrich que salía del Charles de Gaulle a las 11:50 p.m. Desde allí, tendría que alquilar un coche y conducir sesenta y cinco kilómetros hasta el lago Lucerna.

Tenía que llegar a tomar aquel vuelo. Con el corazón en un puño, reservó el billete y se levantó de un salto del sofá. Después, tomó el teléfono fijo de la habitación.

—Vamos, Devon, ¡contesta!

Llamó seis veces, pero no obtuvo respuesta.

Demonios, ¿dónde estaba?

Colgó de golpe y entró al dormitorio. No tenía tiempo de hacer la maleta; metió el ordenador portátil en el bolso, tomó el abrigo y se aseguró de que llevaba el pasaporte y las tarjetas de crédito en el monedero. Después, salió corriendo.

Mientras bajaba en el ascensor, intentó ponerse en contacto con Devon otra vez. Acababa de salir al vestíbulo cuando él contestó en tono juguetón, con la voz ronca.

—Por favor, dime que has decidido sacarme de esta depresión.

—¿Dónde estás? Te he llamado a la habitación, pero no había nadie.

—No podía dormir, así que he salido a dar un paseo. ¿Por qué? ¿Ocurre algo?

—Acaba de llamarme Gina.

—Ya era hora.

Sarah salió a la calle. Por suerte, ya no había niebla, y había varios taxis circulando por la calle. Ella movió el brazo frenéticamente para parar uno, con el teléfono agarrado en la otra mano.

—Tiene un problema, Dev.

—¿Y qué tiene eso de raro?

—Ahórrate el discursito —le espetó ella malhumorada—. Mi hermana me necesita. Voy de camino a Suiza.

—¡Eh! Espera un segundo.

El taxi paró junto a la acera. Sarah entró rápidamente.

—Al Charles de Gaulle, por favor. Deprisa.

—Maldita sea, Sarah, estoy a diez minutos del hotel. Espera a que vuelva y resolveremos esto juntos.

—Es mi hermana. Yo lo resolveré —dijo ella. Estaba demasiado agitada y demasiado irritada por su sarcasmo como para medir sus palabras—. Te llamaré en cuanto sepa qué ocurre.

—Sí —dijo él, que ya se había enfadado tanto como ella—. Será mejor que lo hagas.

Sarah no estaba de humor para aplacar su genio, así que colgó y se inclinó hacia la división de plexiglás que había entre el conductor y ella.

—Necesito tomar un vuelo que sale a las 11:50. Le daré una propina de cien francos si llegamos a tiempo.

El vuelo, de Swiss Air, iba medio vacío. La mayoría de los pasajeros parecían hombres de negocios que querían estar presentes cuando los cientos de bancos abrieran sus puertas a la mañana siguiente. También había unos cuantos turistas y algunos estudiantes con las mochilas a punto de reventar, que iban de vacaciones primaverales a los Alpes.

Sarah intentó dominar la angustia que sentía por Gina durante todo el viaje, pero, para cuando el avión aterrizó en Zúrich, tenía un nudo en el estómago. En cuanto desembarcó, salió corriendo hacia el mostrador de Europcar y, quince minutos después, estaba al volante de un Peugeot alquilado, saliendo del aeropuerto. Cuando tomó la autopista principal, sacó el teléfono móvil del bolso y llamó a su hermana.

—Acabo de aterrizar en Zúrich —le dijo—. He alquilado un coche, y creo que estaré allí dentro de una hora.

—De acuerdo. Gracias por venir, Sarah. Llamaré a recepción para decirles que te esperen.

Para alivio de Sarah, Gina parecía mucho más calmada. Seguramente, porque sabía que la caballería iba en su auxilio.

—Nos vemos dentro de un rato.

Cuando Sarah dejó atrás las luces de Zúrich, se dirigió hacia el sur por la E41, una autopista de seis carriles. El máximo de velocidad en Suiza era de 120 kilómetros por hora, y eso le permitiría llegar a Lucerna en unos cuarenta minutos.

Lucerna estaba en la parte oeste del lago. Era una ciudad moderna que conservaba el casco antiguo, y su cercanía a los Alpes la había convertido en un destino favorito del turismo desde los primeros días del Imperio Habsburgo. Mientras veía las luces de la ciudad a lo lejos, Sarah recordó que la abuela les había contado algunas de las historias menos dolorosas del pasado de los St. Sebastian durante su estancia en Lucerna.

Pero Sarah no pensaba en el pasado cuando circulaba por las estrechas calles del casco antiguo. Solo pensaba en su hermana, y en si los problemas que pudiera tener Gina iban a tener algún impacto negativo en la salud de su abuela.

Eran casi las tres de la mañana cuando frenó delante del Hotel zum Rebstock. El edificio, de color rojo y blanco, estaba tenuemente iluminado. Tenía tres pisos, y en uno de sus extremos había una torre. La historia del hotel se remontaba al siglo .

Sarah estaba agotada. Tomó su bolso y dejó el coche aparcado en la calle. Al día siguiente, le pediría a alguno de los mozos del hotel que lo llevara al aparcamiento público. En aquel momento, lo único que le importaba era estar junto a su hermana.

Tal y como había prometido, Gina había avisado a la recepción de que su hermana llegaría muy tarde. La recepcionista le dio la bienvenida, y una tarjeta para abrir la puerta de la habitación.

—Lady Eugenia me pidió que le diera la llave. Está en la habitación 212. El ascensor está al final del pasillo.

—Gracias —dijo Sarah.

Cuando llegó a la puerta, abrió cuidadosamente y entró al vestíbulo, que estaba a oscuras.

—¿Gina?

Cerró la puerta y rodeó la esquina de la entrada, y se encontró en una preciosa habitación con sala de estar que ocupaba la torre octogonal. Entonces, se detuvo en seco. Su hermana estaba acostada en la cama doble, bien tapada con el edredón de plumas, durmiendo plácidamente.

Sarah sonrió. Había atravesado media Europa como respuesta a una súplica desesperada. Y, sin embargo, fuera cual fuera el problema que tenía Gina, no parecía que le causara pesadillas. Estaba tumbada de costado, con la mano bajo la mejilla y los rizos rubios extendidos por

la almohada.

Sarah cabeceó con afecto, dejó caer el bolso en el sofá y se acercó a un lado de la cama.

—¡Eh! —le dijo a su hermana, dándole con un dedo en el hombro —. ¡Despierta!

—¿Eh? —murmuró Gina. Alzó la cabeza y pestañeó—. Ah, bien —dijo—. Ya has llegado.

—Por fin.

—Tienes que estar muy cansada —respondió Gina. Después, se movió hacia un lado y añadió—: Acuéstate.

—¡Oh, por...!

Sarah se tragó el resto de la exclamación. Gina ya había vuelto a quedarse dormida.

La hermana mayor se quedó sentada al borde de la cama un momento más, paralizada por el alivio y por el amor que sentía por la pequeña. Después, se levantó, se quitó el abrigo, y se metió bajo el edredón.

Por muy agotada que estuviera de aquel viaje relámpago, Sarah tardó en conciliar el sueño. Permaneció despierta, a oscuras, escuchando la respiración de su hermana e intentando averiguar qué era lo que le había causado tanto pánico a Gina. Poco a poco, sus pensamientos se centraron en Dev y en su última conversación.

Sarah sabía que había reaccionado exageradamente a sus críticas hacia Gina. Ya se había dado cuenta. Sin embargo, en aquel momento solo podía pensar en llegar al aeropuerto a tiempo. Al día siguiente, le pediría disculpas a Dev. Él también tenía hermanas y, seguramente, la comprendería.

Capítulo Quince

La luz brillante que entraba por las ventanas despertó a Sarah al día siguiente. Cuando abrió los ojos, miró a su lado, pero encontró la cama vacía.

Ni rastro de Gina.

Y ni rastro de alguna nota, tal y como descubrió al levantarse y buscar algún aviso por la habitación. Aquello la irritó. Entró al baño, se lavó la cara, se peinó con el cepillo de Gina y se lavó los dientes con el cepillo de la cesta de cosméticos que obsequiaba el hotel.

Por suerte, Gina y ella tenían la misma talla, aunque no tuvieran el mismo estilo. Ella se conformaba con adaptar los grandes clásicos de su abuela, pero su hermana prefería atuendos más modernos, más llamativos. Sarah tomó ropa interior de su hermana y después se puso unas mallas con dibujos de *Alicia en el país de las maravillas* y un jersey azul eléctrico que le llegaba hasta los muslos, con un cinturón ancho colocado en las caderas. Como no podía ponerse su abrigo color rojo cereza con aquel conjunto, tomó también una chaqueta vaquera del armario de Gina. Después, se colgó el bolso del hombro y fue en busca de su hermana.

La encontró sentada en la terraza del hotel, charlando con una pareja mayor que ocupaba la mesa de al lado. Al verla, Gina se levantó de un salto y se abalanzó hacia ella con los brazos abiertos.

—¡Por fin te has despertado! Ayer llegaste tan tarde que no... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué te ha pasado en la cara?

Sarah estaba más impaciente por escuchar la historia de su hermana que por contar la suya.

—Me golpeé con un poste metálico.

—¡Lo siento! ¿Te duele mucho?

—No, ya no.

—Gracias a Dios. Tendremos que taparlo con maquillaje cuando volvamos a la habitación. ¿Quieres un café?

—¡Sí!

Sarah la siguió a su mesa y sonrió cortésmente cuando Gina le presentó a la pareja de ancianos. Eran profesores de escuela jubilados, de Düsseldorf, y tenían tres hijos mayores.

—Llevan cuarenta y siente años viniendo al lago Lucerna en primavera para celebrar su aniversario. ¿A que es maravilloso? —preguntó Gina, mientras le servía una taza de café a su hermana.

—Sí, maravilloso.

Sarah añadió leche al café y dio un par de sorbos reconfortantes mientras Gina seguía charlando animadamente con los profesores. Mientras escuchaba la conversación, empezó a sentirse como si se hubiera caído en el agujero de una madriguera de conejos, como la Alicia que llevaba en las mallas. ¿Se había imaginado el miedo en la voz de su hermana la noche anterior? ¿Había soñado los sollozos?

Aquel sentimiento de irrealidad persistió hasta que Gina vio que se había tomado casi todo el café.

—Le dije a la camarera que esperara a que tú te levantaras para arreglar la habitación. Seguro que está ahí ahora. ¿Por qué no vamos a dar un paseo y hablamos?

Aquella sugerencia, hecha en un tono de nerviosismo, le dio a entender a Sarah que no había caído en un universo alternativo. Sonrieron al matrimonio alemán y se levantaron de la mesa.

—Vamos al Puente de la Capilla —dijo Gina—. Allí podremos hablar.

El Rebstock estaba justo enfrente de la iglesia de Leodegar, un templo de siglos de antigüedad, que estaba dedicado al patrón de la ciudad. Por detrás de aquella iglesia, la calle comenzaba a descender siguiendo el río Reuss, que desembocaba en el Lago Azul. Como el Reuss dividía en dos la ciudad, Lucerna tenía tantos puentes como Venecia. El más famoso de ellos era el Puente de la Capilla, o Kapellbrücke, que, supuestamente, era también el puente de madera cubierto más antiguo de Europa. Tenía una torre de vigilancia octogonal cuyas ventanas estaban adornadas con jardineras llenas de flores, y era uno de los puntos favoritos de los turistas.

Atravesaba el río en zigzag, y su interior estaba decorado con pinturas de la historia de Lucerna. Había bancos de madera que ofrecían magníficas vistas de la ciudad, el lago y las montañas cubiertas de nieve de los Alpes. Gina se sentó en uno de los bancos, a pocos metros de la torre vigía. Sarah se acomodó a su lado y esperó mientras su hermana se mordía el labio y miraba los picos nevados, guardando un silencio muy poco típico de ella.

—Vamos, dime qué te pasa —le dijo Sarah con delicadeza, pocos minutos después—. Sea lo que sea, encontraremos la solución.

Gina exhaló un suspiro largo y tembloroso. Se giró en el banco y tomó las manos de su hermana.

—Ese es el problema. He venido aquí para arreglarlo pero, en el último minuto, no pude hacerlo.

—¿Hacer el qué?

—Abortar.

Sarah tuvo que hacer un gran esfuerzo para no jadear, ni gruñir.

—¿Estás embarazada?

—Sí. Me hice el test incluso antes de que me faltara el periodo.

Pensaba... Estaba segura de que no había ninguna posibilidad. Él usó preservativo —dijo Gina, y añadió, con una risa seca—: En realidad, gastamos una caja entera de preservativos ese fin de semana.

—Por el amor de Dios, no necesito los detalles. Salvo el nombre del afortunado. Supongo que es ese guapísimo profesor de esquí.

—¿Quién?

—El profesor de esquí del que me escribiste.

—Ah. No, no hay ningún profesor de esquí. Es que necesitaba una excusa para mi repentino viaje a Suiza.

Aquello le causó una punzada de dolor en el corazón a Sarah. Nunca se hubiera imaginado que Gina pudiera ocultarle algo así.

—Gina, ¿por qué necesitabas una excusa? ¿Por qué no me dijiste lo del bebé?

—No podía. Tú estabas muy preocupada por la abuela y por las facturas del médico. No podía cargarte también con este problema.

Sarah le apretó los dedos a Gina, con los ojos llenos de lágrimas.

—Pero... anoche... después de cancelar mi cita en la clínica... se me cayó el mundo encima. Tenía que llamarte y hablar contigo. Y, cuando oí tu voz, perdí los nervios...

Entonces, Gina estalló en sollozos, y Sarah la abrazó.

—Me alegro de que me llamaras. Y me alegro de haber estado tan cerca cuando me necesitabas.

Se mecieron juntas durante un rato, dejando que fluyeran las lágrimas, hasta que, por fin, Gina alzó la cabeza.

—¿Estás bien? —le preguntó Sarah, sacando un pañuelo de papel de su bolso.

—No, pero... Me recuperaré.

Gracias a Dios. Sarah vio que su hermana recuperaba poco a poco las fuerzas. Le dio el pañuelo, y disimuló la sonrisa cuando Gina se sonó la nariz como una oca canadiense.

—Quería preguntarte por eso, Sarah.

—¿Por qué?

—¿Cómo has podido llegar tan rápidamente a Lucerna? ¿Qué estabas haciendo en París?

—Te lo contaré después. Ahora vamos a concentrarnos en ti y en el bebé. ¿Quién es el padre, Gina? ¿Lo sabe él?

—Sí. Anoche estaba tan hundida que lo llamé a él antes de llamarte a ti. No se lo tomó muy bien.

—¡Desgraciado!

—Y que lo digas —dijo Gina. Las lágrimas habían desaparecido, y su tono de voz era de indignación—. No puedes imaginarte lo detestable y autoritario que es. Y yo no puedo creerme que me enamorara de él, aunque solo fuera un fin de semana. Aunque, en mi defensa, puedo decir que le da un nuevo significado a las palabras «relaciones

sexuales».

—¿Quién es ese individuo?

—No lo conoces. Yo lo conocí en Los Ángeles. Mi empresa organizó una fiesta para él.

A Sarah se le encogió el estómago. Miró hacia los picos nevados de las montañas, pero solo podía ver el vídeo de vigilancia en el que aparecía Gina en casa de Dev en una fiesta privada que ella había organizado.

—¿Cómo... cómo se llama?

—Jack Mason —dijo Gina, y frunció el labio superior con desprecio —. Disculpa, John Harris Mason III.

Por un momento, Sarah no pudo respirar. A medias, escuchó la diatriba de su hermana sobre aquel hombre. Entendió que era algo así como embajador, y que trabajaba para el departamento de estado.

—¿Cómo demonios terminaste liada con alguien del departamento de estado?

—Él estaba en Los Ángeles porque tenía que ir a un acto benéfico. Nos presentó una amiga común.

—Ah, vaya.

Como parecía que Gina se había quedado sin energía, Sarah le preguntó si había desayunado.

—No. Estaba esperando a que tú te despertaras.

—El bebé —dijo ella, señalando el estómago plano de Gina—. Tú tienes que comer, y yo me muero de hambre. ¿Por qué no vas yendo al hotel y encargas un buen desayuno? Yo te alcanzaré en cuanto haya hecho unas cuantas llamadas.

—No vas a llamar a la abuela, ¿verdad? —le preguntó Gina, en tono de alarma—. No podemos contarle esto por teléfono, a tanta distancia.

—¡Dios Santo, no! Tengo que llamar a París. Ayer salí corriendo tan rápidamente que ni siquiera recogí mis cosas ni avisé en el hotel.

Ni había esperado a que Dev llegara al Hôtel Verneuil. Sarah no se arrepentía de su apresurada decisión, pero sí lamentaba la discusión que había tenido con él.

No iba a hablarle a Gina de Devon en aquel momento. Las dos estaban enfrentándose al golpe emocional de su embarazo; se lo contaría más tarde, cuando las cosas se hubieran calmado un poco.

Cuando su hermana estaba casi a la salida del túnel, sacó el teléfono. Sin embargo, Dev no contestó a su llamada.

Le dejó un mensaje breve, disculpándose por su mal genio de la noche anterior y pidiéndole que le devolviera la llamada lo antes posible. Iba a guardar el teléfono, pero decidió intentarlo llamándole al teléfono fijo de su habitación. Sonó seis veces y, finalmente, la llamada fue transferida a la centralita del hotel.

—Buenos días, ¿puedo ayudarle en algo?

—Buenos días. Soy Sarah St. Sebastian. Estoy intentando hablar con monsieur Hunter.

—Monsieur Hunter ha dejado ya el hotel. Lo siento, lady Sarah.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Muy temprano, esta mañana. Le dijo a monsieur LeBon que tenía un asunto de negocios muy importante y urgente que atender. También nos indicó que conserváramos su habitación, lady Sarah, para cuando usted volviera.

A Sarah se le encogió el estómago.

—¿Dejó...? ¿Dejó algún mensaje para mí?

—No, lady Sarah.

—¿Seguro?

—Sí, lady Sarah.

—Entiendo. Muchas gracias.

Bajó la mano con el teléfono hasta su regazo, y se quedó, una vez más, mirando ciegamente las cumbres nevadas de los Alpes. Al cabo de unos minutos, cabeceó y se puso en pie.

Gina la necesitaba. Resolverían primero el problema de su hermana y, después, quizá, el suyo. Cuando estuviera más calmada y pudiera analizar mejor todo aquel asunto de Devon.

La escena que encontró al entrar al vestíbulo del Hotel Rebstock no la ayudó nada a mantener la calma. Por el contrario, se sintió inmediatamente indignada al ver a un extraño rubio agarrando a Gina por una de las muñecas. Gina lo estaba golpeando con el puño que tenía libre. La recepcionista estaba vacilando detrás del mostrador, sin saber qué hacer.

—¿Qué está haciendo?

Sarah atravesó corriendo el vestíbulo, con las manos convertidas en garras. Atacó por un flanco, mientras Gina continuaba su asalto por el frente. Entre las dos, obligaron al extraño a encogerse de hombros y esconder la cara de veinte uñas pintadas.

—¡Eh! Atrás, señora.

—¡Suéltela!

Sarah consiguió asestar un golpe que hizo brotar sangre. El hombre, que seguramente era el embajador detestable y autoritario, soltó una maldición.

—¡Por favor! ¡He dicho que se aparte!

—No, hasta que suelte a Gina.

—¡No la voy a soltar! Tiene que darme unas cuantas explicaciones, y no voy a perderla de vista hasta que...

Se interrumpió, porque se había quedado completamente anonadado al ver que un hombre de noventa kilos enfurecido apartaba

a Sarah sin miramientos. Ella también se quedó sin habla.

—¿Qué...?

Eso fue todo lo que pudo decir Mason antes de recibir un puñetazo en la mandíbula. Se tambaleó hacia atrás, arrastrando a Gina consigo, y después recibió un puñetazo en el estómago que le hizo caer de rodillas.

Sin embargo, no soltó a Gina. Ella ya no estaba forcejeando, sino que se había arrodillado a su lado y estaba agitando frenéticamente la mano libre.

—¡Dev! ¡Ya basta!

Sarah tenía terror a que su hermana resultara herida en aquella melé. O el bebé. Dio un salto y se agarró al brazo de Devon.

—¡Por favor, ten cuidado! ¡Está embarazada!

Aquel grito hizo que Devon retrocediera, pero produjo el efecto contrario en Mason. Echando fuego por los ojos, agarró a Gina y la giró hacia él.

—¿Embarazada? ¿Qué demonios es esto? Anoche, cuando me llamaste llorando al borde de la histeria, me dijiste que acababas de volver de la clínica.

—¡Es que acababa de volver de la clínica!

—Entonces, ¿qué...? ¿No lo hiciste?

—No, no pude.

—Pero no te molestaste en mencionar ese pequeño detalle antes de que yo dejara una votación importantísima, me subiera a un avión y me pasara toda la noche volando para ayudarte en una crisis de la que tampoco te habías molestado en hablarme hasta la noche pasada.

—¿Y qué? No elegí bien mis palabras. Estaba disgustada.

—¿Disgustada? ¡No decías nada coherente!

—Y tú te comportaste con tanta arrogancia como de costumbre. Suéltame, maldita sea.

Entonces, Gina se zafó de él y se puso en pie. Mason también se levantó, y miró con ira a su público. Entrecerró los ojos al ver a Sarah.

—Tú debes de ser la hermana.

—Sí.

Con la mandíbula apretada, miró a Devon.

—¿Y quién demonios eres tú?

—El prometido de la hermana.

—¿Cómo? —gritó Gina—. ¿Desde cuándo?

—Es una larga historia —dijo Sarah, débilmente—. ¿Por qué no vamos a un lugar más tranquilo?

—Sí, vamos —dijo Gina, y tomó a Sarah del brazo. Después, les lanzó a los dos hombres una mirada fulminante—. Vosotros no. Ninguno de los dos. Esto es entre mi hermana y yo.

No lo era, pero Dev cedió. Mason se vio obligado a hacer lo mismo,

pero antes decidió desahogarse.

—Tú, Eugenia Amalia Therése St. Sebastian, eres la mujer más irresponsable, irritante y cabeza hueca que he conocido.

Gina, echando humo por las orejas, alzó la barbilla de una forma que habría enorgullecido a la duquesa.

—Entonces, tienes mucha suerte de que no haya querido casarme contigo.

Su altivez aristocrática solo duró hasta la escalera. La abandonó en el primer peldaño, agarró a Sarah del brazo y la subió a toda prisa a su habitación. Una vez allí, cerró la puerta y sentó a su hermana en el sofá.

—Vamos, habla —le dijo con severidad—. Ahora.

—Es un poco difícil de explicar.

—No. Empieza por el principio. ¿Cuándo y dónde conociste a Dev?

—En Nueva York, en mi oficina. Cuando vino a enseñarme el vídeo de vigilancia de su casa, en el que aparecías tú tomando un medallón bizantino de una estantería de cristal.

Gina se quedó boquiabierta.

—¿Qué medallón bizantino? ¡Ah! ¡Espera! ¿Esa cosa azul y dorada?

—Esa cosa azul y dorada vale más de cien mil libras esterlinas.

—¿Qué dices? Estás bromeando...

—Ojalá. ¿Qué hiciste con el medallón, Gina?

—No hice nada con él.

—En el vídeo de vigilancia de Dev, el medallón aparece en su estantería, cuando tú entras y te acercas a ellas. Cuando te alejas, el medallón ya no está.

—Dios Santo, Sarah, no pensarás que lo robé, ¿verdad?

—No, y eso es lo que le dije desde el primer día.

—¿Él piensa que yo lo robé?

La furia que se reflejó en su mirada no era un buen augurio para Devon Hunter.

—No importa lo que él piense —dijo Sarah—. Lo que importa es que el medallón desapareció. Piensa, cariño, piensa. ¿Lo tomaste de su sitio? ¿O quizá se cayera, por accidente, por detrás de la estantería?

—Lo tomé, pero solo quería tocar la superficie. Ya sabes, pasar las yemas de los dedos por aquel esmalte azul —dijo, con la frente fruncida por la concentración—. Entonces, oí que se acercaba alguien y... ¡Oh, demonios! Debí de metérmelo al bolsillo. Seguramente, todavía está allí.

—¡Gina! ¿Cómo puedes no acordarte de si te metiste un medallón bizantino al bolsillo?

—Eh, yo no sabía que fuera un medallón bizantino, ¿de acuerdo?

Acababa de hacerme el test de embarazo esa misma mañana, y estaba angustiada. Me sorprende que pudiera llegar al trabajo aquella noche, y mucho más sonreír y encargarme de la maldita cena de Hunter.

Entonces, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Sarah la siguió de un salto.

—Lo voy a matar —dijo Gina con furia—. ¿Cómo se atreve a acusarme de...? —al abrir la puerta, dijo—: ¿Cómo te atreves a acusarme de ladrona?

Los dos hombres que había en el pasillo fruncieron el ceño. Jack Mason tenía un gesto de confusión, y Devon, de más confusión aún.

—¿No lo robaste?

—No, no lo robé.

—¿Robar el qué? —preguntó Mason.

—Entonces, ¿dónde está?

—Supongo que está en el bolsillo de la chaqueta que llevaba esa noche.

—Entonces, ¿lo robaste?

—¿Robar el qué?

Sarah intervino.

—Gina estaba pasando una mano por la superficie del esmalte cuando oyó pasos que se acercaban. No quería que la sorprendieran tocando el medallón, así que se lo metió al bolsillo.

—¡Maldita sea! —explotó el embajador—. ¿De qué demonios estáis hablando?

—De nada que te incumba —respondió Gina glacialmente—. ¿Y por qué has venido a mi habitación? Yo no tengo nada más que decirte.

—Pues es una pena, porque yo tengo muchas cosas que decirte a ti.

Sarah ya había tenido suficiente. Había pasado la noche en vela por la preocupación, no había desayunado y todos aquellos gritos le estaban dando dolor de cabeza. Sin embargo, antes de que pudiera decirle a todo el mundo que, por favor, se callara la boca, Dev la tomó del codo y la sacó por la puerta. Con la otra mano, empujó a Mason hacia dentro.

—Tú ocúpate de tu mujer. Yo me ocuparé de la mía.

—¡Un momento! —exclamó Gina y, completamente frustrada, dio una patada en el suelo—. Todavía no sé ni cuándo ni cómo os habéis comprometido. No podéis...

Dev le cerró la puerta en las narices.

—Ooh —susurró Sarah—. Te lo va a hacer pagar muy caro.

Él apoyó ambas manos en la pared, atrapándola entre ellas.

—¿Te parece que estoy muy preocupado?

Lo que parecía era que estaba enfadado y sin afeitar, y que tenía los ojos rojos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó ella, con la voz

entrecortada—. Cuando llamé al Hôtel Verneuil, hace un rato, me dijeron que habías tenido algún tipo de crisis en tu empresa y que te habías ido a casa.

—Tuve una crisis, pero era aquí. Tenemos que dejar bien clara una cosa, Sarah. De ahora en adelante, no es «mi hermana» ni «tu empresa». De ahora en adelante, estamos juntos en esto. Para siempre. O, por lo menos, hasta que tengamos cuatro hijos y les demos un paseo en barcaza por el Sena.

Capítulo Dieciséis

La cena preliminar a la boda se celebró el día 3 de mayo en Avery's, el restaurante donde Dev le había pedido a Sarah, por primera vez, que fuera su prometida. Él reservó todo el establecimiento para la fiesta. La boda se celebró en el Plaza, la noche siguiente.

Gina, que había salido de una conversación privada con su abuela muy pálida y temblorosa, había recuperado la compostura y algo de su efervescencia. Después, había dejado asombrado a todo el mundo, porque se había hecho cargo de la organización de la boda, de la ceremonia y del banquete.

Para conseguirlo, había contado con la ayuda de Andrew, en el Plaza, y había formado una alianza con Patrick Donovan, el ayudante de Dev, que era un hombre increíblemente eficiente y seguro de sí mismo.

Lo único que tuvo que hacer Sarah fue escribir la lista de invitados y elegir el vestido. Fue una lista corta; ella quería disfrutar de su boda, no sentirse como si estuviera participando en un evento para la prensa perfectamente organizado. Además, no tenía más familia que la abuela, Gina y María.

Invitó, eso sí, a un grupo de amigos íntimos y de compañeros de trabajo, incluyendo a Alexis. La directora de *Beguile* había admitido que el reportaje de París había sido un gran error, pero le había jurado que nunca pensó en publicar una sola fotografía sin su permiso. Y, como ofrenda de paz y regalo de boda, le había regalado todas las imágenes impresas, colocadas en un magnífico álbum de fotos con los cantos dorados. Por seguridad, Sarah le había pedido que le entregara también los JPG.

La lista de invitados de Devon fue mucho más larga que la de su novia. Cuatro días antes de la boda, sus padres, hermanas, cuñados y sobrinos llegaron a Nueva York. Él ya había organizado con anterioridad un viaje relámpago a Nuevo México para que Sarah pudiera conocerlos a todos. Y los había conocido mejor al hacer de guía para ellos en la Gran Manzana. También había conocido mejor a su prometido cuando llegaron sus amigos y sus socios, algunos de ellos, de sus tiempos en las fuerzas aéreas.

Elise y Jean-Jacques habían llegado de París el día anterior a la boda, a tiempo para asistir a la cena en Avery's. A Sarah no le sorprendió que Alexis y Elise hicieran migas inmediatamente, pero al ver a madame Girault acurrucada contra uno de los amigos de Dev

durante el cóctel previo a la cena, se había puesto nerviosa.

—Oh, oh —le dijo a Dev, en voz baja—. ¿Crees que está intentando seducirlo?

—Seguramente.

Buscó con la mirada por el restaurante, vio al señor Girault charlando despreocupadamente con Gina y se relajó.

* * *

El día de la boda amaneció soleado. Una vez más, Gina tomó las riendas. Dev se había ofrecido a pagar una sesión completa de belleza para las mujeres de la familia; ella había aceptado sin ningún reparo, y se había llevado a Sarah, a la duquesa, a María, a la madre y a las hermanas de Dev y a sus dos sobrinas pequeñas a un spa. Allí, habían recibido tratamientos faciales y capilares y masajes, además de hacerse la manicura y la pedicura. Sarah había disfrutado mucho.

—Gracias por hacer todo esto —le había dicho a su hermana.

—De nada —dijo Gina, y esbozó una de sus increíbles sonrisas—. Es fácil dar una gran fiesta cuando estás gastándote el dinero de otra persona.

—Se te da muy bien.

—Sí —respondió Gina con petulancia—, es verdad.

Sin embargo, la sonrisa se le borró de los labios, y le apretó la mano a Sarah.

—Es una de las pocas que se me dan bien. Voy a empezar en serio a trabajar en ello, Sarah. Tengo intención de aprender todo lo que pueda del negocio de la organización de eventos antes de que nazca el bebé. Así podré mantenernos a los dos.

—¿Y Jack Mason? ¿Él no entra en tus planes?

—No.

—Pero también es su hijo, Gina.

—Formará parte de la vida del bebé en todo lo que quiera —dijo ella, tercamente—, pero de la mía no. Ya es hora de que me responsabilice de mí misma.

Sarah no podía contradecirla en aquello.

—Sabes que estoy dispuesta a ayudarte en todo lo necesario, y Dev también.

—Sí, ya lo sé, pero esto tengo que hacerlo yo sola. Y tú vas a tener mucho que hacer mientras os adaptáis el uno al otro y encajáis vuestras vidas. ¿Ya sabéis dónde vais a vivir?

—En Los Ángeles, si podemos convencer a la abuela de que se venga a vivir allí. Y a María también.

—A ellas no les va a gustar nada tener que dejar Nueva York.

—Lo sé, pero no puedo dejar a la abuela sola en ese enorme piso.

—Bueno… —murmuró Gina con indecisión—. Sé que acabo de hacer un gran discurso sobre hacer las cosas por mí misma, pero a mí tampoco me gusta nada la idea de que se quede sola. Podría… podría mudarme con ella hasta que encuentre un trabajo. O, tal vez, hasta que nazca el bebé. Si ella quiere, claro, que no es seguro, después de la terrible bronca que me echó cuando volví de Suiza.

—¡Oh, Gina, claro que va a querer! Sabes que sí. Te quiere —dijo Sarah, con los ojos llenos de lágrimas—. Casi tanto como yo.

—Ya basta —ordenó Gina, que también tenía los ojos empañados—. No puedes recorrer el camino hasta el altar con los ojos hinchados y enrojecidos. Dev me estrangularía.

* * *

Mientras Devon ocupaba su sitio bajo el arco del altar, iluminado por miles de lucecitas diminutas y brillantes, lo último en lo que pensaba era en estrangular a su futura cuñada. Estaba tan sorprendido como Sarah y la duquesa por cómo lo había organizado todo Gina; así pues, cuando la dama de honor siguió a sus dos sobrinitas por el pasillo hacia el altar, le lanzó a Gina una sonrisa de afecto.

Ella se la devolvió, pero él se dio cuenta de que la presencia de un invitado inesperado en la iglesia la había agitado mucho. Mason estaba en uno de los asientos, cruzado de brazos, con una expresión que daba a entender que no pensaba volver a Washington hasta que hubiera resuelto las cosas con la madre de su hijo.

Entonces comenzó a sonar la música, y Dev clavó la mirada en las dos mujeres que recorrían el camino hacia el altar. Sarah iba caminando junto a Charlotte; la duquesa llevaba la cabeza alta y la espalda erguida, y tenía los ojos brillantes de orgullo.

—Espero que entiendas el regalo que te estoy haciendo, Devon.

—Sí, señora, lo entiendo perfectamente.

Con un pequeño gruñido, la duquesa le dio un beso a su nieta y ocupó su asiento. Después, Sarah se giró hacia él, y Devon se perdió en su sonrisa. Ella estaba tan luminosa, tan elegante, tan bella… Le tomó la mano, se la apretó contra el corazón y sonrió.

—¿Estáis lista para la fase tres, lady Sarah?

—Pues sí —dijo ella, riéndose—. Completamente lista.

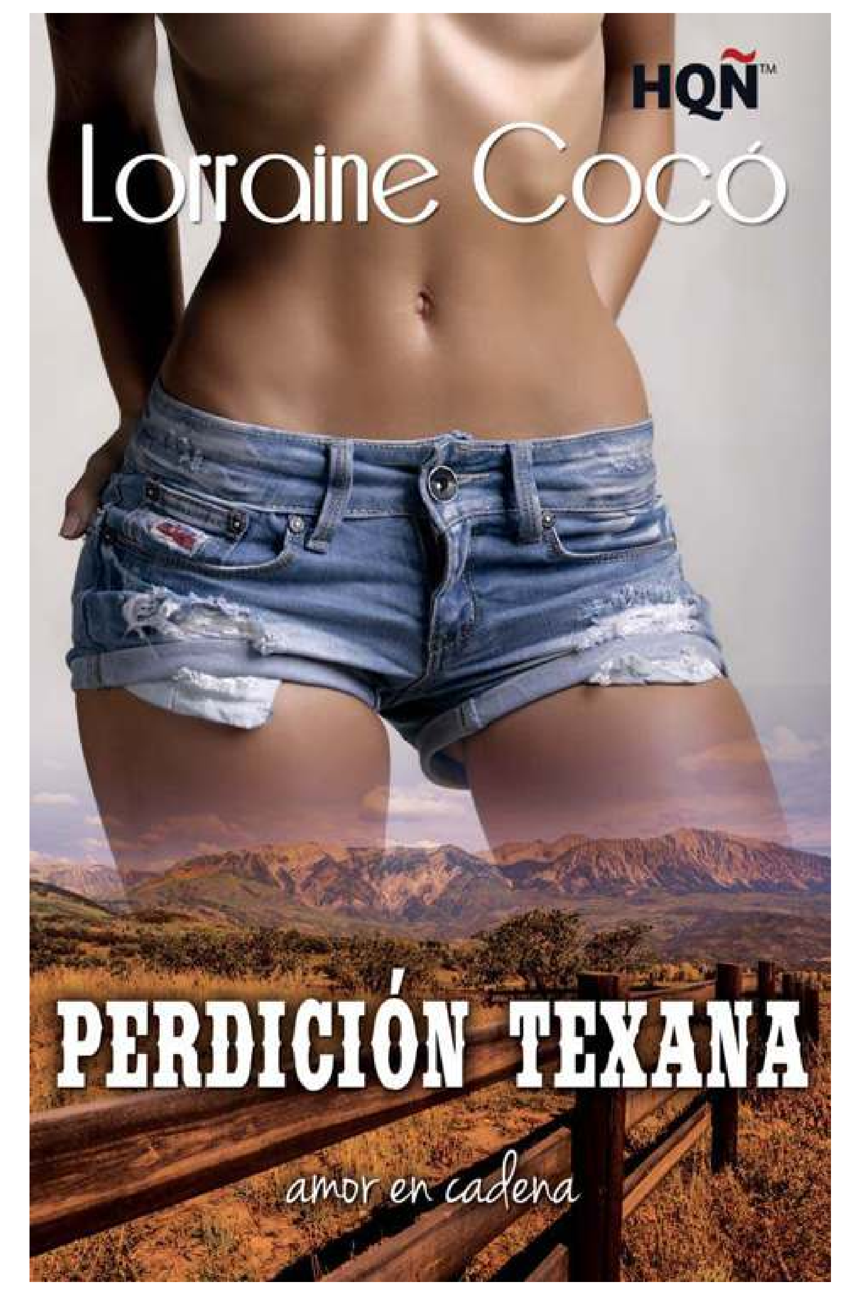
Epílogo

Tengo que reconocer que estoy muy satisfecha con el marido que ha elegido Sarah. En realidad, había decidido que Devon Hunter era el más adecuado para ella incluso antes de que él la chantajeara para que se hiciera pasar por su prometida. Qué absurdo que todavía piensen que no sé de ese engaño.

Casi tan absurdo como la terca negativa de Eugenia a casarse con el padre de su hijo. Yo respetaría su decisión, pero, tal y como dijo el bardo inmortal: «La dama protesta demasiado». A mí tampoco me gusta la política moderna, pero tengo que aprender más de este tal Jack Mason. Y, mientras, tendré la inmensa alegría de ver cómo madura Eugenia, cómo progresa hacia la maternidad. ¡Eso espero!

Del diario de Charlotte, la gran duquesa de Karlenburgh.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.


HQÑ™
Lorraine Cocó
PERDICIÓN TEXANA
amor en cadena